



MADRID NUEVO ⁽¹⁾

III

INDUSTRIA

SIN ser Madrid pueblo industrial, es por naturaleza industrial. No al modo del enjambre de abejas que necesita flores por primera materia; de buscar modelo en la colmena ha elegido el del zángano en cuanto á las funciones del trabajo y el del avispon por sistema de sociabilidad con las obreras.

Habrá grandes ciudades que la aventajen en orden, aseo, cultura, como reconocemos modestamente en otros capítulos; en industria ninguna le excede; verdad acreditada que compensa la mortificación de aquellas confesiones y satisface la vanidad nacional.

Empecemos por declarar muy alto que en Madrid *se hace tiempo*, industria incomparable que por sí sola justifica la aserción anticipada que en realidad determina supérfluo cuanto más se diga; porque si en opinión de ingleses *el tiempo es dinero*, júzuese cual será la riqueza de una población en que cualquiera lo fabrica á voluntad sin tasa, y el desdén con que habrá de mirar á las que tienen que *ganar tiempo, medir el tiempo*,

(1) Véase la página 408 del tomo anterior.

acomodarse al tiempo, ó dar tiempo al tiempo. Muy al contrario, en manos del que lo hace está *matar el tiempo, engañar el tiempo, andar con el tiempo, capearlo, correrlo, despreciarlo, ó poner en tanta estimación la obra, que se diga: «Cura al enfermo el tiempo, no el unguento.»*

En mano de los fabricantes de tiempo, repetimos, está el dejar para *mañana* lo enojoso; el vencimiento de los pagarés, por ejemplo; facultad que dá á las operaciones de crédito un desarrollo colosal, y de aquí surgen mil nuevas industrias sin necesidad de capital ni de trabajo, condiciones que poco dejan al ingenio. Lo notable, lo singular mejor de este industrioso pueblo es que sepa convertir en oro cuanto se le antoja; perdigones, velas de estearina, monedas de cinco céntimos; lo prodigioso, que con un pliego de papel de carta y la firma de Juan Pérez, haga un documento de tanto valor como cheque de Camondo ó de Rostchild.

El vulgo designa á los Cagliostros del día con los dictados de timadores, tomadores, espadistas, enterradores, y otros ciento según la especialidad de las operaciones en que sobresalen; los maldice y los admira; los relata y los mantiene; los incita al progreso y los perpetúa rindiendo farsas á la elocuencia de su persuasión y á la ligereza de sus manos. Ellos no engañan á nadie, su habilidad consiste en encontrar gente de quien dejarse engañar.

De todo tendrán, menos de cándidos, los licenciados del ejército de Cuba, los secretarios de Ayuntamientos rurales, los tratantes en ganado de cerda, que ante la policía declaran haber recibido cartuchos de arenilla á cambio de centines de Isabel II, no diciendo sino á medias lo ocurrido: las averiguaciones conducen siempre al resultado de haberse hecho el cambio en la mesa de un café ó en el banco de un paseo, con luz, concurrencia, calma y transacción, siendo, como todos, negocio ventajoso para una de las partes contratantes: la que no se queja.

La famosa doña Baldomera contaba en el número de imponentes en su caja inagotable, ex-ministros, magistrados, toreros, capitalistas, penetrados de la participación que tomaban en empresa industrial semejante á las anteriores en cuanto

á la fabricación de tiempo: lo único secreto en las operaciones de la casa era la fecha de liquidación final.

¿Qué otro fondo que el tiempo posee comunmente el especulador de Bolsa? Pues no deja de encontrar allí mismo quien le ofrezca millones cuantos quiera.

El empleado que toma dinero al doce por ciento mensual, no es demente, necesitado, ni siquiera lerdo; por lo general pertenece á los que industriosamente descuentan el tiempo, sin lo cual los prestamistas serían millonarios, y bien dice la experiencia no ser el capital en Madrid base segura de especulación. Los que en el mercado dan un duro, á condición de cobrar veinticuatro reales á fin de mes (ganancia módica), con garantía de huevos y coliflores; los que con escritura en que el firmante se diga Gobernador de la Coruña sin serlo, es decir con documento que baste á mandarle á presidio, abren el bolsillo; los que establecen casa de préstamos se exponen á las quiebras del oficio.

—Hijo mío, decía un viejo tenido por Licurgo á su pimpollo; una sola cosa te recomiendo. *En dar* no seas diligente.

—¿Qué me cuenta V., padre? Tengo aprendida otra sentencia. «Cobra y no pagues, que somos mortales.»

—Dios te bendiga, hijo del alma. Tú medrarás.

Y vaya si medra el niño: el tiempo, el tiempo, con tal que se conozca el medio moral en que se funciona, llena la despensa.

Un antiguo enterrador hizo caer por las calles más concurridas de la villa seis cartas, que en copia decían:

«Mi querida Dorotea: se ha descubierto la conspiración: estoy preso en el Saladero; pero no tengas cuidado, tuve tiempo de destruir los papeles y de meter dentro del forro de la levita todos los billetes de Banco de la asociación, de manera que no hay nada que me comprometa y no podemos quejarnos si los billetes se salvan; mas como pudiera suceder que al venir el juez mandara hacer reconocimiento más escrupuloso, sin pérdida de tiempo y con muchacha desconocida, mándame una levita vieja, la más vieja que puedas procurarte, pues alejará sospechas, y diez duros en plata con que gratificar al conserje y vigilantes. A la que traiga la levita daré la que tengo pues-

ta, y no necesito decirte lo que has de hacer con ella. Tu esposo que verte desea—Antonio.»

La tarde del día en que las cartas se escribieron, fueron pareciendo por el Saladero, sucesivamente, cinco muchachas con otras tantas levitas viejas y diez duros cada una. Recibieron por turno la levita que la antecedente había conducido, quedando en poder del industrial la última con la cantidad de cincuenta duros, honradamente adquiridos. La sexta carta pareció luego en la lista de Correos, por cuyo buzón la echó uno del orden público, no queriendo tomarse el trabajo de llevarla al domicilio indicado en la cubierta, trabajo que hubiera sido estéril.

Pobre recurso del que momentáneamente se ve privado de la libertad y del uso del más eficiente y singular producto industrial de la Corte; el llamado *jarabe de pico*, poderosísima palanca del Dulcamara, del Griego, de los ganchos varios; de la que echa las cartas y dice la buena ventura; de la Celestina; de los mandaderos de casas de hospedaje con principio ó sin él; de los acaparadores, especies múltiples derivadas del género garrapata, y hasta del ciego que pregona:

Los dos millones de motivos que tiene el hombre para no casarse!

El triste y doloroso papel de la Salve que cantan los presos...!

La cédula y *documentos* para entrar en la taberna!

Quédense los obradores para los pueblos del Norte sentenciados á vegetar entre paredes: aquí vivifica el sol espléndido. Es de ver la villa cuando por excepción trascurren tres días de lluvia, y al cuarto muestra el cielo el puro azul de su bóveda natural. ¡Qué animación! ¡Qué alegría! El forastero creará llegar en día de fiesta grande, tal encuentra multitud, mientras no llega á entender que el madrileño mora, como las aves, al aire libre, sobrándole con un nido en que reposar pocas horas. Más alto ó más bajo; más grande ó más chico, poco importa, si cabe la cama. El *confort* le es desconocido; no necesita plantas, ni flores, ni libros, ni instrumentos de música. Habiendo calle y luz ¿qué más hay que pedir? Por aquélla va la gente amasando el pan del día venidero, aunque

parezca que pasea. Tal señor inquiere las recepciones de buen tono, donde se le ofrezca ocasión de trocar por un sombrero nuevo el suyo traidito. Tal señora se procura abrigo de terciopelo en el paseo mismo, y aun carretela si vuelve bien el dado. Tal galán asegura por seis meses mesa y ropa, ofreciendo sus servicios. ¡Qué animación, qué industrial!

—Caballero—dice al paso misteriosamente un mal pergeñado,—vendo un buen reloj de un cesante con mucha familia.

—Veamos—dice el interpelado,—que por el pelaje del vendedor hace juicio temerario de la procedencia de la prenda.

Éntranse en un portal á propósito, donde á la media claridad, con la manera de mostrarlo y los ojos de la imaginación, distintos de los de la cara, vé el caballero un cronómetro de mil pesetas.

—¿Cuánto vale?

—Veinticinco duros.

—Diez duros doy por él.

—No puede ser: se necesitan los veinticinco.

—Diez duros doy.

—Tómelo V.: ¡cómo ha de ser!

Suelta el caballero el billete: guarda apresurado la ganga: llegado á casa advierte que, acabadito de dorar como está, valdrá cosa de treinta reales.

Negocio hecho á la luz del día.

En las horas de la noche aparecen en la calle industriosos de ambos sexos, abriendo el crepúsculo la puerta primero á los de *la murga*, estimables artistas suscritos al *Diario de Avisos*, poseedores de la *Guía oficial* y de los hilos de una red comunicativa más espesa que la mejor organizada policía, pues que por las mallas de éstas suelen escapar los criminales, al paso que no pasa por las de *la murga* acontecimiento fausto de persona de la Corte, sea almacenista de ultramarinos, Grande de España ó Mayordomo de Sacramental. Llegando sigilosa y cuando menos se piensa al domicilio, desenvaina los trompetones segura de recibir la pesetilla y orden de ir con la música á otra parte, tanto más pronto cuanto más desentonados y estrepitosos sean los resoplidos.

Algo más tarde las voces insinuantes de ¡*Butaca!* señalan

la presencia del supremo ideal de la industria. Vestir bien; pasear; matar el tiempo; arrostrar las iras del Gobernador civil; burlarse de los agentes de orden público; tratar al transeunte como la mosca al caballo; esprimir al que se ablanda es ocupación de la vida del revendedor de billetes de espectáculos, situación social envidiable y envidiada. Requiere, eso sí, talones fuertes, que no todos los días se presenta ocasión de emplear el sarcasmo y la arrogancia guardados para los de estreno. «A mal dar, fumar tabaco.»

El revendedor, ya que no pague contribución como en los tiempos en que ejercía legalmente, contribuye al sostenimiento de una de las rentas más saneadas de la Hacienda nacional, y al consiguiente ser de otra industria, verdadera industria de Madrid, con cuyo personal suele estar en relaciones: las cigarreras. Fuma labor esmerada, y no es de los maldicientes que aseguran se puede apurar la letra en un pitillo encontrando pan, palos, pelos, plumas, polvo, pasas, patas, etc., etc. Confiesa, sin embargo, que la Sociedad tabacalera suministra pitos mucho peores que el Gobierno, y que, como industrial, no se ha lucido.

Como el revendedor, madrideño neto, no ha visto otra cosa, no ha tenido en la mano cigarros del fisco de cualquier nación y no sospecha por tanto, que los de España puedan ser los peores y más caros con poseer las colonias en que mejor hoja se produce, su voto en la materia no es de autoridad.

Aún fomenta el revendedor otras industrias; por algo se le presenta por ideal del industrial. Teniendo que devolver algo al comprador de los billetes, por cambio de moneda, la dá falsa, ganando en la segunda operación tanto como en la otra.

La falsificación ó adulteración de efectos y sustancias sostiene industrias, que se ramifican y extienden á lo incalculable. Tanto como formar el catálogo y clasificación de los conocimientos humanos, sería dificultoso el de la metamórfosis que, en manos hábiles, por ingenios sutiles, sufren las materias. Nada reta sin vencimiento al talento de la imitación. Títulos de Doctor ó Títulos de la Deuda; credenciales, letras de cambio; deliciosa Revalenta Arábiga. En fábricas de que han sali-

do los Cronicones de Flavio Dextro; los viajes de Fante y los Plomos del Monte Sacro, es cosa de juego producir las espuelas del Cid, el tintero de Santa Teresa de Jesús, aceite de bellotas con savia de coco *ecuatorial*, billetes de Banco, rosquillas de la tía Javiera, décimos premiados de la lotería ó específicos del doctor Garrido.

Algo más exige la falsificación de la moneda, por requerir crisoles, cuños, reactivos, familiaridad con las artes y sobre todo trabajo en secreto; por estas condiciones es industria de provincias. En Madrid la falsificación se hace por arte mágico que no separe la operación de las bases de generalidad industrial, por las que son innecesarios trabajo y capital. La moneda, sellos de correo, papel de ilustres, libranzas de imitación entregados á los peritos para examen y comparación con los legítimos, resultan de un parecido como el de los gemelos que distinguía la madre poniéndoles gorras de color distinto. Multiplicadas las observaciones microscópicas alcanza á descubrirse acaso, que la sombra del cuello de una figura tiene en la pieza buena 106 rayas de buril, mientras que en la mala se cuentan 107; y por otra maravilla industrial sucede que, el día en que los efectos legítimos se ponen en circulación, andan los falsos haciéndoles competencia.

Contra la prodigiosa actividad de los imitadores, emplea la Hacienda el recurso de cambiar anualmente los modelos, teniendo algunos de reserva, por si llega el caso de haber de sacarlos antes que el año se acabe; cambio frecuente que desespera á los aficionados á colecciones, por la facilidad y baratura con que completan los tipos de otras naciones, invariables por ciclos de veinte ó más anualidades. Pero la variación tiene ventajas positivas, tanto por dar vida á las artes legales como por la obligación en que pone á los colectores del exterior de adquirir los tipos nuevos, fomentando un comercio que subsana la menor venta en el reino. Una vez que, corriendo la venta del timbre por cuenta de la Sociedad arrendataria, se mandaron grabar los efectos en Nueva York, no hubo falsificaciones, por desdeñar los industriales de Madrid la obra extranjera. De otro modo, ¿qué arte puede igualar al cabalístico?

Se dan casos de confiar al Correo pliegos con valores, pre-

via fijación de cinco lacres, certificación y pago de la garantía. El pliego llega á su destino intactos los lacres, sin fractura ni deterioro: lo que no llega siempre es el contenido con que emprendió la marcha.

A la naturaleza industriosa, las artes, la ciencia, la literatura no empecen: dilatan más bien el campo de acción. Había en el Museo Arqueológico unas estatuillas arrinconadas que nadie se tomaba la pena de mirar; un inteligente las trasladó á París porque alcanzaran la merecida notoriedad. Había en la Catedral de Sevilla un San Antonio de Murillo, bajo respetable cubierta de polvo; un amante de la pintura lo hizo conocer de todo el mundo. Existen Bibliotecas y Archivos sin índices ni catálogos; tanto mejor para los industriosos, que toman á su cargo facilitar, á los que quieren estudiar, noticias que sin ellos no tendrían nunca. En la Colombina estaban ignoradas ciertas piezas de aquellas que legó D. Hernando Colón á la posteridad; ahora al público pertenecen; cualquiera puede hojearlas en París, ó enterarse de la descripción y contenido en la *Revue critique*. El industrioso que va extrayendo del caos de los Archivos nacionales autógrafos, escrituras históricas, privilegios miniados, que los limpia, enumera y vende al Estado, presta un servicio superior á la suma que por su trabajo recibe, aunque no sea parco en pedir.

Entre las artes alegra la música la vida industrial, sin limitación á *la murga* de la pesetilla. Para ésta la alborada y el vespertino crepúsculo: para el organillo ó piano de manubrio todo el día. Dos ó tres mozos, como castillos, arrastran cada uno de los instrumentos, dando vueltas á la sinfonía de Guillermo Tell, con el trío de los paraguas de Boccacio. Sol, ambiente tibio, habaneras y seguidillas: esto es vivir. Capitales hay donde no se consiente esta industria bajo los pretextos especiosos de estorbar al tránsito, molestar á los enfermos como á los que trabajan intelectualmente, y sostener la holganza. Todo lo más, consienten que algún inválido acuda por recurso al llamamiento de la caridad, siempre que con el organillo se sitúe en portal, solar desocupado ó rincón donde no embarace, con beneplácito del propietario... Ridículas trabas que aquí no podrían con razón imponerse. Quien trabaje no hay; á los enfer-

mos sienta mejor la marcha de Pan y Toros que los glóbulos de pulsátula; por encanto salen á los balcones las doncellas de labor; llueven perros chicos, aullan los perros grandes, mientras en el arroyo bailan las presuntas abonadas á la Alhambra... Digan lo que quieran, esto no se paga con dinero.

Antaño la estudiantina hacía veces de organillo en días determinados; los progresos han abierto libre concurso á las dos entidades músicas, y la filantropía multiplica el motivo de salida de las aulas, de modo que no toman ya polvo las guitarras. Lleva en Antequera, se hunda una casa en Porcuna, naufrague un falucho en Motril, la benéfica juventud sacude la pandereta, poniendo á contribución al *Sursum corda*, por ayuda, dicho se está, del menesteroso.

Y no queda aquí; los impulsos generosos en los doctores futuros les hace trasponer la frontera y repicar en presencia de un público nuevo, arrancando aplausos á Víctor Hugo, presentándose á las testas coronadas, en los escenarios de los teatros, y aun en las puertas de las Universidades de Oxford ó de Colonia, donde se aprende.

No puede decirse de ellos ahora,

«La capa del estudiante
parece un jardín de flores...»

Los tiempos han cambiado. No rompen los zapatos en las carreteras, ni corren la tuna trabajosamente. El sombrero de tres picos y la cuchara de palo que conservan, hace creer en luengas tierras que subsisten acá la sopa de los conventos y las espadas del perrillo, poco les importa; viajan en ferrocarril, recogen honrosamente, como dádivas destinadas á remediar la indigencia, liras, francos, marcos y florines, con los que estudian el sistema monetario universal, prolegómeno de la ciencia de la vida.

En prueba de ser la industria lucrativa, llegados los días de Carnestolendas, se convierte Madrid en pueblo de escolares, admitiendo la libertad en el vestir que unos prefieran al manteo las enaguas de las amigas, y otros el supuesto uniforme de la guardia de Orfeo, ó sea el de zuavos convencionales.

Para el caso todo es igual; trátase únicamente de acreditar dos cosas: primera, que en Madrid se estudia mucho y muchos años, verdad evidente en el número y en la composición de estudiantinas, que tienen individuos talluditos; segunda, que entre las diversiones, ninguna iguala á la de pedir y recaudar dinero, así haya que rascar y sacudir de lo lindo los instrumentos.

Lástima que sólo cinco días en el año sea tolerada la postulación, si no hay terremotos, inundaciones ú semejantes zarandajas. Los *quintos* salen de la regla, aunque no sabe de manera precisa por qué el cumplimiento de uno de los deberes constitucionales autoriza al total á pedir cuartos por la calle con música y cintas, y al parcial á dar espectáculos con cuyo producto eluda el precepto, si es actor ó amigo del empresario, los anuncios de las funciones *para librar de quintas* á Fulano declaran de todos modos la protección dispensada á los industriosos.

A la verdad, si pruebas se pidieran, bastara la de la mendicidad, industria, aunque menuda, importante por la cifra á que ampara y mantiene. Por sí sola dará al autor de *Madrid nuevo* asunto para uno de los más interesantes capítulos de su libro. Desde que Cervantes trazó el cuadro de la corte de los milagros ¡han cambiado tanto las costumbres! El manco de Lepanto no conoció el tipo del cesante, tipo socorrido; no se había en su época asentado la prescripción de ser obligatorio al común, mantener á todos aquellos prójimos que han tenido destino en la administración y no servían para desempeñarlos. Cesantes se aparecen en las encrucijadas con trazas de recaudadores de consumos jubilados y cesantes que á juzgar por el traje deben de serlo de Ministros del Tribunal de Cuentas, acreedores á saludo respetuoso y á pedirles perdón de no haberles dado un duro antes que lo pidan.

Pasaron de actualidad las úlceras y las monstruosidades repugnantes á un pueblo culto; no hacen falta, el mendigo sin ellas dice:

«Mío es el mundo; como el aire libre;
otros trabajan porque coma yo;

todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.»

Nubes de chicos de ocho á diez años repiten á las ocho de la mañana como á las doce de la noche la lección.

—¡Señorito, tengo hambre, y *semos* siete hermanos!

A lo mejor desemboca en la plaza una mozuela tirando del ronzal del asno en que cabalga un semejante, y alarga la mano como indicando «¡Para estas tres criaturas!» Un viejo instalado en el portal más á propósito dispara al que allí se guarece la arenga:

—«Caballero, una limosna, que como todos van de priesa *por mor* de la lluvia, todavía *no he ganado nada.*»

No hablemos del de la Estación, á quien alargaba un viajero el saco de noche, recibiendo merecida repulsa:

—¿Por quién me ha tomado V.? Soy un pordiosero, á mucha honra; no mozo de carga.

Las autoridades municipales, provinciales y generales extienden á porfía su mano protectora sobre estas industrias que dan ornato, decoro y población á la Corte. Aún no han hecho la estadística por sexo, edad, naturaleza, con casillas que indiquen los que saben leer y escribir; no obstante se puede calcular que son muchos los que dan cuando tantos hay que piden.

Se desvelan también en su servicio, dejando abandonados ó poco menos los intereses personales, aquellos que inician suscripciones recogéndolas de casa en casa. Si la calamidad es grande y la suscripción nacional: cuántas industrias se ponen en juego.

Apenas merecen apunte las de carácter transitorio ú ocasional, tales como las del poeta luctuoso que oliendo los cirios que alumbran al cadáver, llega á ofrecer al afligido esposo ó al padre dolorido elegía impresa con letras de oro, teniendo en cabeza el nombre de la prenda malograda; la del que madruga por tomar puesto en la fila de entrantes en la tribuna del Congreso cuando habla Castelar; los que hacen cola, cuando la hay, en el Banco de España, no teniendo nada que cambiar; los que se agolpan en los ventanillos del des-

pacho de billetes con objeto de impedir que lleguen á ellos sin intermediario los que realmente tienen intención de asistir al espectáculo.

La crisis económica deja paso á más industriosos: en momentos en que el billete de Banco sufre descuento; cuando la antedicha cola se forma y alinea, empieza á verse en manos de cambiantes el busto amarillo de los reyes de España, ya por raro olvidado de las gentes: suena en los mostradores el tilín agudo del metal precioso: ¿De dónde viene el río de oro? Averígüelo Vargas, que no es cuestión de eso, sino de beneficiar un tanto por ciento.

Es lo menos á que aspira el industrial de la Corte, operando con el tiempo, con la moral acomodaticia y con el íntimo convencimiento de que, *Stultorum infinitus est numerus*.

F. HARDT.





MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE V

CONCLUSIÓN (I)

Copia de capítulo de carta del Marqués, de 28 de Enero de 1710.—Ya debía estar cercana la última escena de esa tragedia, mudándose el Gobierno, lo cual apresuran todos los pasos que ahí se dan. V. E. podrá tomar las medidas que tuviere por más á propósito para sus intereses y gusto: me gusta el que V. E. esté dispuesto á no mirar caminar los negocios con aquella regla y acierto que debieran, pues los Príncipes y Ministros que pueden tener no se aseguran esta felicidad de conducta. V. E. debiera ya con poca diferencia conocer el carácter del Rey Carlos y el de los Ministros que ocupan el primer lugar en aquella corte. Quien no se hallase con estas noticias, pudiera adquirirlas del primer inglés ú holandés que encontrase, con seguridad de tenerlas de gente que puede hablar por experiencia.

A que el Duque responde en carta de 3 de Marzo lo siguiente:—Con que así reduciré la cifra en respuesta de la de V. S., á continuarle no solo las noticias que en ella me participa, sino es lo que con las mismas me ilumina para mi acierto.

Capítulo de carta del Marqués, descifrado y traducido, que

(I) Véase la pág. 324 de este tomo.

venía con la pública para el Duque y se recibió en 18 de Abril de 1710, después de la prisión del Duque.—Antes de ayer se apareció aquí por la posta el Marqués Ascanio Huadami, Gentilhombre de aquél.—Tratéle intrínsecamente en Viena, donde se crió paje del Emperador difunto, y cuando el Rey Carlos ascendió á la dignidad real, se dedicó á su servicio siguiéndole en Portugal y después en Cataluña: há tiempo que sirve en las tropas, y ahora creo que es Capitán Comandante del Regimiento de Galves; viene despachado á Nápoles con despachos y comisiones de alguna importancia, y después volverá en busca de su amo. Con esta ocasión he sabido diversas cosas de aquella corte, en la cual, después del breve viaje que ha hecho el Rey, empiezan las esperanzas de la preñez de la Reina, pero estas esperanzas no son totalmente seguras. El Príncipe de Siestrestem sólo mantiene algún crédito para los negocios de Alemania, y para los de Italia se emplean Moles, Vizcardi, Romeo y el Conde Estrella; el negociado de España lo hace todo el Secretario Perlas. Hállase predilecto del Rey el Conde Estrella, pero este Príncipe, á quien en sus tiernos años inspiraron veneración por el ejemplar del reinado de Felipe segundo, debe ser muy celoso de su autoridad, y quiere esto contra los tratados hechos con las dos potencias, y recíprocos entre ambas. Ponderan las cartas las dificultades, sin disgustar á holandeses, de haberlo de efectuar, y aun hacen memoria á que penetrado el año pasado esto de holandeses, se protestaron de que harían su paz particular, y para esto con diferentes pretextos solicita la corte de Barcelona dilatar el conceder ó negar absolutamente. El uso que la Francia hará de esta cartas así como el fruto que de él se sacará dejo á la prudencia y capacidad de V. S. que lo considere, no obstante que le diré el que yo hago, y es que si bien sirva para fomentar desconfianzas, que el empeño de la guerra presente hará de superarlas me dirá V. S. que como le discurso en esto, porque no le confio el negocio á que Iberville ha venido cuando oiga que para despedirle, como lo queda, le mandó el Rey que viniese á mí, y que yo le entregase una carta cerrada con el sobre escrito de mano del Rey para S. M. Cristianísima, y le digo que porque así se me envió, conqué aunque no ignore

el negocio, no puedo asegurar el contenido de ella, y no pudiendo referir su estado, es ociosa toda narración, y sólo á lo que se puede extender mi confianza y mi sencillez, es á advertir á V. S. ser todo efectos del antecedente despótico dominio de la Francia en el ánimo de estos Reyes, que por último puede ser que aunque ahora este se quiera disimular, haya de acreditarse con bien pésimas consecuencias en el fin de este negocio, ser el mismo que ha sido en todos los demás, pues dura en ellos la misma conducta. Así pudiera yo decir á V. S. dura la mía en la apariencia que estos días se ha alterado como dije á V. S. el correo pasado por los mismos motivos, con que tengo á la corte, cortesanos y Ministros en agitación, pero crea V. S. á un amigo suyo como yo, que solicito en todas formas huir los motivos de agitarlos; y de ser puesto en la historia de estos tiempos como V. S. dice, no pudiendo negarle que la tal cual inclusión en los negocios, me da luz para el conocimiento del estado de ellos el cual me sirve más que para empeñarme, para irme apartando lo posible pues se ve la constancia en los enemigos, la flaqueza y mala fe en los amigos, y la pertinacia en los dueños, en lo que hasta ahora han errado, al mismo tiempo que se experimenta la falta de un todo la cual sólo bastaría para perderlo todo, si los enemigos en Cataluña no la tuviesen también, como se ve en las mismas cartas citadas de Moles, pues siendo de últimos de Noviembre próximo pasado dice que huído Staremberg no se puede mover, respecto de no tener un grano de trigo y de estar falto de caballos, y duda que ingleses trasporten lo primero y recluten lo segundo, si no se les complace en lo de Menorca, con que se ve que de estas necesidades nace muestra duración.

Otro capítulo de carta del Duque de 17 de Marzo de 1710.
=A que respondo sobre los elogios que V. S. con el gusto de su pasión hacia mí dice haber leído, se me dan en las cartas de Francia con el motivo del negocio á que vino Iberville, y cierto que si por el manejo de él merezco aplauso, me le debieran dar más que las cartas de Francia, las de otras partes, pues habiendo deshecho algo de aquéllo, á que aquella corte tenía

influido en ésta, es más ventaja de otros que de la misma lo ejecutado, con que sin faltar á lo presente, reconocerá V. S. tengo muy á la vista lo futuro, y siendo esta máxima tan establecida en mí, con el prudente y sabio dictamen de V. S., puede estar cierto iré manejándome sin apartarme de ella, siendo también cierto no se necesita de grande habilidad para ello. Respecto de que estos señores con sus inconsecuencias, con sus desconfianzas y con el ningún concepto de todo español dan lugar para el uso de la idea referida.

Otro, del mismo Duque, de 24 de Marzo de 1710.—El negocio de Iberville con que V. S. empieza la cifra en este correo, cierto que ha sido, por el secreto en él observado, fomento de la curiosidad, pero no juzgo pueda haber sido semilla de discordia entre la corte de París y ésta, pero no negaré á V. S. haya podido motivar en aquélla algún desengaño hacia su absoluto arbitrio en ésta, pues se ha repugnado con términos adecuados concluir un negocio en que el antecedente Gobierno había hecho dar al Rey pasos perjudiciales, siendo tales los dados ahora en él, que la Francia no ha sabido dolerse de la repugnancia y lo ha remitido al silencio, y quizás de éste que con razón dejo dicho desengaño, habrá servido de algún pretexto á aquel Ministerio para convencer á S. M. cristianísima á los últimos pasos que se han dado y están dando á la conclusión de su paz.

CARGO 3.º

Que el Duque revelaba al Marqués Rinuccini las interioridades del Gabinete y las que el Rey le confiaba, y asimismo las que dependían de su Ministerio é incumbencia, faltando al sagrado del secreto que debía observar como Ministro y vasallo del Rey, y las que asimismo adquiriría particularmente en que podía ocasionar con estas noticias nocivas consecuencias y graves inconvenientes á la causa del Rey y buena adminis-

tración y dirección de los negocios de que se trataba. Compruébase este cargo por los capítulos de minutas de cartas que van arriba (C).

D

Carta del Duque de 9 de Diciembre de 1709.—Le repetiré lo que tantas veces le he escrito, de que este sistema es el mismo que V. S. dejó, no haciéndose otra cosa que lo que en París se resuelve, no resolviéndose más que lo que la Princesa quiere y el confesor aconseja, si la Junta en que este concurre vota fuerte, se ejecuta; si no vota así suele venir á mí, y como mis votos procuro regularlos á la razón y á la posibilidad, sin manifestarlos en el Gabinete, se lleva el negocio á él, y allí en banasta logra Mejorada su fortaleza y el confesor sus influencias; pero después de todo esto, á Molines le dan órdenes que no puede ejecutar, y le acabarán de perder; en España se teme á los obispos y no se fía de las Universidades, con que no se disimula ni se resuelve, y estamos expuestos á los daños que las resoluciones de Roma pueden ocasionar en estos reinos, y no sé si realmente, según mis rescuentros, aunque contra mis votos, habrá que temer de ellas en Sicilia: ello es todo una confusión y un hacernos ver que no se piensa con método á nada, y si esto ha sido cuando la Francia nos abandonaba, mire V. S. qué será después que ha llegado la noticia de hallarse en París un holandés en cuya casa alojó el marqués de Torcy cuando estuvo en el Haya con preliminares de paces, que al rey se le ha hecho creer, según publica S. M., ha depreciado la Francia, que le lisonjean con lo que V. S. ni yo creemos de su suegro y con otras cosas semejantes á estas, las cuales se ve le impelen á reirse del Ministerio español, á haber roto todas las medidas que iba tomando para el comercio de Indias, teniendo ya hasta cuatro ó seis bajeles propios que enviar, y despedido del tratado al sujeto que en él entraba; con que esto se va reduciendo á lo que yo he dicho á V. S. muchas veces de que lo mejor es que lo acabe de perder quien lo

empezó á poner en este paraje, el cual se reduce á que se buscan medios y no se topan, á que se solicitan modos para sacarlos y lo que se logra es enagenar corazones.

Otro capítulo de dicha carta.—Y al mismo tiempo el rey ha publicado haber muerto la reina Ana, con que estamos muy alegres de que con esto se acaba la liga, como si el Gobierno de Inglaterra no supiese suplir con sus direcciones todo lo que fuese necesario para sus intereses; quien no entiende los suyos en Nápoles son Viena y Barcelona, pues todo lo que no es enviar á aquel Virreinato un español, sea el que se fuese, lo errarán, pero por acá no hay capacidad de aprovecharse de estos yerros.

Otro de 17 de Febrero de 1710.—Y otro extraordinario del mismo Duque de Alba del día siete, lo formal de las noticias que sobre la importancia de la paz que ya nadie duda concluida haya participado el Duque de que los Gabineteros están desesperados, los Consejeros de Estado no gustosos y los cortesanos tan agitados como curiosos, particularmente viéndose á los Reyes bailar cada noche, al rey continuar el campo, dilatarse el nombrar quién ha de mandar el ejército de Aragón, no adelantarse las disposiciones para la campaña por la falta de medios y mantenerse el confesor y Princesa en la confianza y disimulada dirección de todo.

Otro de 3 de Marzo de 1710.—Y si como acaba el Cardinal empezase, creo lo había de lograr, pues por no haber bailado mi sobrina (como dije á V. S. en el correo pasado), se me mira en Palacio con desdén, que es el verdadero testimonio.

Otro de 4 de Noviembre de 1709; el cual está en postdata, á que se nota que se puso en virtud de un capítulo que está en medio pliego aparte, al parecer de letra del mismo Duque, en que ordena al amanuense lo estienda en cifra, y dice así: —Llega el correo de Andalucía, y con su arribo hemos sabido el de una escuadra á Gibraltar de ochenta navíos, los diez

y seis de guerra, en que se avisa vienen once regimientos, y que sólo aguardaban tiempo favorable para continuar su navegación á Barcelona, pero en mi entender sería mucho peor se quedasen en Andalucía, por lo que en aquella parte les pudiera facilitar el mal estado de las pocas tropas y no mejor humor de sus naturales.

CARGO 4.º

Que el Duque censuraba las operaciones del Rey y las de algunos individuos Ministros reales y otros personajes, y asimismo las del Gobierno, expresando se gobernaba S. M. por los sujetos que refiere, y que dependía este Gobierno del de la Francia, dando con sus noticias luz para la dirección de providencias que pudieran aplicar los enemigos, pues teniéndolas se aprovecharían de ellas en grave perjuicio de la causa del Rey. Compruébase este cargo por los capítulos citados arriba (D).

E

Carta del Duque de 15 de Julio de 1709. = Esto está mucho peor que V. S. lo dejó, en todo género de cosas, conque así V. S. vea si por paz ó por guerra puede dejarse acabar con brevedad. V. S. no deje de avisarme lo que fuese sabiendo y darme con sus acertados discursos luz para los míos.

Carta del Marqués Rinuccini, fecha en Marsella 12 de Julio de 1709. = Que traducido el capítulo que conduce, dice así: = Monseñor Zanzedari, á quien he visto en Aviñón y quien se pone á la obediencia de V. E. tiene orden de mantenerse en aquella ciudad, pareciendo al Papa conviene á su decoro que vuelva á España á su tiempo el mismo Nuncio que arrojaron, si su destino le hiciese pasar á la corte de Barcelona, antes que se acabe la guerra. Me ha ofrecido él y su hermano de ser

buenos servidores y gratos á V. E., y sucediendo este caso, que quizá no es imposible, pues aún no está asegurado, V. E. podrá entonces escribirle francamente si pudiesen servirle en algo.

A que da respuesta el Duque en carta de 5 de Agosto de 1709 en esta forma:—Digo en este que he tenido carta de Monseñor Zanzedari, y unidas las expresiones de que la compone con la que V. S. me asegura, vivo seguro de que así su Ilustrísima como el Sr. Abad, su hermano, serán en todas partes mis amigos, que bien lo habré menester tales, según las disposiciones del mundo, las cuales indican cuanto V. S. me expresa, y no lo contradice lo que por acá se experimenta y se revela, que es que aunque antes del fin de la campaña pueda estar concluida la paz con la Francia, tomando para esta confesión, aun el más interesado, el motivo de la necesidad y la fuerza, á esto correspondería, si no la total independendencia, la mayor parte de ella; pero ni aun en la apariencia se acredita esto, continuando el Gobierno en el mismo sistema que le dejó V. S., siendo solo en lo que hay alguna en lo que á mí se me remite, y en que desde mi casa doy mi parecer, sin más empeño en él que decirlo, é indiferencia en que se siga ó no. Esto para ahora no sirve y para en adelante puede ser que varíe, y bien necesitaría yo en esta ocasión de un amigo como V. S. por acá; pero creo de su fineza lo haya de parecer en todas partes y de cualquiera me haya de prevenir de lo que entendiere, así en lo general como en lo particular que á mí toca.

Carta del Marqués, fecha en Florencia á 3 de Septiembre de 1709, cuyo capítulo descifrado y traducido dice así:—Espero que V. E. experimentará en todas ocasiones los efectos de la buena amistad de Monseñor Zanzedari y de su hermano, á quienes escribiré esta noche las finezas que V. E. les hace en mi carta. Hállanse todavía inciertos de su suerte, deteniéndolos el Papa en Aviñón para valerse de ellos en Barcelona, en España ó en Italia, según la contingencia de las cosas y de las internas disposiciones de Su Santidad.

Y la cifra que corresponde á esta carta del Marqués, y á que responde el Duque con fecha 7 de Octubre de dicho año, dice así:—V. S. con razón espera haya yo de desear siempre cultivar el afecto de Monseñor Zanzedari en correspondencia del que le debo, y toda la seguridad que sobre esto le hiciese, V. S. no habrá nunca de pagarla.

Capítulo de carta del Marqués, fecha en Florencia á 10 de Septiembre de 1709, que descifrado y traducido dice:—To-cante á la persona de V. E., que es el objeto principal de mis consideraciones, creo que manteniéndose ahí el sistema del Gobierno, en el estado presente importará pòquísimo á las cosas futuras el que V. E. desde su casa dé su dictamen por escrito á los papeles que se le enviasen, siendo esto una circunstancia que en una mudanza de corte se le puede contar á V. E. por envidia ó mala voluntad de sus enemigos españoles, pues por lo demás, todo el restante del mundo se interesaría muy poco en esta querella; basta que V. E. tenga la mira á no ligarse más en el Gobierno presente, y á quedar libre para poder en una mudanza de Soberano dar aquellos pasos que V. E. lograra oportunos, sin el menor desdoro de su dignidad, de su fidelidad y estimación.

La cifra del Duque en su respuesta con fecha de 14 de Octubre de 1709 dice:—Es bien para mi acierto necesaria la confianza y fineza de V. S., experimentada mayormente en el contenido del papel á que respondo y en que habla V. S. de mi conducta y ministerio; ella y él son sin novedad alguna en los términos que á V. S. tengo avisado, y que convienen con lo que V. S. llevado de su amor hacia mí y de su gran capacidad me sugiere por los más convenientes, como menos expuestos á los riesgos de los futuros contingentes del mundo, no obstante que ratifico á V. S. lo que tantas veces le dije, de ser mi ánimo retirarme fuera de la corte y por consecuencia de los Ministerios, sin que lo motive desengaño de la fortuna.

Capítulo de carta del Marqués, su fecha en Florencia 17 de Septiembre de 1709, que traducido y descifrado dice:—Cuan-

do con efecto parta el Embajador, es preciso recaiga por necesidad el Gobierno en mano de los españoles, y en este caso los más agravados de este peso será V. E. y el Marqués de Bedmar. Compadéceme en extremo V. E., y mucho más me compadeciera si no tuviese por cierto que V. E. tendrá la mira á lo venidero, y que sobre ésta medirá todas sus operaciones; me alienta también el poder creer que el fin de la guerra no esté lejos, y con la paz cesarán presto á V. E. y á todos los demás los males que padecen en el tiempo presente.

Respuesta del Duque al capítulo del Marqués, antecedente, con fecha de 21 de Octubre de 1709. = Esto supuesto puede V. S. con su amistad hacia mí no recelar por la ida de Amelot alteración en mi conducta, antes puedo yo asegurar á V. S. que no obstante que respondo como debo á lo que se me pregunta, continuamente vivo tan lejos de los manejos que temo parezcan á V. S. insustanciales ó políticas mis noticias. Esto sí que no diré yo de las que V. S. me da de Viena y otras partes que me sirven para mi propio gobierno en lo presente y venidero, no obstante mi ánimo expresado el correo pasado de retirarme.

Carta de 9 de Diciembre de 1709. = Esperando yo de su fineza que desde todas partes haya de tener presente la mía correspondiéndola con iluminarme para mi acierto, que aseguro á V. S., permanezco en el concepto de que nada me lo asegura más que el poderme retirar de la corte; pero ya que esto no es, en ella estoy muy de particular, riéndome de los que se fatigan en acreditarse Ministros.

Capítulo de carta del Duque de 9 de Diciembre de 1709. = Monseñor Salviati me escribió como tengo avisado á V. S. á quien estimo hacer por sí solo más de lo que puede. La amistad con el hermano se disminuye cada día. He expresado diferentes veces al Marqués Guadani muchas cosas del Sr. Duque de Medinaceli, y le he rogado instantemente cuando tuviese la suerte de venir con su hermano á esa corte de ponerse debajo de la protección de V. E. Es bravo mozo, honrado y de bien,

y hallándose él en esa corte cuando llegase el caso de mudanza, V. E. le envíe á llamar francamente y válgase de él sin ceremonia, pues espero se hallará satisfecho de su atención y sinceridad. El Conde de Gálvez podrá dar en todo caso todas las noticias, y sólo prevengo á V. E. para su gobierno, que el Marqués Guadani me ha parecido inclinado á la amistad y fortuna del Conde Stella, árbitro de las cosas de la guerra en aquel país y actualmente bien puesto en la gracia del Rey.

CARGO 5.º

Que el Duque afectaba achaques y buscaba otras excusas y pretextos para desviarse del manejo del Gobierno, con el fin de mantenerse con esta neutralidad y afectación, para cumplir con uno y con otro partido, mirando el tiempo venidero, de que esto se había de acabar y entrar el Sr. Archiduque á reinar en estos dominios, dudando en la conservación del rey en ellos, por lo cual le pedía al Marqués en todas sus cartas le avisase de todo para su acierto, solicitando para esto otras correspondencias para afianzarse en el Gobierno venidero y concurriendo á los consejos y persuasiones del Marqués, cuyas insinuaciones y expresiones podían influir mucho en detrimento y perjuicio de la causa del Rey. Compruébase este cargo con los capítulos de cartas originales del Marqués y de los de las minutas de cartas del Duque que van arriba expresadas (E).

Habiéndose echado menos los papeles que dieron motivo á la prisión del Duque, se le representó á S. M. y se le pidió por la Junta que siendo servida mandase se le entregasen al Alcalde D. Antonio de la Pedrosa para que se instruyese la Junta de ellos plenamente, y pudiesen sus individuos formar juicio y dictámen en esta causa; y en su vista mandó S. M. se entregasen; y por ellos consta ser los mismos que se le aprehendieron al Duque en sus papeleras, menos una carta original del

Marqués Rinuccini, que está en cifra con su traducción en italiano, que es la última que va citada en el cargo 5.º y se aprendió después de la prisión del Duque, el día 18 de Abril—otras dos originales del Duque, de cuya mano parece están firmadas—dicho Marqués con—de la que parece remitía en cifra en que expresa en sustancia lo mismo que en todas las demás que se han visto en la Junta, añadiendo en la de cifra lo siguiente—También hay quien discurra en que pueda hacerle (habla del viaje) la Reina á Burgos por aquel voto que V. S. se acordará se habló en otra ocasión. Yo para con V. S. no he de negar que suspendo el juicio como en el antecedente.—Y por todas las cartas del Marqués como del Duque que van citadas se hallará que aunque expresadas para cada cargo, se dan la mano algunos capítulos con otros para la comprobación de otros cargos que van hechos, y las demás que se dejan de citar corroboran bastantemente sus contenidos con la expresión y extensión de sus cláusulas, por lo cual es necesario tenerlas muy presentes.

Además de lo referido consta que dicho alcalde, en virtud de orden de S. M., tomó algunas declaraciones á los dos Secretarios del Duque que se hallan presos, y á otros criados en razón de inquirir con qué personas se correspondía el Duque en cifra, y en cuyo poder paraban las claves; y por estas declaraciones resulta que el Duque se correspondía en cifra con diferentes sujetos que expresan, entre los cuales nominan al Marqués Rinuccini, que á lo que se reducía la correspondencia era á tratar universalmente de las presentes cosas del mundo y novedades que ocurrían en estos reinos, y á decir algunas de los enemigos, por cuyo motivo se ponían en cifra las cartas por el riesgo que tenían de caer en sus manos, como más largamente se vería en las minutas de dichas cartas, y D. Bernardo de Rezusta, secretario de dicho Duque, depone que para las personas que tiene declarado, y entre ellas el Marqués Rinuccini, con quien el Duque se correspondía en cifra, era dicho D. Bernardo quien escribía las cartas, unas veces dictándolas él, y otras el Duque, pero que siempre las ponía en limpio cifrándolas y descifrándolas, y que estas correspon-

dencias corrían á su cargo, por cuya razón lo sabe, que es en sustancia lo que parece y consta de los papeles y demás diligencias ejecutadas en esta razón, y se previene que las claves se manifestaron y exhibieron ante dicho alcalde. y se pusieron por inventario con toda cuenta y razón.

Aquí termina el manuscrito.

Renunciamos á sacar el abundoso linaje de observaciones á que se presta el estudio de los documentos trascritos, y dejamos para el político la triste enseñanza que de su lectura se desprende.

Muy quejoso se muestra el Duque, pero es lo cierto que su conducta no se sujetó cual debiera á lo que exigía el puesto honroso que había aceptado cerca del Rey. Es verdad también que la incertidumbre de los acontecimientos disculpaba, dada la humana flaqueza, el dualismo de carácter que Medinaceli mostró, dando cara al Rey Felipe sin volver la espalda al Archiduque; sin embargo, el sistema, aunque desgraciadamente no haya caído en desuso, será siempre censurado por una moral escrupulosa.

Quisieron los amigos del Duque defender su conducta, pretextando que la prisión llevada á cabo constituía una verdadera transgresión de derecho, y al efecto publicaron en el Haya, á fin de Mayo de 1711, un papel de que se conserva traducción en el Archivo de la Academia de la Historia, haciendo creer que D. Felipe había tratado de echar sobre Medinaceli la responsabilidad de un proyecto de tratado de paz bochornoso para España. La defensa, aunque ingeniosa, no arroja sobre el asunto luz alguna, y por lo tanto omitimos su relación.

El preso fué llevado primeramente al castillo de Segovia, más tarde á Burdeos, y por último á Pamplona, donde falleció de muerte natural en 26 de Diciembre de 1711.

CARLOS CAMBRONERO.



RELACIÓN SUMARIA

SOBRE

LOS CODICES Y MANUSCRITOS DEL ESCORIAL

POR D. FÉLIX ROZANSKI, PRESBITERO

Continuación (1)

VI

SIGLO XIII

Es una época digna de profundas meditaciones; por una parte se observa en la vida social una grande religiosidad, y por otra el salvajismo y la crueldad (2); asesinatos, venganzas, espoliaciones, grosera y á veces pública y escandalosa sensualidad, envidias con sus consecuencias—en una palabra: grandes virtudes, grandes delitos, grandes calamidades, son propias de aquellos tiempos (3). «Las pasiones conservaban su entero vigor, y obedecían al instinto más bien que al cálculo. Añádase á esto una devoción excesiva, que veía un milagro en cada acontecimiento, premios y castigos inmediatos en toda consecuencia; que asignaba un santo á cada pasión, á cada de-

(1) Véase la página 387 de este tomo.

(2) J. J. Ritter sup. cit. I, 631.

(3) Ces. Cantú. sup. cit. Tom. IV. p. 107. col. 1. Comp. l. cit. p. 84, 103 etc.

lito, á cada esperanza; que hacía intervenir á los santos y las apariciones en todo, y multiplicaba los votos como pacto con el cielo para evitar los peligros, y hasta para salir airosos de una mala acción (1).» Y no podía ser otra cosa, porque cada época tiene razones de su existencia tal como la ha dejado. El siglo XIII, como los anteriores, al lado de vicios se señalan por grandes virtudes; no faltaron varones, en medio de la corrupción, de sorprendentes virtudes, como el rey de Francia San Luis, y otros tanto civiles como eclesiásticos. «Muchos había Papas—obispos, también sabios entre ellos, no sólo de Francia sino en otros países cristianos—y fundadores de varias órdenes religiosas (2).» La humanidad convertida del paganismo al cristianismo, aunque entusiasmada de su nueva creencia, se despojaba de sus inveteradas costumbres con dificultad, pero el cambio obraba constituyendo un nuevo modo de vivir. Y prescindiendo de detalles que me llevarían demasiado lejos, el hombre de este siglo se me parece á un batallador en su propio interés, y conquistador de libertades y franquicias de que carecía hasta entonces. «Los Comunes de Francia son reconocidos por cartas reales; en Inglaterra, en tiempo de Juan Sintierra, obtienen el derecho de elegir los Aldermanes; en España tienen sus fueros, y los corregidores y alcaldes se hallan investidos de la jurisdicción; en Italia se mudan en repúblicas; en Alemania Federico I los hace instrumentos del aumento del poder regio, etc. (3) En todas partes se derrumba la antigua vida, y el renacimiento surge de sus ruínas. Mientras que los griegos corrompidos, sofistas, y de mala fe, no sabían regenerarse, la Europa grosera, es verdad, fué sensible al honor, y capaz de grandes sacrificios, de lo que dió pruebas en las Cruzadas. Aquellos convirtieron «la religión en un campo de intrincadas disputas, y éstos la veneraban como cosa incontrovertible, y se dejaban dirigir por ella en sus empresas, fijar en sus creencias y atemperarse en uso de la fuerza.» Entre los griegos la religión fué compañera y esclava de la tiranía, y

(1) Ibid. Comp. ibid. p. 240, 241, 243, etc.

(2) Ritter cit. p. 632.

(3) Cantú sup. cit. Tom. IV, 242. col. 1.

entre los europeos estaba asociada con la libertad, y oponiéndose á la prepotencia, ordenaba un sistema de leyes que mejoraba el derecho antiguo, y la hacía un verdadero modelo (1). Con tales circunstancias, y bajo tales corrientes se encontraba entonces el movimiento intelectual—el movimiento del saber humano. No pocos se figuran que nuestros padres de esta época bien merecen un atributo de meros bárbaros é ignorantes; para convencernos de lo contrario, repasemos los altos establecimientos que dirigían entonces la enseñanza pública. En todos siglos existían escuelas, aunque, sea dicho de paso, no pueden compararse con las de nuestros días, ni tampoco con las del siglo XIII.

La Universidad de Oxford y Cambridge sin duda pertenece al siglo XII aún, y las siguientes son de fecha histórica; la de Vicenza, es del año 1204; de Padua, 1222; de Nápoles, 1224; de Vercelli, 1228; de Piacenza, 1246; de Treviso, 1260; de Perugia, 1276; de Tolosa (Francia), 1228; de Salamanca, 1240; de Ferrara, de hacia 1264; de Montpellier, 1289; de Lisboa, 1290 (2). El Comune de Vercelli empezó en el año 1220 el estudio de teología, de derecho civil y canónico, ciencias médicas, dialéctica y gramática; su escuela fué dividida en cuatro naciones: una de Franceses, Normandos é Ingleses, otra de Italianos, la tercera de Teutónicos, y la última de Provenzales, Españoles y Catalanes (3). La Universidad de París tan célebre en teología, y que dió al mundo un número de grandes eminencias en el saber humano y en las virtudes, nació de tres escuelas reunidas, y Felipe Augusto en 1200 la dotó de privilegios (4). La enseñanza consistía en lo que se ha dicho en el artículo anterior—en este lugar es preciso añadir la sabiduría de la astrología y ciencias ocultas. Los más célebres varones de la época fueron los siguientes:

Alejandro de Hales, de origen inglés († 1245). Franciscano, titulado *Doctor irrefragabilis*, enseñó en París. Escribió: «Quæs.

(1) Ibid. p. 240.

(2) Ritter sup. cit. I, 623.

(3) Ces. Cantú sup. cit. III, 800. col. 2.

(4) Ibid. p. 801. col. 1.

tiones seu *Commentaria in libros IV Sententiarum, alias: Summa Theologiæ.*» La continuación de esta obra pertenece á sus discípulos. También: «*Postillæ in universa Biblia.*»—Los comentarios de Salmos y Apocalipsis son dudosos. Suyo es «*Commentarius in Aristotelis libros III. de anima.*»—No le pertenece «*Commentarius in Metaphysicam Aristotelis,*» es de Alejandro de Alejandría, barcelonés. Además: «*Destructio vitiorum* y *Summa de virtutibus,*» son obras suyas (1). La Suma de Santo Tomás de Aquino, y los comentarios de San Bonaventura y de Duns Scotus oscurecieron los Comentarios de Alejandro.

Alberto Magno, Suabo de origen (1193 † 1280), Dominicano, estudió en Padua, enseñó en varias universidades, sobre todo en París y Colonia, la Filosofía y Theología; fué un célebre naturalista, y propagador de la filosofía aristotélica. Comentó casi todas las obras de Aristóteles (2). Sus obras son tan numerosas como fué su genio: se cuentan en 21 vol. folio (3). Resignó su mitra de Ratisbona para dedicarse únicamente á los estudios y murió en Colonia en el año indicado más arriba.

Tomás de Aquino, (1224 † 1274), Napolitano, discípulo de Alberto Magno, llamado *Doctor angelicus*, cuya erudición fué tan vasta que comprendía todo de los Cristianos, Arabes y Griegos. Su maestro, admirando las respuestas profundas que le daba, exclamó: «Llamamos á Tomás el buey mudo; pero os anuncio que algún día los mugidos de su doctrina se oirán en todo el mundo,» predicción que se verifica hoy día mismo (4), por la enseñanza tomística.

(1) Ritter sup. cit. I, 629.—Cantú, sup. cit. p. 819. col. 1.—Ed. Alexand. Halen. Quæst. s. Comment. Venecia 1575. Colonia 1622. Postillæ. Venecia, 1496. París 1647.—Comm. in Arist. l. III de anima. Oxon. 1481. Summ. de Virtut. París 1509. Destructio vitior. Nurenberga 1496. Comp. Kirchen-Lex. sup. cit. Tom. IV. p. 849.-851.

(2) Com. Cantú sup. cit. p. 819. col. 1-2. y Quetif. *Albertus Magnus*, con sus obras y ediciones.

(3) Kirchen-Lex. Tom. I, 143.

(4) Nos vocamus istum bovem mutum; sed ipse adhuc talem dabit in doctrina mugitum quod in toto mundo sonabit.—Guil. de Thoco Vita s. Thom. cap. 3. n. 13.—Ibid. l. cit. añade: «Juvenis autem qui cor suum in hu-

Bonaventura, Florentino (1221 † 1274), Franciscano, contemporáneo de Santo Tomás de Aquino, hizo sus estudios en París donde enseñó también, y Cardenal después, con el título de *Doctor Seráfico*. Fué místico y Escolástico, de una piedad y eminente saber; sus obras en tratados, exposiciones y sermones son numerosísimas (1).

Joannes Duns Scotus, Franciscano, nació hacia 1266 † 1308. Inglés de origen, ó Escocés, ó Irlandés, muy probable del condado de Norumberland, no se sabe de cierto, enseñó en Oxford, París y Colonia; su celebridad fué tan grande, que logró á establecer la escuela de *Scotistas*. Profundísimo pensador, se ganó el título de *Doctor subtilis*. Según la crítica, sus obras no han sido todavía examinadas, y en su mayor parte son incompletas. Mucho se celebró su obra *in universitate Oxoniensis super libros Sententiarum* (2), forman seis volúmenes; los primeros cuatro tratan de Gramática, Lógica, Física y Metafísica en forma de comentarios sobre Aristóteles; *Reportata Parisiensis*, contiene un volúmen, etc.

Raimundo Lull (a) Lulio nació en 1235 en Palma (Mallorca), distraído en la corte de Jacobo de Aragón, desengañado del mundo, lo abandonó, se fué á París, estudió unos diez años la Teología, se aisló en 1275 de nuevo del mundo, y em-

militatis fundaverat pavimento, ex tanti magistri testimonio et ex tam honorabili actu scholastico non erexit in superbiam animum nec mutavit solitæ simplicitatis exemplum.»—Ibid. XIII. 81. Joannis XXII testim. canonisat. «Ipse (Thomas) plus illuminavit Ecclesiam quam omnes alii doctores, in cujus libris plus proficit homo uno anno quam in aliorum doctrina toto tempore vitæ suæ.» Ed. de sus obras: Romæ 1570. en XVII. Vol.—Venecia 1593. XVIII. Vol. Antwerp. 1622. en XIX. Vol.—Paris 1636. en XXIII. Vol. y un sinnúmero de ediciones sueltas. Comp. Kirchen-Lex. sup. cit. X. p. 911-931.—Quetif. Thom. de Aq.—Cantú sup. cit. Tom. III, 820. col. 1 &.

(1) Ratio Novæ Coll. opp. omnium sive editor. siv. anedoctor... s. Bonaventuræ... Taurini 1874. P. Fidelis a Fanna, p. 28-43.—Serm. p. 122, 123-127. también p. 48-50.—Gerson. ed. Antwerp. 1706. Tom. I, 21. «de examinatione doctrinarum.»—Trithemio de Script. Eccl. Cap. 464.—Wadding. Annales Minor. T. III. &.

(2) Ed. Wadding. 1639. XII. Vol. f.º—Lyon. con Coment. de Cavello, Antonio Hickey, Juan Ponce, y Francisco Lychet.—Comp. Kirchem-Lex. sup. cit. IX, 878-882.

pezó á meditar sobre su sistema, que tanto ruído hizo en las escuelas. Como, por ejemplo, en una Gramática que es la concentración de principios para hablar y escribir bien, buscó principios para estudiar la teología, etc. Todas sus obritas, cuyo número elevan algunos á 4.000, y que se pueden reducir bien á 400, tienden á aclarar y apoyar su teoría, que no consiguió grande fortuna. Sus vastos conocimientos y conceptos á veces originales, comprendían todas las ciencias: Física, Matemáticas, Astronomía, Medicina, Jurisprudencia, Alquimia, Cabalística, etc. Sin embargo, aunque en realidad fuese un verdadero sabio y un hombre religioso (1), dejó mala reputación. La Universidad de París prohibió su doctrina: «Lo cual, unido á la bula de Gregorio IX denunciando muchos errores en sus obras (2), concluyó de desacreditarla» (3). Por fin entró en 1314 en la tercera Orden franciscana, se fué á Africa, y preso en Tunis recibió tan mal trato de los árabes, que á la vuelta falleció en 1315 en el camino. Los mallorquinos le veneraron como á un mártir; pero en Roma no se reconoció como un santo.

De las ciencias, historia, bellas artes, filosofía, medicina, astrología, etc., extensamente se ocupa César Cantú, y la Jurisprudencia invadió la escuelas ya en el siglo anterior, y en el XIII se elevó á igual altura que la Teología y la Escolástica. Roger, Otón de Placencia, Enrique de Baila, Juan Basiano de Cremona, tenían sus sucesores en Francisco Accursio, célebre glosador de leyes, Jacobo de Ravanis y otros. Las Pandectas, las Institutas, las Auténticas y el Epítome de Juliano, han sido glosadas, y enseñadas sobre todo en Bolonia,

(1) Cés. Cantú sup. cit. III, p. 825.

(2) Ibid. col. 2. not. 2. se enumeran varios tratados de Lulio.

(3) Hist. Eccles. de Esp. de la Fuente, T. II, p. 339.—Ed. Strasburgo, 1617. Raym. Lullii opera ea quæ ad adiuventatam ab ipso artem universalem scientiarum..... pertinent.—Mainz 1721..... por Salzinger en X vol. Entre los comentaristas, Bernardi de Lavinheta opera omnia quibus tradidit artis Raymundi Lullii compendiosam explicationem... ad Logica, Rhetorica, Physica, Mathematica, Medica, Methaphysica, Theologica, Ethica, Juridica, Problematica. Ed. I. H. Astedio. Colon. 1612. &.—Comp. Kirchen-Lex, VI, 638-643.

Padua y Pavía (1). Gregorio IX mandó á Raimundo de Peñafort (2) la reunión de las Decretales posteriores al año 1150, donde termina la colección de Graciano; de aquí resultó el segundo y principal cuerpo del derecho canónico (3). A esta colección, que consta de V libros, se añadió un libro VI de Decretales de Bonifacio VIII, luego las Clementinas de Clemente V, después veinte Constituciones con el título de *Extravagantes* de Juan XXII hacia el año 1317, y finalmente *Extravagantes comunes* de varios Pontífices, que todo junto forma el cuerpo de leyes canónicas, al lado de las civiles del emperador Justiniano, y de las cuales se conservan en la colección escurialense no pocos manuscritos.

De esta época se conservan en el Escorial cerca de *doscientos manuscritos*, cuya enumeración especial no me parece necesaria: en concreto hay unas 13 *Biblias* completas y más de cuatro ejemplares de algunas partes de la misma; unos *doce* Comentarios y glosarios bíblicos; *dos* ejemplares S. *Augustini de Civitate Dei*; tres ejemplares de *Breviarios*, y *uno* de Roderico de Toledo; *un* ejemplar de *Cantigas* del Rey Don Alfonso X; *Matheseos* Jul. firm. Materni; *una exposición de Decretales* de Gregorio IX, en *castellano*; *dos* ejemplares *Decretalium Greg. IX cum Glossis*; *Gratiani Decretales cum Commentariis*; *dos Misales*; S. *Gregorii Moraliu* libri XXXV; *Alexandri de Villadeis Gramática*, sin faltar la de Prisciano Cesa-riense; *Itinerarium Jerosolimorum*; las *Etimologías y otras obras* de S. Isidoro hisp.; *Palladii, Agricultura*; *Cassiodori Senatoris, Opera*; *Ennodii et Ivonis, Epistolæ*; *varia opera Astrologiæ*; *varios argumentos de Aristóteles* en latín; *Retórica etc.* de Cicerón; *Salustii Catilinaria et Jugurtina*; *Aegydi Rom.*,

(1) Comp. Cantú sup. cit. p. 837. col. 1. y 803.

(2) Ant. Sandini. *Vita Pont. Roman.* p. 503. Greg. IX... «per Raymundum Pennafortium cappellanum ac poenitentiarium suum in unum volumen, resecatis superfluis, providit redigenda, et anno 1234, promulgavit *libris quinque*, quos *Decretales* inscripsit. volens, ut hac tantum compilatione universi uterentur in judiciis et in scholis...» Algunos presumen que s. Raimundo añadió algo de su cosecha, y cambió ciertos vocablos en esta colección.—Comp. *Kirchen-Lex.* sup. cit. II, 733. &. —*Compilationes decretalium.*

(3) Cantú. sup. cit. p. 806. col. 2.

Regimen principum; Postillæ Nicolai de Lyra; Cronica de Martín Polaco; Hazañas de Lancelot du Lac.; Romans de la Charette; Claudii Alexandrini Opera; Lucani pharsalia; Horatii Flac. Opera; Medicinæ opera; Azonis Summa juris; Rolandi Ars notaria; Hildeberti episcopi Carmina; Concordantia discordantium Canonum; Joannis Gallensis, Vitæ philosophorum; Gaufridi de Trano sup. Decret. Greg. IX; Ramfredi, Summa de Jure canonico; Historiale, Vincentii Bellovacensis; Petri Comestoris, Historia Scholastica; Julii Solini, Polyhistor; Justiniani imper. Authentica, etc.; Tragediæ An. Senecæ; Terentii Afri, Comediæ; Liber judicum gothorum; Macrobiani, Saturnalia; Lapidario del Rey D. Alfonso X; Fuero Real en castellano; Libre d'Apolonio, etc.; Hegesippo de bello judaico, etc.; Varios de Sermones; S. Bernardi Claræval. Epistolæ; Alberti Magni, Commentaria in Aristotelem; Fuero de Cuenca; S. Thomæ Aquin. 1.^a, 2.^{ae}, etc.; S. Bonaventuræ Cardinalis, sup. Evangel. S. Lucæ Ap. et Evang., et Sententiarum libri IV; Arbol ó Breviario de Amor, en antiguo provenzal; Axedres del Rey D. Alfonso X; Commentar. Servii-Honor. Mauri in Virgilium; Usanzas de Cataluña; Fuero de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, etc., etc. Sin proseguir estas indicaciones de Códices escurialenses, el siglo XIII se nos presenta muy activo en toda clase de saber humano, á pesar de los tiempos que poco favorecían el movimiento intelectual de la humanidad. De esta época tenemos obras en castellano, francés, etc., lo que prueba que la lengua latina no era ya sola, y privilegiada de la literatura.

Por complemento de este artículo presento enseguida el famoso Códice del Rey D. Alfonso X, conocido de *Montería de D. Alfonso*, que sirve de *caballo de batalla* á todas ediciones, cuyos autores lo han visto sin leerlo ó estudiar debidamente.

Cod. II.—Y—19.

El libro de *Montería* del Rey D. Alfonso X es un Códice en pergamino, folio (mm. 280/197.) escrito hacia siglo XIII/XIV (1), á dos columnas, de varia y esmerada letra,

(1) Lo clasifico en esta época para no apartarme demasiado de la opi-

y en castellano. Parece un libro privilegiado: ¿quién no se ocupó de él? Mereció también sus publicaciones, y la última, *del Excelentísimo Gobernador de Cuba*, llama atención por su esmero y elegancia. Sin tomar en consideración á varios que tratan de la Montería de Alfonso X, cito tan sólo á Rodríguez de Castro (1) quien mucho se extiende sobre este libro, diciendo entre otras cosas lo siguiente: «y según lo exquisito de su escritura no será extraño discurrir, que se hiciese para su uso (2), ó para que estuviese en su Real Cámara...» Además observa que sus hojas se encuentran bastante arrugadas, maltratadas varias, y que su orden queda invertido, es decir: mal encuadernado. En lo último estamos conformes, pero no en lo primero, y manifiesto, que el Códice no es del siglo XIII, ni tampoco de la Real Cámara de D. Alfonso X. Si fuese contemporáneo de este Monarca, tendría el pergamino, el dibujo, la letra y las iniciales iguales al Códice llamado *El Lapidario*, y otro *El Axedres*, de D. Alfonso, que son por cierto obras de fines del siglo XIII; tendría además la *m* minúscula gótica, como los Códices expresados, y la puntuación √ característica de aquella época. Es verdad que la mayúscula I (fol. 27, col. 2) tira por lo largo según la costumbre de aquel siglo; pero el oro que la adorna, y el claro en medio, indican claramente el siglo XIV. No hay semejanza entre *El Lapidario* y el *Axedres* y la *Montería*, por consiguiente esta última es copia posterior al siglo XIII. Volviendo á la reciente y mencionada edición de lujo, á pesar de que se diga en el prólogo de la publicación que se haya reproducido de este Códice, afirmo que no es cierto; esta edición—no tiene un solo renglón sacado de la *Montería escurialense*, que es incompleto y defectuoso, como voy á probarlo.

La Montería es una copia bastante mal hecha; empieza folio I el Prólogo sin título alguno: «Este libro mandamos fazer. Nos el Rey Don Alfonso de Castilla e de Leon, que habla

nión de algunos, que acaso por un exceso de patriotismo quieren que este Códice sea del siglo XIII; no lo es, sin embargo, ni mucho menos.

(1) *Bibliot. Españ.* T. II, p. 686, etc.

(2) Es decir, del Rey D. Alfonso X.

en todo lo que pertenesçe alas maneras de la Monteua. Et departese en tres libros. El *primero* habla de guisamiento... El *segundo* de la fisica delos canes e este departese en dos partes... El *tercero* habla de los montes...» Sin llegar siquiera este Prólogo á su mitad, se interrumpe (ibid. col. 2) en: «los sabuesos en andar con los etc.,» y continúa luego hasta terminar en el fol. 30-31^{vo}, desde: «venadas que lo fassen...» concluyendo con: «todas las otras caças» (1)—Volvamos atrás; fol. 1, col. 1, sigue: «Estos son los Capítulos del primero libro.» Esta tabla consta de XXXIII Capítulos, se interrumpe fol. 2^{vo}, col. 2, en: «Capit. XXXIII. habla que...» con falta hasta el Cap. 40 ó 42.

Ahora seguiré el orden de esta obra, el cual debería tener, y no lo tiene, por la mala encuadernación, orden que, en cuanto yo sepa, nadie ha restablecido hasta hoy día.

Nos interrumpimos fol. 2^{vo} col. 2, pasemos al fol. 27, col. 1, donde continúa: el *Libro primero*, cap. I: «Et pues vos avemos dicho... que se interrumpe fol. 29^{vo} col. 2, en el Cap. II: «quando fisiere algun yerro» y continúa fol. 80, col. 1, «Et tambien...» con los otros capítulos, que sufren una nueva interrupción, ibid. vuelto, col. 2, en: «tomaron con banda...» En este lugar falta una ó acaso más hojas—sigue hasta fol. 32, col. 1, terminando con: «en el monte.»

Luego sigue el Cap. VII, que corresponde con la Tabla fol. 1, col. 2,» Cap. VII, que habla quales tienpos son para buscar e quales para correr. Quieremos vos desir qual tienpo...» y continúa hasta el Cap. 40 y 42, según el Ms. citado (sup. nota 25), y term. fol. 59^{vo} col. 2: «e que guarden el cuero nueve...» con falta de tres renglones.

a. Volvamos atrás otra vez: fol. 18, col. 1, continúa *la primera parte del II Libro*: «Estos son los capitulos de la primera parte del segundo Libro» Es una tabla que consta de XXIV Cap., y en realidad no son más que XXII. Term. fol. 25^{vo} col. 2, interrumpiéndose en el Cap. 22 con: «e sea puesta encima del...» y falta lo demás, advirtiendo que varía mucho con el Ms. citado.

(1) Comp. Otro Ms. II.—Y—16.

β. Aún atrás, fol. 17, col. 1. «Estos son los capitulos de la segunda parte del segundo Libro. Es otra Tabla que se interrumpe ibid. vuelto, col. 2, en: «Cap. XV, que fabla de como...» pasa al fol. 26, col. 1 y sigue: «los deuen melesjnar...» y term. ibid. col. 2, con el Cap. XXX. Es incompleto. A esta 2.^a parte del Libro II faltan seis Capítulos primeros, y una parte del *setimo*, que term. fol. 3^{vo} col. 1, y donde continúa: «Cap. VIII, que fabla dela guarda quales deuen faser. Desimos asy que pues auemos dicho...» Consta de 46 Cap. y term. fol. 15, col. 2, con: «en el capitulo de las postiellas.»

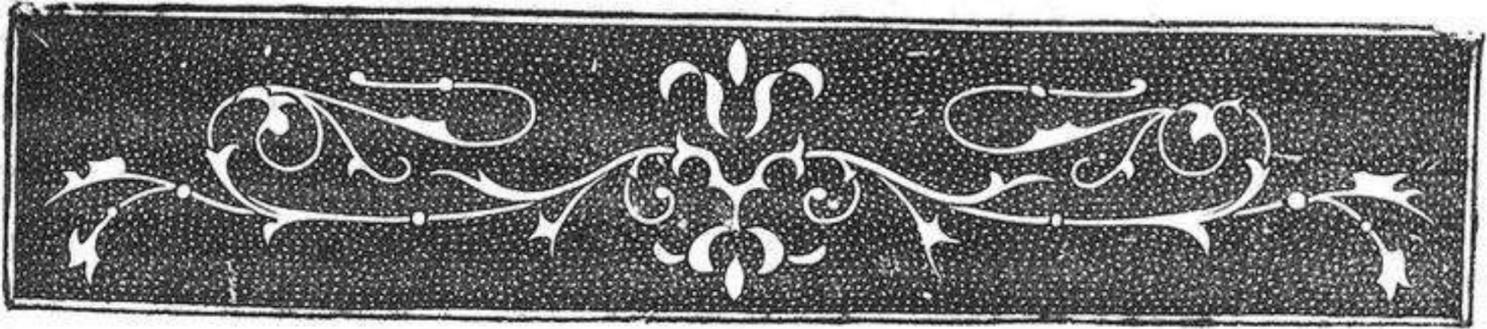
γ. Fol. 60, col. 1. empieza: «Estos son los capitulos *del ter. cero libro* e son de los montes que a en el nuestro Señorío. Et son ordenados desta guisa.» Es una Tabla de XXVIII Cap. que term. fol. 61^{vo} col. 1. Sigue un Prólogo fol. 62, col. 1: «Et fasta aqui uos auemos dicho en fecho de la monteria como deuen faser los buenos monteros...» Term. ibid. vuelto, col. 1, y me parece incompleto.—Fol. 63, col. 1. «Capitulo delos montes de tierra de castilla vieia...» Voy á indicar de paso estos curiosos montes.

1.^o Castilla la Vieja, con 37 lugares de montes.—2.^o (fol. 70) Tierra de Aguilar de Campo, 84 lugares.—3.^o (fol. 96) Burgos y San Milan de la Cogolla, 80 lugares.—4.^o (fol. 104) Tierra de Soria, con 21 lugares.—5.^o (fol. 107) León y Vierzo, con 117 montes.—6.^o (fol. 126) Asturias, con 11 montes.—7.^o (fol. 130) Galicia, 27 montes.—8.^o (fol. 135) Salamanca, 38 montes.—9.^o (fol. 143) Avila, etc., 120 montes.—10.^o (fol. 169) Segovia, etc., 64.—11.^o (fol. 181^{vo}) Buytrargo, 15.—12.^o (fol. 185) Ayllon, etc., 30.—13.^o (fol. 193^{vo}) Atienza, 13.—14.^o (fol. 197) Moya y Cuenca, 68.—15.^o (fol. 211) Madrid, etc., 22, con varios montes en blanco.—16.^o (fol. 218) Toledo, Calatrava y Talavera, 124,—varios apenas empezados y de diferente letra.—17.^o (fol. 244) Trugiello, 22.—18.^o (fol. 249^{vo}) Tierra de Capiella y de la puebla de Alcover, 22.—19.^o (fol. 254) Placencia, etc., 37.—20.^o (fol. 260) Coria, etc., 41.—21.^o (fol. 265) Tierra de la Orden de Santiago, 65.—22.^o (fol. 270) Badajoz y Jerez, 12.—23.^o (fol. 278^{vo}) Sevilla, Niebla y Gibraleon, 118.—24.^o (fol. 301) Córdoba, 63.—25.^o (fol. 314) Jaen, obispado, 95, muchos apenas principiados —

26.º (fol. 330) Alcalá la Real, Priego, etc., 64 muy imperfectos.—27.º (fol. 341) Alcalá de los Gusules, Medina, etc., 20.—28.º (fol. 345) Tarifa y Algesira, 66.—Term. últ. fol. 356, col. 1: «la batalla de entre tí e el»—Es la carta á Alvar g. Adelantado. De todas estas descripciones de montes, ni un solo partido está hecho por completo, y las letras diferentes conducen á creer sin equivocarse que esta descripción pertenece á varios autores posteriores al siglo XIII.

(Se continuará.)





APUNTES
DE
UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

CONCLUSIÓN (I)

XV

CARTAGO EN LA HISTORIA Y CARTAGO EN LA
ACTUALIDAD

«El año 883, dice Chateaubriand (2) Dido, obligada á huir de su tierra natal, fué á desembarcar en Africa. Cartago, fundada por la esposa de Siqueo, debió así su origen á una de esas aventuras trágicas que señalan la cuna de los pueblos, que son como el germen y el presagio de males, frutos más ó menos tardíos de toda sociedad humana. Es conocido el feliz anacronismo de la Eneida. Tal es el privilegio del genio, que las poéticas desdichas de Dido han venido á ser una parte de la gloria de Cartago. A la vista de las ruínas de esta ciudad, se buscan las llamas de la fúnebre hoguera; se cree oír las imprecaciones de una mujer abandonada; se ad-

(1) Véase la pág. 406 de este tomo.

(2) Itinerario.—Sexta parte.

miran esas poderosas mentiras que pueden ocupar la imaginación en lugares llenos de los más grandes recuerdos de la historia. Ciertamente, cuando una reina expirante invoca en los muros de Cartago á las divinidades enemigas de Roma y á los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus, sorda á las súplicas del amor, escucha los votos del odio; cuando niega á Dido un descendiente de Eneas y le concede un Anibal; tales maravillas, expresadas en un lenguaje maravilloso, no pueden ser pasadas en silencio. La historia toma entonces su rango entre las musas, y la ficción resulta tan grave como la verdad.»

Efectivamente, si Cartago no tuviese otra razón para su fama que lo que de ella y de su Reina Dido refiere el príncipe de los poetas latinos, su gloria con esto sólo sería inmortal! Pero tiene además una historia tan especial, tan llena de útiles instrucciones, que al contemplarla sobre sus ruínas, he creído un deber consagrarle algunas líneas.

Sea lo que fuere sobre el origen de la ciudad de Cartago, sobre el que repetimos con Salustio *Silere melius puto quam parum dicere*, es mejor callar que decir poco, parece indudable que una colonia fenicia, desembarcada según la más común opinión á promedios del siglo IX antes de J. C. en la costa africana, tomaba posesión de una colina de unos 2.000 pasos de circunferencia, frente al mar, del que la separaba poca distancia. Fortificada desde un principio esta pequeña colina, fué acrecentándose su población hasta constituir una acrópolis (ciudad en las alturas). Al principio se agrupaban alrededor de Byrsa (que así se llamaba la dicha fortaleza), las nuevas construcciones, pero poco después, extendiéndose sobre la playa y franqueando la pequeña prominencia donde hoy se asienta la pequeña población de Sidi-Bu-Said, vino á constituir el cuartel de Megara (hoy la Marsa), estableciéndose así el extenso recinto de una población que se llamó en púnico Karthad-Hadtha (la villa nueva), Καρχηδων en griego y Carthago en latín.

El genio emprendedor y aventurero de los primitivos colonizadores no se echó de menos en la nueva población, llegando por ello á constituirse en capitalidad política y empo-

rio comercial de la región conocida en lo antiguo con el nombre de África propiamente dicha. El siglo VI antes de Jesucristo marca el momento histórico de un extraordinario desenvolvimiento.

Pero no debía ser eterna su grandeza. En la playa fronteira había nacido poco antes y crecía con rapidez un pueblo que en el libro de la Historia aparecía como la diminuta piedra que había de derribar el ídolo cartaginés. Este pueblo, no hay necesidad de decirlo, era Roma. Y en el siglo III es cuando, con motivo de la posesión de Sicilia, empieza ese cruento período de la Historia llamado de las *guerras púnicas*, en que dos colosos, movidos por la ambición y disputándose la supremacía, siembran la desolación en gran parte de los continentes africano y europeo.

El año 146 antes de Jesucristo puso fin á este período con la destrucción de la rival de Roma. El puerto militar llamado Cothon, cuyas trazas, así como las del comercial hemos visto todavía, fué el sitio elegido por Scipión para emprender el ataque. Los cartagineses se defendieron con valor, y después de apoderarse Scipión de la parte baja lindante con el mar, le costó batir casa por casa hasta llegar á la ciudadela de Byrsa. Aquí en la ciudadela y en el mismo emplazamiento que hoy ocupa la capilla de San Luis donde estuvo el templo de Esculapio (1), es donde tuvo lugar, al decir de los historiadores, aquella escena patética en que el sentimiento patriótico lucha fieramente y logra triunfar de las afecciones más tiernas y naturales. Héla aquí.

Habíanse refugiado en el lugar citado unos 900 tránsfugas, entre ellos la mujer y los hijos de Asdrúbal, el jefe de la ciudad, que después de resistir por algún tiempo, cayó en

(1) Varios son los templos de que se tiene noticia. Además del de Esculapio estuvo, á poca distancia de éste, el de Júpiter, donde Aníbal juró odio eterno á los romanos; el de Dido, el de Astarte ó Juno-Celeste, el de Saturno ó Baal-Moloch donde se sacrificaban numerosas víctimas humanas. Frente á las grandes cisternas se ven aún restos del templo de Mnemosyna y delante del de Saturno el de Céres y Proserpina. También Neptuno y Apolo tuvieron sus templos. En un pequeño folleto titulado *Pequeña guía del viajero á Cartago* se dan sobre esto indicaciones más detalladas.

la debilidad de ir á mendigar la paz del sitiador, echándose á sus piés y dejando abandonada su familia. Conocida por aquéllos la bajeza de Asdrúbal, prendieron fuego al templo donde se hallaban reunidos, dirigiendo á Asdrúbal terribles imprecaciones; entonces, la mujer de este desdichado guerrero, dirigiéndose á Scipión, exclama: «Romano, yo no pido al cielo que ejecute su venganza sobre tí; tú no haces más que seguir las leyes de la guerra; pero ojalá puedas tú con las divinidades de mi país castigar la perfidia de aquel que hace traición á su mujer, á sus hijos, á su patria y á sus dioses. Y tú, Asdrúbal, Roma prepara ya el castigo de tus crímenes: indigno jefe de Cartago, corre á arrastrar el carro de tu vencedor, mientras que el fuego va á librarnos á mí y á mis hijos de la esclavitud...» Y diciendo esto, degüella á sus hijos y se arroja á las llamas, imitándola en esto los demás. Así concluyó por entonces la celebérrima ciudad con la realización de aquella enfática sentencia del orador de Utica «Delenda Carthago.»

Pocos años después, Cayo Graco levantó de sus ruínas la ciudad de Aníbal. César y Augusto la embellecieron. Adriano hizo construir un acueducto que de una distancia de 132 kilómetros conducía las aguas de Zaghuan á las grandes cisternas. Este acueducto fué restaurado en 1860 y aún hoy se utiliza con este objeto. De este mismo período proceden tantas obras públicas, tantos restos romanos que se encuentran cada día en las excavaciones que se hacen sobre el terreno.

En este período romano es también cuando se predicó, probablemente desde el siglo I de nuestra Era, la religión cristiana entre los cartagineses, propagándose con la rapidez que revelan aquellas hermosas palabras del Apologético de Tertuliano: «Heri sumus et vestra omnia implevimus...» Somos de ayer y hemos llenado todo lo que era vuestro...

Pero no se propagó sin contradicción. Testigo de la fiera crueldad de las persecuciones es el anfiteatro cuyos restos aún hoy pueden observarse en una excavación practicada en el mismo sitio donde estuvo enclavado. De este monumento han dejado descripciones bastante extensas algunos

autores árabes de los siglos XI y XII, lo que hace suponer con algún fundamento la conservación de este monumento en los tiempos en que escribieron los autores á que nos referimos. Los martirios de Santas Perpetua y Felicitas, del insigne San Cipriano y de tantos otros que vertieron su sangre en estos lugares, no pueden menos de presentarse con toda viveza ante la imaginación del católico que los visita.

Prueba también del arraigo que llegó á alcanzar la fe en el pueblo cartaginés es el número considerable de sus basílicas y monasterios: sólo de las primeras se tiene noticia de veintidos, pero desgraciadamente ha desaparecido toda huella sobre el terreno.

Los vándalos fueron los sucesores de los romanos en el dominio de las regiones cartaginesas. Su dominación se extiende desde 439 á 532. Fanáticos crueles en sus arrianas creencias, persiguieron á los católicos terriblemente. Cerca de las cisternas de la Malka es donde Humerico, en 484, hizo pisotear por sus caballos á los Obispos católicos que osaron implorar su protección en favor de los católicos perseguidos.

En 532 manda Justiniano un ejército á las órdenes de Belisario, que se apodera de Cartago, viniendo después de siglo y medio los sarracenos á sumir de nuevo en la barbarie los gérmenes de civilización que aportara allí la dominación bizantina.

En 1270 se apoderó San Luis de Cartago desalojando á los árabes, y ya desde entonces ha sido Cartago, ó sitio escudriñado por la curiosidad, ó fecundo venero de obras de arte y materiales de construcción, de que se han aprovechado, no sólo Túnez y los pueblos inmediatos, sino hasta los genoveses y pisanos, que se han apresurado á hacer leña del árbol caído.

Actualmente, en el recinto de aquella populosísima ciudad, que no tenía menos de 36.812 metros según Tito Livio, no se ven sino pequeñas poblaciones, débiles retoños del árbol gigantesco, que no sirven ni con mucho á darnos idea del gran pueblo cartaginés.

En la parte Norte, donde se hallaba la antigua Necrópo-

lis de Cartago, está hoy Kamart, agrupación de quintas y jardines, donde se reconocen aún las trazas de antiquísimas sepulturas púnicas.

Algo más al Sur está la Marsa (antiguo distrito de Megara), sitio muy concurrido por los tunecinos en la temporada de baños. Allí se encuentra el palacio del Bey actual, de mediocre mérito arquitectónico; el de Monseñor Lavigerie, Cardenal-arzobispo de Cartago, en el centro de un gran cercado plantado de viña; el hotel y jardines del cónsul inglés, y algunos otros de personas bien acomodadas de Túnez, que suelen trasladarse á la Marsa en la estación de verano, para respirar las frescas brisas del mar.

Al SE. de la Marsa está el pequeño pueblo de Sidi-Bu-Said en lo alto de una colina, y en el punto que se denominó antiguamente Cabo de Cartago. Esta aldea, habitada hasta hace poco, como Cairoan, por gentes fanáticas, no consentía buenamente el acceso de los europeos; hoy pueden ya sin peligro penetrar en ella.

La Ariana es también un pueblecito situado al NO., donde entre olivos y naranjos se ven grandes quintas y hermosos jardines, como los de Mohamed-Bacouch, que hemos visitado muchas veces.

La Malka, pequeño núcleo de población en las cisternas que llevan este nombre (1).

La Aloina, una de las estaciones de la línea férrea que enlaza á Túnez con la Goleta, célebre por la batalla librada en sus inmediaciones entre Jantipo y Régulo.

(1) Lo único que bien conservado queda de las construcciones cartaginesas, bien que en su forma actual sean romanas, son las cisternas. Las 17 que hemos visto cerca de la playa, son hermosísimas. Son unos depósitos, cuyas dimensiones de 31 metros de largo, 5 de ancho y 9 de profundo (desde el principio de la bóveda), les hacen aparecer como pequeños estanques. Son paralelas entre sí y están separadas por gruesos muros cubiertos de bóveda. Los estrechos pasadizos que daban acceso á ellas, estaban adornados con mosaicos.

Las de la Malka, que no pudimos ver, son todavía más interesantes; son éstas 24, que se extienden en un trayecto de 225 metros de largo por 150 de ancho.

Hemos trazado en breves rasgos la revuelta histórica del gran pueblo cartaginés y lo que queda en la actualidad de lo que fué ciudad vastísima y centro importante, bajo el punto de vista político y comercial de la región africana. Cuando se recorren hoy sus escasas huellas sobre el terreno y se repasa su historia en la imaginación, se siente uno conmovido. Completa soledad é imperturbado silencio reinan hoy donde hace unos siglos imperaba el bullicio de las asambleas, el estrépito de las construcciones y artefactos, el movimiento de una vida que rebosaba actividad por todas partes. Allí se declaró frecuentemente la guerra entre el entusiasmo de la multitud contra la potente Roma, y se decidió la ocupación de nuestra patria. Aquella ciudad presenció y aplaudió entre los desvaríos de criminal locura los más terribles tormentos contra los discípulos del Crucificado: allí se oyó la potente voz de los doctores Cipriano y Agustín: allí se reunieron varios concilios que juzgaron y condenaron los cismas y heregías del Norte de Africa. Y en aquella misma llanura (1), rodeado de caballeros y con heroica resignación, entregó su alma al Criador el más ilustre de los Monarcas franceses, víctima de cruel epidemia. Hoy todo ha pasado; sólo en la historia ha quedado un recuerdo para tanta miseria al lado de tanta grandeza, y al pasar por aquellas ruínas seculares, se ve uno impulsado á exclamar, parodiando aquélla cuanto lacónica expresiva sentencia: «Sic transit gloria mundi», así pasa la gloria de los grandes pueblos.

CONCLUSIÓN

Aunque en el plan de nuestro viaje entraba la visita á regiones más remotas y orientales, una porción de circunstancias que no es del caso exponer, decidieron el ánimo del Sr. Codera á apresurar el regreso, que se verificó sin incidente notable desde Túnez á Constantina y Argel y desde esta población al puerto de Valencia.

(1) Según la opinión más seguida.

A principios de Febrero estábamos de regreso en la Corte después de un viaje en que, lo declaro ante Dios y en mi conciencia aun á trueque de ofender la modestia del citado Sr. Codera, no quedó resorte por tocar de parte de mi ilustre compañero, para que resultase rico y fecundo para la historia patria.

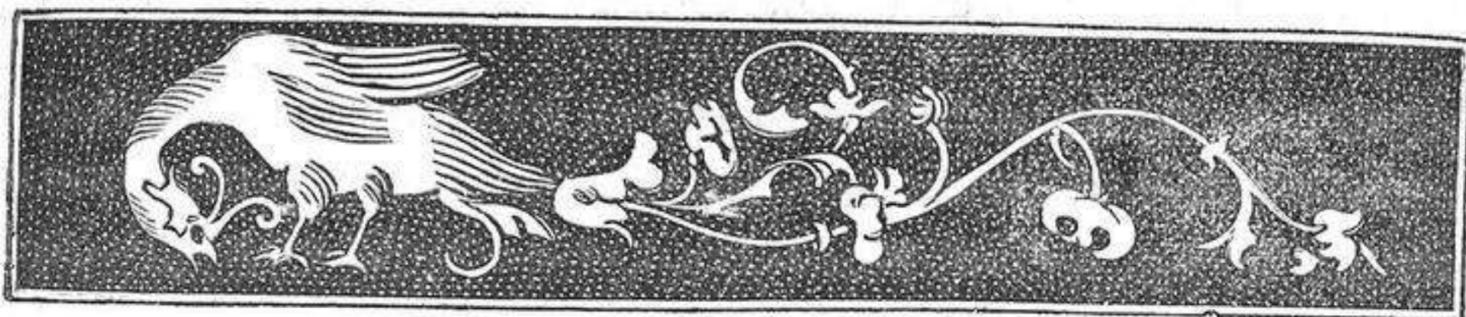
Los frutos inmediatos obtenidos, ahí están: la Academia de la Historia viene publicando en su Boletín una serie de artículos del Sr. Codera, donde se da cuenta de los nuevos datos históricos y bibliográficos, fruto de tanta laboriosidad y sacrificio desplegados por el autor en el viaje. Y llamo inmediatos á estos resultados, porque las relaciones contraídas, los halagos y recompensas en los países recorridos son, en mi concepto, preciosa semilla que ha de dar en lo porvenir mies abundante en valiosos elementos de estudio para la historia y las letras españolas.

Por lo que á mí toca, doy con esto por terminada mi tarea. Cúmpleme, sin embargo, antes de dejar la pluma, declarar que acaso en alguna de mis observaciones y apreciaciones no haya logrado alcanzar la verdad íntegra de las cosas ó me haya, quizás, desviado por completo de ella, cosa no muy extraña en verdad, dada la distancia que separa á las razas musulmanas de la nuestra y las dificultades que á veces se encuentran para la observación detenida, amén de las circunstancias que, como advertí al principio, me resolvieron á publicar estos apuntes. El docto y elevado criterio de los lectores hará justicia á los buenos deseos del autor, quien termina, como empezó, encomendándose á la indulgente benevolencia del distinguido público de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

FRANCISCO PONS.

Alcalá de Henares 27 de Agosto de 1888.





GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

Se ve en los españoles del siglo XV renovar el ejemplo de aquella prodigiosa barbarie tan reprobada á un mulsumán del primer siglo de la Egira, el bravío Omar. Sin embargo, pudieron salvarse algunos de estos preciosos restos del genio oriental, se les conserva ó más bien se les olvida en las bibliotecas del Escorial, de la Academia de Madrid, de las Universidades, y sobre todo en las de los monasterios. Ya los papeles públicos han llamado la atención de las gentes de letras sobre estos venerables restos; esperamos que, bajo el ilustrado gobierno del príncipe que ha transformado en un templo la humilde vivienda donde nació El Tasso, manos hábiles y cuidadosas desenterrarán estos tesoros de una literatura virgen, original, que tanto ruído ha hecho otras veces en una parte del mundo, y lo esperamos con tanta curiosidad como estimación.

Bajo un punto de vista general y político, la invasión de los moros fué ciertamente una profunda calamidad para los españoles; ellos perdieron sus hogares, y el extranjero se repartió su tierra natal; pero ¡cosa extraña! su expulsión no fué menor desastre para España. La Historia les deberá siempre

(1) Véase la pág. 413 de este tomo.

la justicia de que á su paso por España dejaron huellas gloriosas y útiles sobre su suelo. Los grandes y memorables trabajos que ejecutaron son todavía para ella un beneficio público. Llenáronla de maravillas de su arquitectura. Los monumentos de Córdoba, de Toledo, de Sevilla, de Granada; esas mezquitas soberbias, esos palacios que parecen fabricados por las hadas, esos altos y ligeros pórticos cuya duración parece eterna; los restos de esos cuadros que representan las batallas (1) con los cristianos; esos mosaicos de colores indestructibles, esos baños de mármol, esos jardines naturales embellecidos con todos los prodigios del arte, esos puentes aéreos, esos acueductos, esas fuentes de alabastro, esas famosas cisternas y esas ciudades que fundaron, atestiguarán á todos los siglos que los moros no fueron bárbaros. Esos majestuosos testigos de la grandeza morisca son todavía el orgullo de España, aun cuando los deba á sus reveses, y para los españoles, España es un país clásico visitado por los aficionados á las artes con el mismo entusiasmo que se visita Grecia y la incomparable Italia. Los moros eran pastores y labradores, marinos y soldados, ellos crearon los célebres rediles de España, cruzando las maguíficas razas de Berbería con los rebaños indígenas, el mismo servicio prestaron á las yeguas con la importación de una gran cantidad de caballos árabes, explotaron las minas, sostuvieron un comercio activo y floreciente con Africa, y todo el Oriente pagó ricos tributos á su industria. Como labradores España les debe un eterno reconocimiento. Aclimataron gran número de vegetales africanos, plantaron bosques y enseñaron á los castellanos el arte de regar las tierras. Los autores contemporáneos hablan con admiración del maravilloso cultivo de los llanos de Granada, de Murcia y de Andalucía. Los musulmanes llevaron la reja del arado y el azadón hasta las áridas cimas de los montes alpujarreños y de Sierra Morena. *El paraíso de Granada*, como ellos la llamaban en sus eternos pesares, era una colmena en la cual no descansaban jamás las diligentes abejas. Mientras que el español,

(1) Esta parte es inexacta; nuestros árabes no pintaron figuras humanas, ni por consiguiente batallas.

indolente y soberbio, creyéndose demasiado noble para dedicarse al trabajo, no regaba con sus sudores más que la pesada armadura, el industrioso moro los prodigaba sobre aquella tierra fecunda, recogiendo de ella en pago el ciento por uno. Esto es lo que hicieron los árabes por su nueva patria, y el recuerdo será imperecedero. Conquistadores, únicamente vertieron sangre española en los campos de batalla; vencedores, fueron tolerantes y misericordiosos, los vencidos conservaron sus altares, sus leyes y sus viviendas. Su gobierno se manifestó siempre suave y generoso, no separaron á los hijos de los padres, y si algunas veces las cristianas cautivas se unían á esposos musulmanes, estas uniones las formaba el amor, no la violencia, puesto que elegían el marido. En este largo período durante el cual ocuparon todos los tronos de España, historiadores enemigos de ellos no les imputan un solo acto de crueldad á sangre fría hacia los castellanos sometidos y desarmados. Fueron á menudo crueles, pero de moro á moro.

El apreciable Florián hace observar que una de las principales causas de su ruína fué el que no tuvieran una ley de Estado para la sucesión al trono. Las luchas por el poder soberano conducían á escenas sangrientas; las animosidades de las tribus rivales, un punto de honor que no era menos feroz que el nuestro, multiplicaban los duelos y agotaban la mejor sangre del Estado. En una palabra, exceptuando el valor y la cortesía, cualidades brillantes por las cuales las dos naciones fueron igualmente dignas la una de la otra, presentan en todas las demás un perfecto contraste. De un lado, un pueblo paciente y sóbrio, de carácter sério, soberbio y varonil, que, comprendiendo perfectamente sus intereses, se hace político y marcha con paso firme á su objetivo; de otro lado una nación voluble y arrebatada, galante hasta el entusiasmo, ardiente á los deleites, mezcla singular de virtudes varoniles y generosas, de blandura y negligencia, realizando su vida del presente sin cálculos ni miras para el porvenir. En los orientales, nacidos tan graves, se ven las pasiones ardientes, la actividad, la galantería, la tolerancia, la industria, la extrema civilización con sus flexibles costumbres, sus conocimientos, sus artes, sus distracciones y sus vicios.

En los españoles: gran lujo de gravedad, altivez desdeñosa, celos sombríos, rudeza, una literatura apenas bosquejada, las tinieblas de los siglos góticos, un fanatismo inexorable y los autos de fé.

Un notable y profundo literato del siglo XVIII, Williams Hayley, encontró en la historia de los musulmanes de España, asunto para dos grandiosas epopeyas, y expresaba el deseo de que aparecieran entre las naciones de Europa dos poetas dignos de escribirlas; encontró en ellas contradicciones de costumbres de un efecto admirable y de una fecundidad extrema y esa acción *una y grande* que exigen los maestros del arte.

Gran gloria conquistaron el Tasso, el divino Ariosto y el menos conocido Comoëns al ocuparse de estos hermosos asuntos, en los que las costumbres orientales contrastan de una manera tan noble con la hechicería de nuestros siglos góticos y la caballería europea. Vanagloriémonos de poseer la *Henriada*, pero supongamos á un Voltaire dedicándose diez años después á cantar la invasión de los moros ó el fin de su imperio. ¡Qué magnífico poema!

Europa, con sus luchas en Africa; el voluptuoso Roderico y sus fatales amores que perdieron la monarquía de los godos; la desgraciada Florinda, otra Elena que fué la tea de la discordia en Iberia; el culpable é interesante conde Julian, el valiente Tarick, el entusiasta Muza, sus intrépidos compañeros, y el gran Pelayo que fundó un nuevo imperio sobre un imperio derruido. En otro orden de cosas, aquella famosa vega de Granada; cuya belleza ningún idioma podrá describir, donde corrió tanta sangre, donde combatieron tantos héroes; aquella hermosa ciudad tan poética como la poética ceniza de Ilión. ¡Qué magníficas contradicciones de culto, de ceremonias, de fiestas, de leyes, de usos, de intereses, de pasiones y virtudes en estos dos asuntos!

¡Qué grandes costumbres, siempre en contrastel! Aquí, la sencillez del siglo de los patriarcas, la antigua fe, la hospitalidad primitiva, y todas las artes de un pueblo extremadamente adelantado en la civilización; allá, todo lo que el espíritu caballeresco tiene de más exaltado, el espíritu religioso de más ferviente, los largos amores y las nobles amistades. ¡Qué

pomposa variedad de imágenes! ¡Qué tesoro para el génio! ¿A qué podría mejor adaptarse lo maravilloso del cristianismo? ¿Qué pueblo fué más creyente, más religioso, más firme, y más constante en su fe que los antiguos castellanos? Y lo maravilloso del Islamismo es más rico y nuevo de lo que se cree. Los grandes hombres que acabamos de citar no lo han apurado, apenas lo han usado. El Corán y las tradiciones religiosas que lo completan son, como la Biblia, el politeísmo, la Eda, y otros libros sagrados de los Indios, fuente inagotable de poesía. Los dogmas de los musulmanes sobre la Fatalidad, el Paraíso, el Infierno, los Angeles protectores y vengadores, los buenos y malos Genios, las gracias de la Justicia divina, y la resurrección de los Muertos, darían un carácter tan nuevo como grandioso á las ficciones de la epopeya y es quizá hoy el único camino que pudiera seguirse con algún viso de novedad.

En una palabra, para un espíritu épico hay en las teogonías orientales verdaderos tesoros de invención y de imaginación. —Esta poética fecundidad de la historia de los Moros no se ha experimentado en ningún pueblo de Europa; no ha producido, ni aun en España, donde el genio de las letras ha derramado desde hace tres siglos tan viva luz, más que libros y novelas que no se leen ya; una infinidad de romances históricos, cantos de guerra y de amor que eran el encanto de los antiguos castellanos y cuya ingenuidad, sencillez, y con frecuencia su poesía son admirables; y en fin el *Cid*, de Guillen de Castro, tragedia bárbara pero inmortal, por haber inspirado el *Cid* francés.

España posee doce poemas épicos, dignos por cierto del profundo olvido en que han caído, á excepción de *La Araucana*, cuya acción no es en verdad ni *grande ni una*, pero que se ha salvado por sus bellas imitaciones homéricas, por sus conmovedores episodios y por el estilo de un verdadero poeta. Parecerá extraño que ninguno de estos poemas esté consagrado á celebrar las dos famosas épocas que nuestro crítico inglés ha señalado á los amantes de las musas.

El pueblo moro llenó con sus glorias y sus desdichas las páginas del viejo libro que publicamos. No es una novela, no es una historia, si preciso es atenerse á la exacta definición de

estas dos palabras. Es, sin embargo, muy cierto que la última puede aplicársele mejor que la otra. El sábio Pin-Kerton afirma en su *Ensayo sobre la poesía oral y tradicional*, que todos los grandes rasgos de esta obra, así como un gran número de sus detalles, conservan la evidencia histórica. Los autores de la *Antigua biblioteca de novelas*, aseguran que en la mayor parte de los casos *todo es verdaderamente histórico é interesante*. Florián, que en literatura española debe ser para nosotros una verdadera autoridad, declara que por este libro ha conocido mejor á las dos naciones que por todo cuanto ha podido leer en los más doctos y autorizados historiadores castellanos. Diremos, pues, que la «Historia de los Vandos, de los Zegríes y Abencerrajes, cavalleros moros de Granada», etc., es una continuidad de cuadros donde se pintan con ingénua exactitud las vicisitudes, guerras, costumbres, pasiones, vicios y virtudes de uno de los pueblos más singulares que han pasado por la tierra. Como abunda en relatos de amores, de fiestas y torneos, romances y animadas descripciones, está completamente saturado de un sabor romántico; pero estos romances, estos amores y estas fiestas son hechos completamente históricos, y todos los personajes que en él figuran han existido. Esta obra ha servido en Francia como tipo de algunas imitaciones imperfectas que no conservan nada del encanto del viejo original; una nube de novelas más ó menos ligeras, todas igualmente olvidadas, en que los moros han sido siempre el asunto de sus argumentos. Tales son la «Historia de las Guerras Civiles de Granada», por M.^{lle} de la Roche-Guilhem; «Las galanterías granadinas», por M.^{me} de Villedieu; «La Almahida», del fecundo Scudéry; y la «Historia de la Conquista de Granada», por M.^{me} de Gómez.

La famosa «Zayda», de M.^{me} de la Fayette, corregida por Ségrais, y el «Gonzalvo», de Florián, son los únicos de los cuales puede decirse que han sido injustamente olvidados. Estos dos autores han poseído el secreto de la gracia, el arte verdaderamente feliz de la ficción y el de excitar con mesura el interés. La novela pertenece á la literatura, donde tiene su puesto cuando describe con talento, de cualquier género que sea, nobles y verdaderas costumbres y caracteres naturales.

Florián, sobre todo, ha adornado su obra con elegantes poesías que le hacen salir de un orden vulgar.

Desde el siglo XVI, el licenciado Juan Bautista de Villegas había sacado de nuestro antiguo libro el argumento para una magnífica tragi-comedia, con el título de «El buen cavallero maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón de Tellez.» En el tercer acto, el neófito Muza bautiza con todas las palabras y ceremonias del ritual al moro Albayaldos, que se encuentra espirante sobre el campo de batalla.

Los biógrafos españoles están unánimes en atribuir esta obra á un moro de Granada que se retiró á África después de la conquista. *Argutaafah*, su nieto, heredó el manuscrito que regaló á *Rabbi-Santo*, sabio judío de aquella época, que lo tradujo al hebreo, dando el original árabe á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén.

Este señor, que tuvo uno de sus más ilustres abuelos entre los héroes del sitio de Granada, tomó un vivo interés en esta producción y la mandó traducir, primero en castellano, por el Rabino, y luego por Ginés Pérez de Hita, cuya versión es la única que hoy se lee en España, donde desde 1610 se han hecho numerosas ediciones. Aun en París se publicó una en 1660, en la cual se encuentra muy correctamente escrito el texto de Ginés Pérez. El triunfo del *Cid* exaltaba todavía esa especie de fanatismo que, bajo los reinados de los últimos Valois (y de sus tres primeros sucesores) había hecho clásica la lengua castellana y de su literatura objeto de veneración para los ilustres de la época. Esta preocupación la eclipsó el genio natural y verdadero de los Racine y las Boileau; y si ella fué excesiva, el desdén que esta literatura inspiró después, y el olvido profundo en que cayó no lo fueron menos.

Cada episodio, cada incidente, una batalla, un duelo, una serenata, un torneo, una querrela de amantes, le dan á Ginés Pérez el argumento de un romance, que presenta como el testimonio de la evidencia del hecho que en él relata. Estas tradiciones poéticas son casi todas la repetición de un relato anterior, y por este motivo las hemos retirado de la obra, dando únicamente de ellas algunas notas. Si las llamamos tradiciones poéticas es porque no todas son de la invención de Ginés Pé-

rez; varios de estos cantos han sido realmente compuestos en diferentes épocas para celebrar las guerras y los amores de los dos pueblos. Echaremos una mirada sobre estos viejos y venerables monumentos de la poesía castellana, que son quizá todavía las obras maestras, á pesar de todas las producciones modernas.

El romance, es decir, este género de poema á la vez lírico, elegiaco, pastoril y descriptivo, que se encierra en el limitado círculo de un relato de guerra ó de amor, nació en los primeros siglos del mundo bajo las tiendas del desierto, y hace todavía las delicias de los árabes en su antigua patria. Las investigaciones del sabio Huet, los trabajos tan interesantes y demasiado ignorados en Francia de Sir Williams Jones, los testimonios de todos los viajeros, sobre todo el de nuestro ilustre Volney, le dan á esta circunstancia una certeza histórica. El romance pasó de los desiertos de Arabia á las ciudades, y tuvo buena acogida en la corte de los Califas de Bagdad, donde el idioma israelita pulido por una elegante finura de costumbres le prestaba un lenguaje mucho más dulce y acentos más melodiosos. La hermosa lengua de los persas, pronto universal y clásica en todo el Oriente, acabó de embellecerle.

Los musulmanes de España, educados en la lectura de los poetas de Schiraz y de Ispahan, cultivaron con pasión esta buena literatura, y como los españoles parecían destinados á debérselo todo á sus enemigos, hasta sus placeres y sus medios de agradar, sucedió que de los moros aprendieron el arte de las novelas y del romance; como ellos lo consagraron á la religión, á la gloria, á la inmortalidad de los grandes hombres, á los amores, á las fiestas y á los heróicos pasatiempos de la caballería. Tal fué la primera misión de la poesía en todos los pueblos. El romance tomó, según los asuntos, el tono augusto de la oda, los tristes acentos de la elegía, la sencillez de la égloga, y debe elevársele hasta la altura de los monumentos históricos, porque dicen los notables escritores que hemos ya citado: «estos romances son otros tantos despojos de la historia contemporánea, y casi todos conservan un hecho ó una anécdota auténtica.» Algunos son magníficos cantos de gue-

rra. Estos cantos serían verdaderas odas, y odas de una elevación, de una fuerza y de una originalidad de pensamientos, de una riqueza de admirables imágenes, si cierta ingenuidad y cierta sencillez, que llamaremos primitiva para entendernos mejor, no les imprimiera un carácter muy diferente. En este último género son muy numerosos los romances inspirados por el gran nombre del Cid; hay algunos, cuya acción es tan extraordinaria, su metro tan impetuoso, el acento tan guerrero, que cree uno oír el sonido del clarín; al mismo tiempo, los pensamientos son tan grandes, tan nuevos, tienen un color tan antiguo, que no nos maravillaríamos encontrarlos en un cántico de Moisés, de Debora, de Assaph ó de Isaías, en un canto del divino Homero ó del audaz Tirteo.

La conquista de Granada fué para las Españas un gran motivo de alegría, y los poetas castellanos no desperdiciaron la ocasión de triunfar también á su manera de los moros tan valientes y temidos durante mucho tiempo.

Esta época fué la edad de oro del romance, y difícil fuera enumerar todos aquellos que en ella se publicaron. Nada hay que iguale por la sencillez, la total ausencia de prolijas imágenes y los sentimientos naturales, á los romances que describen las querellas y pasión de los amantes; estos, cuyo único objeto es el describir una fiesta, un augusto himeneo, un torneo ó una lucha taurina, contienen detalles de costumbres que son aún hoy motivo de estudio para los historiadores más sedudos. El romance español brilla también en las escenas tiernas y patéticas; arranca verdaderas lágrimas cuando describe las penalidades y miserias de la cautividad, las quejas de los cristianos gimiendo en Marruecos, Argel y Túnez en las prisiones de los moros; sus ardientes suspiros hacia la patria, sus amantes, sus madres y esposas; con frecuencia, sus peligrosos amores con las hermosas y compasivas sultanas, entre las que hallan siempre consuelo, y alguna vez la generosidad de romper los hierros de su cautiverio.

Nada más nuevo, anticuado, y más elegante, que las dos últimas estrofas de aquel romance en que el Rey Don Juan I de Castilla, después de hacerse describir por el moro Abenamar las maravillas de Granada, exclama: ¡Granada! ¡Granada!

«Si tú quisieses, Granada!
contigo me casaría,
Daréte en arras, y dote
á Cordova, y a Sevilla.»
«Casada soy, Rei Don Juan!
Casada soy que no viuda;
el Moro que á mi me tiene
muy grande bien me quería.»

¿Dónde se encontrará igualmente color más castizo, expresión de dolor más profunda y verdadera, que en el hermoso canto en que el Rey Boadillin llora la pérdida de la ciudad de Alhama conquistada por los cristianos que entonces se aprestaban al sitio? Recorre las plazas y calles de Granada, exclamando:

«Ay de mi Alhama!»

.....

Los clarines dan la señal de alarma, las tropas acuden y se juntan en derredor suyo, y su sola arenga, su único grito de guerra y de venganza, es

«Ahl Ay de mi Alhama!»

Un austero anciano se atreve á echarle en cara los crímenes de su reino, el asesinato de los Abencerrajes, y le presagia la próxima ruína de su imperio. A estas crueles recriminaciones el desdichado monarca no contesta más que con estas quejumbrosas palabras:

«Ay de mi Alhama!»

Augusto, llorando el desastre de Varus y las legiones romanas, no lanzó más conmovedora exclamación.

En otro romance se pinta una escena que es completamente del género de Homero y del Génesis del Peutateuco. Un valiente caballero castellano, D. Alonso de Aguilar, murió en un combate librado en las Alpujarras. Las hijas y esposas de los moros rodeaban su cadáver admirando su belleza y gozando cruelmente en su desgracia. Una cautiva cristiana le reconoce; era la que le había alimentado con el jugo de sus pechos

y educado amorosamente en su regazo. Precipítase sobre aquellos tristes restos cubriéndolos de besos y de lágrimas, y exclama:

«Don Alonso! Don Alonso!
Dios perdone la tu alma!
Que te mataron los Moros,
los moros de la Alpujarral»

Ante estas palabras tan sencillas y conmovedoras, el orgullo é insolente gozo de las mujeres moras se trocaron en lágrimas y lloros.

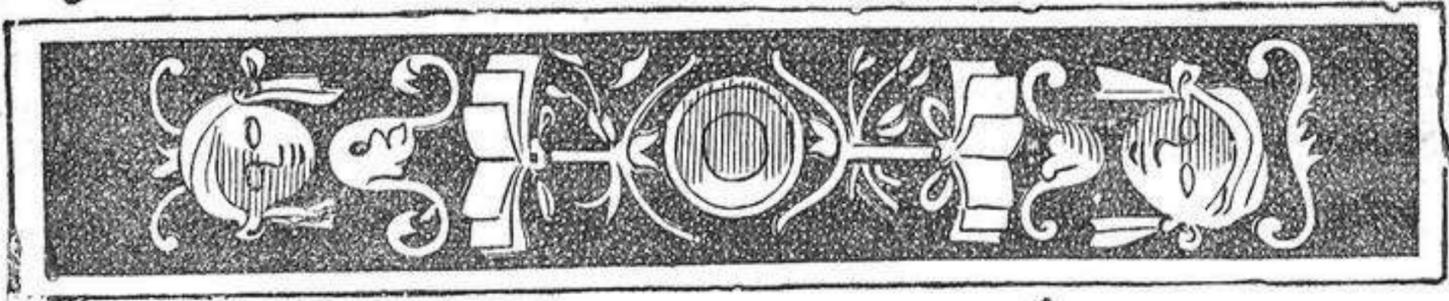
Estos ejemplos de los cuales pudiéramos citar infinito número, darán una justa y completa idea del romance castellano en el género patético y elegante. En él se conserva siempre gran encanto de naturalismo y de verdad aun en los asuntos más elevados; exento de ficción, rehuye el lenguaje pomposo, y en él los más altivos sentimientos y los rasgos de heroísmo tienen una especie de natural grandeza cuyo ejemplo no puede encontrarse más que en los escritos de los más remotos tiempos. Es verdaderamente la *poesía primitiva*.

Hombres que parecían consagrar solamente su talento á frívolos asuntos, y que aun entonces se mostraban profundos literatos de estilo y de saber, dotados eminentemente de esta sagacidad de espíritu que esclarece y fortifica la historia civil y política de las naciones por la de sus costumbres y antiguos usos, los autores de la antigua «Biblioteca de Novelas,» definieron perfectamente el romance español por una imagen tan ingénua y natural como el mismo romance: «Tiene, dicen, una gracia particular, por lo mismo que es sin pretensión, y que parece decir: *esto es lo que hay, creedme si queréis!*» No podía caracterizarse por un rasgo más vivo su expresión franca y libre, su ingenuidad, su abandono, su (1) sencillez, por decirlo así, pero la (1) *sencillez* de Lafontaine vertiendo á tesoros todas las riquezas del genio.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(*Se continuará.*)

(1) *Bonhomie* dice el texto.



PAPEL QUE POLONIA HA DESEMPEÑADO EN LA EUROPA

Continuación (I)

Casimiro IV, hermano del rey muerto en Vennes, venció á los prusianos; le sucede su hijo Juan Alberto y aquí se vé palpablemente la importancia á que llegó Polonia; no bien este rey subió al trono, la República de Venecia se apresuró á mandarle Embajadores para que iniciaran la guerra al poder otomano, al propio tiempo que los musulmanes se los enviaban pidiendo la paz: unos y otros sabían que en manos de la Polonia estaba tal vez su muerte. Los venecianos no temerían á los turcos: éstos podrían extender su dominación sin el obstáculo de los polacos.

Esto se repitió más adelante, ocupando el trono Segismundo el Viejo; éste alcanza grandes victorias en la Moldavia y la Valaquia; Julio II, que ocupaba la Cátedra de San Pedro, le cumplimenta calurosamente por sus triunfos y busca su amistad halagándole, y al efecto le ofrece el mando de todas las tropas de la cristiandad; estaba convencido de que sólo los polacos podían salvar á la Europa del creciente poder musulmán, y los hechos dieron la razón al Santo Padre; la Europa fué salvada por la Polonia: Soheski, al levantar el sitio de Viena,

(I) Véase la pág. 354 de este tomo.

libró á la cristiandad del dominio de los sectarios de Mahoma.

Segismundo hizo respetar por doquier su reino; los rusos fueron derrotados en diversas ocasiones; el caudillo Tarnowski, al frente de 4.000 polacos, no duda en presentar la batalla en Vherrszein á 22.000 valacos, coronando sus esfuerzos el triunfo; la Prusia le prestó homenaje; la Suecia y la Hungría ofrecieron sus coronas al rey polaco; los Papas Julio II, Clemente VII, Pablo III y León X, le consideraron; el bárbaro Selim lo temió, y los poderosos Carlos V y Francisco I desearon su amistad.

A sus relevantes condiciones unió una pléyade de hombres ilustres que florecieron en su reinado; aquí citaremos solamente á los guerreros insignes, á los políticos eminentes, prescindiendo de los literatos y de los científicos, de los que nos ocuparemos en sección aparte.

La Historia siempre recordará con orgullo los nombres de los Kamieniecki, Tarnowki, Tirley, Myszzkouki, Nicolás, Jorge y Juan Raelziwil, Constantino, Príncipe Osfrog, Generales que llevaron la bandera patria por doquier inmortalizando el nombre de Polonia, dándola una serie no interrumpida de victorias; los Szydlowieski, Tomiki, Juan Laski, y el célebre Obispo de Cracovia Maixiowski, brillaron como hombres políticos, haciendo pasar sus nombres á la posteridad, por la manera acertada y patriótica como ayudaron al rey en la gobernación del Estado.

A Segismundo el Viejo sucedió Segismundo Augusto, último rey de la dinastía fundada por Jagellon, rey digno del pueblo que gobernaba; el pueblo le decía enérgicamente que mantuviera la libertad del Estado de que era servidor, y así lo hacía; á su vez á las imposiciones de los nobles, de que repudiara á su mujer legítima para poder ocupar el trono, respondía manifestando ser para él su fe más querida que todos los reinos del mundo.

Rey aficionado á la literatura y á las bellas artes, protegía á los hombres de mérito y talento; guerrero, alcanzó victorias; Alberto, Príncipe de Prusia, le rindió homenaje, y después de abrazar las rodillas del Rey en la Dieta de Cracovia, recibió de manos de éste la solemne investidura del

ducado de Prusia: ¡lástima que á sus brillantes condiciones no hubiera unido una mayor dosis de energía contra la turbulenta nobleza! Esto quizás le hubiera dado un nombre aún más brillante en la Historia.

Aquí realmente debiera comenzar el período de la decadencia polaca, á la muerte del último Jagellon, cuando la corona quedó electiva, porque en puridad ésta fué una de las causas que empujaron á su ruína á la floreciente nación; pero atendiendo á que si el primer Rey electivo nada de notable hizo, no sucedió lo mismo con Estéban Barbury; puede prolongarse la época de florecimiento hasta la muerte de este último, empezando entonces la Polonia á recorrer una fatal trayectoria que terminó con una desmembración y una división del reino entre tres naciones á que más de una vez había humillado.

La elección de los Reyes fué un hecho; la Dieta se reunió á este objeto, los Embajadores de las diversas potencias hablaron, y á semejanza de los mercaderes que ofrecen sus productos, hacían notar las ventajas de los Príncipes por ellos patrocinados, los inconvenientes de los contrarios, haciendo con esto una comedia indigna; el Nuncio del Papa Gregorio XIII habló el primero, recomendó un príncipe católico; los Embajadores de Alemania, Francia y Suecia, proponían príncipes de su país, el Czar escribe una carta ordenando se le nombre, el mismo Gran Turco interviene mandando se nombre al príncipe francés...

Hubo razones de alta política, y Enrique de Valois fué nombrado Rey de Polonia.

La autoridad que ha de ejercer es limitadísima, la nobleza al hacerle jurar la *Pacta conventa* le prohíbe que nombre ó elija sucesor ó influya en lo más mínimo en la futura elección; le obligan á que mantenga la paz entre los católicos y los disidentes, que eran en gran número, pues Calvino y Juan de Hus habían hecho muchos prosélitos entre los polacos, le quitan el derecho de declarar la guerra y de aumentar los impuestos; no podrá mandar Embajadores sin el concurso de la República; tendrá á su lado un Consejo permanente compuesto de Senadores, y otras mil limitaciones más ó menos impor-

tantes, y en caso de que él faltara á sus juramentos, los súbditos quedan desligados de la obediencia y fidelidad al Monarca juradas.

Enrique quería el trono, pasó por todo, á todo dijo que sí, pero el resultado fué que huyó como un criminal, á caballo acompañado de siete servidores, protegido por la oscuridad de la noche y explicando su fuga en una carta dirigida á sus consejeros, carta que la dejaba en su alcoba.....

Después de formalizada su renuncia reúnese otra vez la Dieta, preséntanse á la palestra seis pretendientes exponiendo sus merecimientos respectivos, Estéban Batory, Duque de Transilvania, obtiene los sufragios, jura la *Pacta conventa* y es el Monarca que cierra dignamente el período de florecimiento de la Polonia.

Su reinado fué sumamente próspero; derrotó á los rusos en muchos combates, obligándoles á pedir la intercesión á Gregorio XIII; este Papa intervino y Estéban se mostró noble y generoso con el vencido; restableció la tranquilidad del país, atendió á las ciencias, fundó la Universidad de Vilna, y sujetó en lo que pudo á la nobleza.

*
* *

Literatura.

En este tiempo adquirió un desarrollo grandísimo la literatura, como prueba la civilización de un pueblo y puede servir de medio de conocer cuál fué su papel en la Europa, necesario es que se estudie con algún detenimiento.

Para mayor facilidad puede considerarse dividida en tres períodos: el primero comienza con Casimiro el Grande y termina en los tiempos del Rey Alberto.

En este primer período de tiempo, así como en los inmediatos, se escribieron muchas y notables obras en latín; la literatura fué protegida por los nobles y por los Reyes; ejemplos de esto último lo tenemos: Casimiro el Grande, echando los cimientos de la literatura polaca, comenzando la Academia

de Cracovia; la joven y simpática Eduvigis ya dijimos cuánto interés tenía en los adelantos científicos de su pueblo, á más de insinuar á su marido para que favoreciese á la Academia y á los sabios y de dejar parte de sus bienes para una escuela de medicina y para su querida Academia, encargó la traducción al idioma natal de parte de la Biblia, ejemplo seguido por Sofía, cuarta esposa de Jagellon, que hizo verterla toda en polaco; Casimiro IV ordenó se enseñara el latín por todas partes: al efecto fundó un gran número de escuelas en todo el reino; no contentándose con esto llegó á exigir que, para ser funcionario público, fuera condición indispensable el conocimiento de la lengua latina.

En la poesía épica se distinguió Adám Swinka, canónigo de Cracovia, que en sonoros versos cantó el reinado de Casimiro en su poema: «*De rebus gestis ac dictis memorabilibus Casimiri secundi Poloniae regis inclytissimi.*»

No faltaron historiadores notables, en los cuales la sencillez y la elegancia se unían en sus escritos; el célebre Duglosz, conocido en el extranjero por Longinus, maestro que fué de los hijos de Casimiro IV; el Tito Livio polaco, Martín Krommer, Michalon, Juan de Silesia y otros se distinguieron en este género.

Ilustre teólogo lo fué Tomás Taremba; el dominico Peregrain y Estanislao de Cracovia, se distinguieron en la sagrada cátedra, habiendo dejado notabilísimos sermones; comentaristas á los poetas latinos no faltaron en abundancia: el primer puesto le ocupa el Arzobispo de Serpol, por sus comentarios á Virgilio.

En los Concilios de Constanza y Basilea, que por este tiempo se celebraron, representaron dignamente al clero polaco el Arzobispo Nicolás Tromba, los Obispos Santiago (de Plock), Andrés Lascari Goslawicki (de Posen) y Juan Dobka, que se distinguieron por su erudición al par que por su elocuencia.

Dos nombres ilustres cerraron la gloriosa pléyade de este período que termina en los tiempos del rey Alberto, Juan de Tuliskow, castellano de Calisz, y Zawisca, doctor de la Academia de Cracovia, sabio distinguido, y el Cardenal Zbigniew, Vlesniki, cuyas epístolas son un modelo de corrección y cla-

ridad, Cardenal, á quien el Papa Pío II calificaba como un luminar de su tiempo.

En este espacio de tiempo vemos que lo que más florece es la historia y la elocuencia, en el período que da principio en Juan Alberto y concluye en Segismundo I. Adquieren por el contrario extraordinaria importancia las ciencias exactas y la legislación.

La Academia de Cracovia fué la mejor escuela de matemáticas de aquellos tiempos; entre sus profesores los hay notabilísimos; entre ellos citaremos uno, Alberto de Brudzewo, que tiene dos títulos más que sus compañeros para figurar en este resumen; su obra *Comentaria in Theoricis planetarum*, que es un acabado curso de Astronomía, que no parece de aquellos tiempos, y además que Alberto fué profesor de Copérnico.

Este astrónomo cuyo sistema es de todos conocido, merece algunos renglones, aunque no sean muchos; merece que se diga nació en Torne el 1473; que una vez terminados sus estudios en la Academia de Cracovia marchó á Roma, donde adquirió fama de notable profesor en las lecciones públicas que dió durante largo tiempo; tornó á su patria, fué nombrado canónigo, dedicándose entonces á escribir la obra que le inmortalizó, su sistema de mundo.

Aun al lado de estos dos, figura dignamente Bernardo Waposcoki, que cultivó con gran éxito las matemáticas, y fué á la vez un historiador de gran autoridad.

No podemos pasar por alto la obra legislativa de este período, el Estatuto de Alejandro; ya hemos dicho cuán grande es su precisión, su claridad; sus leyes eran civilizadoras en extremo; falta decir el nombre de su redactor: fué Juan Laski, que tanta fama adquirió en el Concilio de Letrán.

La época última, de las tres en que hemos dividido este período, que empieza en Segismundo I y termina con Esteban Bartory, puede llamarse sin duda alguna la edad de oro de la literatura polaca.

En ella la lengua polaca alcanza el máximum de pureza; la imprenta (establecida en 1490) adquiere gran desarrollo y propaga por doquier las obras literarias; los nobles prestan decidida protección á las letras y á las artes; los Padniewski,

Vieki, Tarnowski, Zamoski, Gorka, Radzivil, son Mecenas que con su munificencia dan un grande impulso á la literatura; y finalmente, con Monarcas como Segismundo Augusto, bajo el cual la Polonia llegó al apogeo de su civilización y que, tolerante en extremo, permitía la libre manifestación del pensamiento, sin poner trabas por motivos de religión, como acontecía ordinariamente, de la misma manera podían escribir libremente los católicos como los disidentes.

El carácter distintivo de los escritores de este breve período es la sencillez y la gravedad; en esto tal vez influyera mucho la afición que se desarrolló á los estudios de los clásicos griegos y latinos.

Enumeremos ahora algunos de los principales autores, que como veremos fueron en su mayor parte profesores de la Academia de Cracovia.

Entre los autores de obras místicas enumeraremos á Baltasar Opecia, Académico de Cracovia, que hizo la traducción al polaco de la vida de Jesucristo, escrita por San Buenaventura, dedicando la obra á la piadosa Reina Isabel de Hungría, y Valentín Wrobel, traductor de los salmos.

Las lenguas griega y latina tomaron mucho incremento, haciendo venir, para enseñar la primera, al célebre historiador bávaro Juan Aventinus, muy versado en griego; más tarde Pedro Tomiki, Obispo de Cracovia, hizo ir á Polonia á Juan Campensis á explicar una cátedra de hebreo, y á Jorge Libam Silesiano á una de griego; los resultados obtenidos fueron notables, dándose el caso de que se publicaran algunas obras en griego, notables algunas como las de Marco Scharpemberger.

No se puede omitir, ahora que se habla de los escritores de prosa, á Estanislao Zaboronouski, autor de una muy completa gramática latina.

De los historiadores está á la cabeza Lucas Gornichi, que era además elocuente orador; en sus obras resplandecen la precisión y la claridad, siendo muy leídas con placer; inmediatamente debe citarse Martín Bielski, primer autor que escribió la historia en lengua nativa; tanto su Crónica del Mundo, como su Crónica Polaca son obras muy apreciadas por los modernos historiadores; también se distinguieron en este

género Strgikowski, Paproski, Garniki, Wawrzeki y otros.

Concluiremos esta lista de escritores de prosa con Andrés Modzewiski. «De emendanda Republica», con los jurisconsultos Groicki, Juan Herburt y Estanislao Hozins. Este último se distinguió además como historiador y como elocuente y erudito en el Concilio de Trento, siendo hoy su nombre universalmente conocido por estar traducidas sus obras en francés y en inglés.

Veamos ahora cuántos y cuán notables son los poetas que brillaron en la edad de oro de la literatura polaca; bien entendido que no se mencionaron todos, sino aquéllos más principales.

Lorren Kervin ó Corrinus Nowodworscki, que desempeñó una clase de elocuencia en la Academia de Cracovia, cultivó la poesía, siendo sumamente sentidas sus elegías, género á que se dedicó; Pablo Krosniaum fué autor de panegíricos notables en honor de los Reyes de Polonia y de San Estéban; sus producciones en versos elegiacos respiran gracia y facilidad; como panegirista notable merece citarse Nicolás Huvowski, y Andrés Krosyki como elegiaco y por sus epístolas.

A más mencionaremos á Clemente Janiki, llamado el Tibulo Polaco, que á los 20 años mereció la honra de ser laureado por Clemente VII; Gregorio Samtorzyki, canónigo de Cracovia y profesor de la Academia, poeta bucólico, de sencillez y elegancia envidiables; Bendoski, llamado el Píndaro Polaco; el célebre médico Gaspar Maliuski, que dejó su nombre á la posteridad unido á su poema «Jathrotheologonomimachia, seu carmen quo medicinæ excellencia refuttatis quibusdam objectionibus ostenditur; Gzamotoulki, Tyezijuski, Ayditer, Morszewski, Konobelsdorf, Gorycki, Seymonowicz, Kobylinski, Schreter, Hijacyutyusz, Amicinus, Gize, Goeem, Beem, Bakiviz, que cultivaron los diversos géneros de la poesía latina.

De todos estos descuellan dos figuras que merecen ser tratadas especialmente; una es la de Juan Flachshinder, Obispo de Culm, que, según un célebre escritor polaco fué «encanto de su siglo por su genio poético»; poeta que mereció ser coronado por el Emperador Maximiliano, que fué recibido con

mucho agrado por el Emperador Carlos V que lo nombró gentil-hombre de España y que tuvo la honra de que en 1529 se acuñara una medalla en memoria suya.

Juan Kochanowski es el otro escritor á que aludimos, y que elevó la poesía polaca á su mayor esplendor.

La dulzura, el sentimiento, la delicadeza, son los caracteres de su poesía.

El ánimo se siente inspirado del misticismo más puro al leer su traducción de los salmos de David; al mismo tiempo que la tristeza y melancolía es el efecto causado por sus elegías á la muerte de su hija Ursula.

Á más de estas composiciones, merecen citarse las traducciones del tercer canto de la Eneida, y de las canciones de Anacreonte y Horacio; su homenaje prusiano con motivo del acto de Vasalle verificado por Juan Alberto, Príncipe de Prusia; una tragedia, Epaminondas, poemas satíricos, epigramas, etc.

Este escritor extraordinario no cultivó sólo la poesía; en prosa nos ha dejado excelentes disertaciones, cuyo estilo sobrio y correcto las pone á la altura de sus poesías; su nombre solo basta para dar al tiempo en que floreció el nombre de «Edad de oro de la literatura polaca.»

*
* *

Pocas son las consideraciones que es necesario añadir para comprender el estado de la Polonia en esta época, para determinar cuál fué su papel en Europa; los hechos consignados hablan con bastante elocuencia.

No es posible elevarse á mayor altura un pueblo que á la que se elevó el polaco en el período últimamente estudiado, y más dadas sus condiciones especiales.

Un pueblo que sin fronteras naturales, un pueblo que no es diplomático, un pueblo en su organización feudal y guerrera no permite el desarrollo de la industria y el comercio á los extranjeros; un pueblo devorado por la anarquía como le vimos en el período anterior, un pueblo rodeado de enemigos cada

vez más poderosos como lo eran los rusos y turcos, llega, sin embargo, bajo el mando de los Jaguellones, á engrandecerse, á que su nombre sea temido y respetado, á que los Papas reconozcan la necesidad de su alianza, á que el turco le pida repetidas veces la paz.

Aun en su célebre derrota de Varna se vé cuán grande era su importancia, puesto que dicha derrota, ocasionada por la precipitación en emprender la guerra, hizo que Constantinopla fuera primero presa del infiel que éste amenazase á la Europa, teniendo que ser Polonia la que le detuviera en su principal y devastadora carrera.

La prosperidad de Polonia fué grande en este período; sus abundantes riquezas la permitían sostener las guerras que tanto honor le dieron; sus leyes mejoraron en extremo; su literatura, como hemos podido observar, no podía encontrarse á mayor altura; los reyes no eran absolutos dueños del poder, no podían gobernar á su capricho.....

.....
Pero tal vez en la exageración de este principio estaba el mal; la debilidad de los reyes con la nobleza hace tomar á ésta aún mayores fueros, se hace dueña del poder supremo que dá por sí y ante sí, como veremos, imponiendo un Rey al pueblo é imponiendo al Rey condiciones onerosas.

No sucede que un hombre digno sea elevado al poder por sus conciudadanos; no, es un Rey que viene á servir á los magnates, á confirmarles sus privilegios.

Esto no sucedió en gran manera en este período, fué más bien en el que estudiaremos después; pero ya se vió el defecto de la organización en la elección de Enrique de Valois: los resultados no pudieron ser más desconsoladores; Esteban, elegido después, parecía que iba á poner otro orden de cosas; la muerte le atajó el camino, y ya veremos las desastrosas consecuencias para la Polonia con esta organización.

Basta con lo dicho para comprender que la Polonia en Europa tuvo una parte importantísima; no insistimos más, porque sería repetir hechos consignados.

Para terminar diremos: este período de la historia de Polonia, la da bastantes derechos para ser nación una é indepen-

diente; estas gloriosas tradiciones podrá ponerlas siempre como títulos, que serían por sí solos suficientes para que se le diera un lugar, y no de poca importancia, en la Europa contemporánea.

*
* *

ÈPOCA QUINTA

DECADENCIA DE LA POLONIA

(1588—1796)

Epoca triste para la Polonia; el mal que la gangrenaba era de difícil cura, tanto que no le sirvió el que ocuparan el trono hombres que hubieran podido hacer la felicidad á otro pueblo; la desorganización interna se aumentaba cada día más, la nobleza adquiría más vuelos, la ruína material se presentaba amenazadora y la independendencia de la Polonia se veía llegada á su fin.

En cada elección de Rey disturbios y rencillas, cuando no estallaba la guerra civil; más adelante intervención de las potencias extranjeras... pero dejemos hablar á la Historia:

Muerto el gran Esteban, que dejaba una nación engrandecida y rica, se presentaron en la palestra tres pretendientes, el hermano del Emperador Rodolfo II, Maximiliano de Austria, el Czar de Moskovia, y Segismundo, hijo de Juan de Suecia.

Se discutió entre Maximiliano y Segismundo, protegidos respectivamente por Zborowski y por Zamoyski, y fueron elegidos los dos; ambos llegaron á tomar posesión; Segismundo, que juró en Cracovia los privilegios de los nobles, y el austriaco, que se presentó diez y ocho días después en Polonia, tiempo que empleó en reunir un ejército, al que se unieron en seguida los palatinos de su partido.

La guerra civil ensangrentó la Polonia; la victoria perteneció á Zamoyski, que concluyó por hacer prisionero á su enemigo, que no dejó en libertad sino dos años después y á instancias del Santo Padre y del Emperador de Austria; mas no

le permitió salir del castillo sin que antes renunciara solemnemente al trono de Polonia.

En este reinado de 45 años no descansaron las armas un momento; recién subido al trono, los turcos amenazaron imponentemente á la Polonia; hubo cierta oposición para levantar impuestos con que se pudiera armar un ejército; Zamoyski, que fué un patriota y un héroe, á sus expensas organiza una pequeña división, va al campo del honor y obtiene señaladas ventajas contra los turcos; pero era inútil, en el estado de división entre los nobles, después de una guerra civil que había enconado los ánimos, y sin estar preparada para la guerra, es posible no hubiera podido resistir la avalancha turca; pero esta retrocedió, no avanzó ante la actitud de Inglaterra, enérgica y decidida á luchar contra el infiel, si éste continuaba su carrera.

Zamoyski, el incansable y opulento general, tornó su ejército contra Batori, Duque de Transilvania, y lo derrotó; se presentan setenta mil tártaros en la frontera y los hace pedir la paz.

No bastaban estas guerras y se emprendió otra con la Suecia, á la que el Rey polaco quería mandar; fué más afortunado Carlos IX, protestante, que subió al trono; Segismundo, católico, continuó la lucha con el ya Rey Zamoyski; alcanzó victorias imposibles, dados el número de sus tropas, Chodtriewiez venció, entre otras, la importante batalla de Kisholm; se derramó mucha sangre, y el resultado casi nulo.

Segismundo quiso el trono de Rusia para su hijo Vladislao, y con este motivo intervino en la política rusa; apoyando al polaco Demetrio, obtuviéronse triunfos no aprovechados; fué Czar su hijo, pero se negó á que abandonara el rito griego, lo cual tal vez hubiérale consolidado en el trono; á cambio del solio ocupó una ciudad que después se perdió; esto fué todo.

Segismundo quiere granjearse la amistad de Austria, y á tal objeto toma parte en su favor en la guerra de los treinta años; en tanto los turcos invaden su reino, tiene precisión de ir á combatirlos, pide auxilio á las potencias europeas para evitar que trescientos doce mil turcos y ochenta mil tártaros unidos, no rompan la valla que les pueda oponer la Polonia y

se extiendan por Europa; nadie le atiende; los polacos se encuentran solos ante tan formidable enemigo; la suerte de Europa está en sus manos; Chodkiewiez comienza la batalla decisiva, que concluye Lubomirski; en Chocim, fué donde sufrió rudo golpe la media luna; los polacos, menores en número, pero infinitamente superiores en valor, los imponen una paz con condiciones. Triunfo tan grande, la Iglesia lo solemniza estableciendo una fiesta.

Polonia tiene otro hecho grandísimo en su historia; los turcos han sido detenidos en su paso: la civilización ha vencido.

Cuando la Polonia no luchaba con los enemigos de fuera, tenía dentro muchos á que combatir; los nobles, que lo eran todo, que no buscaban más que su interés y la conservación de sus privilegios.

Su orgullo llegó hasta el punto de levantar armas contra los reyes; hé aquí una prueba.

Zebrzydowski, que como palatino de Cracovia tenía puesto en la casa real, censura al monarca su conducta: por esto recibe orden de salir de palacio. La afrenta le hiere en lo más hondo de su orgullo, y replica: «Salgo de la casa real, pero también saldrá el Rey del trono», y no faltó mucho para que se realizara su profecía.

Se unió á Radziwil (Jano), que estaba descontento con Segismundo, á consecuencia de no haber sido el agraciado con la estarostia de Duclin; á estos dos se agruparon algunos nobles, formaron un ejército y dieron el triste espectáculo de una guerra civil que no tenía más que una causa: la ambición; si bien fueron vencidos, y lo que es más, aun perdonados, antes habían triunfado, habían puesto el reino en una grave situación y derramado sangre generosa, privando á la patria del concurso de muchos valientes en el continuado combate que sostenía con la Rusia, Suecia y Turquía.

Prescindiendo de otras disensiones y de otros conflictos promovidos por la nobleza; prescindiendo de la oposición material que se hizo á su matrimonio; prescindiendo de la acusación lanzada y presentada con pruebas de faltar á lo jurado, consignarse debe que á él, hijo del Rey de Suecia, se le recordaran en plena Dieta, por un magnate, las palabras del Gran

Esteban: «Yo reduciré un día á los Reyes de esa pequeña Suecia y les impondré las reglas de una conducta pacífica», y que se le hizo jurar entre otras cosas, no derogar los privilegios de la nación, y por nación los nobles no comprendían más que la orden ecuestre, no el pueblo, no los campesinos.

En lo que resta que estudiar de la historia de Polonia hasta 1796, es preciso no detenerse tanto como hasta aquí, porque ya el trabajo alcanza proporciones que no se ajustan con las condiciones establecidas en el certamen; á más, que sería inútil, porque los hechos se presentan con mucha analogía: los defectos de organización son siempre los mismos; en aquello en que será preciso detenerme un poco es en las elecciones de Reyes, para poner de manifiesto los vicios del sistema, para hacer resaltar como poco á poco la elección es hecha, no por los nobles, sino por las potencias extranjeras, hasta llegar al límite de mandar la Rusia ejércitos que acampaban en las inmediaciones de la capital, mientras tenía lugar la Dieta de la elección. Antes de que Vladislao IV fuera elegido Rey de Polonia, los disidentes y los católicos se echaron al campo armados, y estuvieron para venir á las manos.

Vladislao IV, hijo de Segismundo, que fué nombrado, pudo ser el que encauzara la desbordada nobleza; tenía condiciones bastantes para ello; la prosperidad parecía le acompañaba; en cambio fué débil con la nobleza hasta el punto de licenciar un ejército que había formado con el producto de la dote de su mujer, para guerrear con el turco; la nobleza ve en esto un ataque á sus privilegios, y obliga al Rey á que jure que no sólo no podría levantar ejércitos, sino que le estaba prohibido aumentar su guardia, cuyo efectivo se le fijó en 1.200 hombres.

Su falta de energía le hizo perder el terreno que sobre la nobleza había ganado.

Su primer acto como Rey fué declarar la guerra á la Moscovia; la fortuna iba unida á su valor; el Rey y Radziwil (Cristóbal) pasearon sus armas vencedoras por doquier, humillaron á los rusos hasta el punto de que su general se arrodillara ante el Rey, y además les fuera pedida la paz.

Sus victorias en Moscovia tuvieron otro positivo resultado;

los turcos se aprestaban á la guerra contra Polonia; un Embajador polaco oyó proposiciones humillantes para su nación, que respondió con energía y altivez; el sultán amenaza con desenvainar su cimitarra é ir él mismo á encadenar al Rey polaco; mas todo fueron amenazas; el turco, al ver cuán formidable era el enemigo que debía combatir, contentóse con hacer una paz, ofreciendo como víctima propiciatoria á un pobre Bajá, que había invadido la Polonia y que fué la causa de que esta nación mandara su embajador á Constantinopla.

Para que todo lo llevara á cabo con felicidad, el Rey, en vez de reanudar la lucha con Suecia, por haber pasado el término que se había marcado de tregua, hizo otra nueva por 20 años y con favorables condiciones.

Si su reinado fué próspero en lo que cabía, en cambio se desencadenó la tormentea con fúria una vez que estuvo el trono vacante.

Antes de que Juan Casimiro V fuese nombrado, los católicos y disidentes habían tenido grandes discordias y los cosacos se habían insurreccionado.

ISIDRO PÉREZ Y OLIVA.

(Se continuará.)





OBSERVACIONES CRÍTICAS

Á LAS

ETIMOLOGÍAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Continuación (1)

Salmon (2) sostuvo también la idea de que los gitanos eran de procedencia egipcia; afirmó que eran los antiguos mamelucos á quienes obligó á dejar la tierra faraónica el emir de Turquía, cuando la conquistó, en el primer tercio del siglo XVI. Las razones que alegó este autor, bien estudiadas, tienen menos valor que las de Tomassio; se fijó únicamente en el color bronceado de la tez de ellos, y en el hecho de que habían sido llamados egipcios en un Acto de persecución emanado del Parlamento inglés, durante el reinado de Enrique VIII. Por el color lo mismo pueden haber nacido en las orillas del Nilo, que ser oriundos de algunas naciones asiáticas; en cuanto al término que empleó el Parlamento de Inglaterra, nos ocurre que aun siendo totalmente afirmativo, que no lo es (3), no tendría valor alguno: aquel alto cuerpo pudo muy bien, si las necesidades lo exigían, decretar la expulsión de gentes sin oficios ni beneficios, consideradas como dañosas;

(1) Véase la pág. 300 de este tomo.

(2) SALMON T. *Modern History; or Present state of all Nations*, 1731.

(3) Los términos del Acto en cuestión, en su parte ejecutiva son: «*Se ordena por el presente que dichos vagabundos, comunmente llamados egipcios, sean perseguidos como ladrones, etc.*»

pero en manera alguna ni entonces, ni ahora, ni nunca, un cuerpo legislativo, que allí como en todas partes se recluta entre los políticos que más cabildean, podrá tener autoridad científica para acordar la raza á que pertenecen estos ó los otros individuos. No lo estimó así y creyéndose en el deber de afirmar el calificativo con que los gitanos fueron designados en el Acto que estudiamos, lo cual le convenía sobremanera para robustecer su opinión, manifestó que seguramente eran mamelucos arrojados de Egipto, viendo que la medida tomada por el Parlamento se había hecho necesaria catorce años después de aquel acontecimiento, tiempo que los guerreros perseguidos y desterrados habían tardado en llegar al Reino Unido. Los primeros mamelucos, originarios de las más bajas estrabaciones del Cáucaso, fueron en un principio, como el término árabe lo indica, esclavos recogidos por Gengis khan en sus invasiones de Rusia y el Kuban, que compraron los sultanes de Egipto, para formar un cuerpo de tropas que después pudo llamarse escogido por lo bien que se portaron en las distintas guerras en que tomaron parte. Durante mucho tiempo, los mamelucos fueron siempre lo que su nombre dice: esclavos comprados en los horribles mercados de esta clase que tanto abundaban en el Asia menor; mas poco á poco se hicieron poderosos, llegando á formar en aquel país un equivalente de lo que fué en la antigua Roma de la decadencia, la desvergonzada guardia pretoriana; con ellos la paz se convirtió en mito, las revueltas eran frecuentes, la intranquilidad constante, el temor no podía abandonar los ánimos. Por déspotas y sanguinarios que hayan sido los monarcas occidentales, que pueden presentarse como ejemplos del género, y los tenemos buenísimos, en el tremendo valle, cuando la vida termine, ni en la Historia en tanto alentemos, le podrán disputar la palma á los orientales, por buenos y templados que resulten según los autores, que no escasearon para ellos los pomposos epítetos, cosa que tampoco nos extraña, pues hay Justicieros y Prudentes en nuestros anales, capaces de hacer negar el concepto que se tiene de ambas virtudes. En 1517 Selim el Feroz se apoderó del Egipto é hizo morir á Timanbey, último jefe de los mamelucos, de los que en Siria había

hecho perecer 40.000; pero no los persiguió en el resto de los países á que extendió sus conquistas, de modo que tuvieran que expatriarse todos; esta empresa estaba reservada á Solimán el Grande, el Magnífico, el Conquistador, el Legislador, que la realizó en 1546. Llevó la persecución tan extremadamente, que comprendemos que si alguno de aquellos revoltosos pudo sobrevivir, emigraría de seguro; mas esto, como decimos, tendría que ocurrir justo al mediar el siglo XVI. Admitiendo sin embargo que Salmon se refiriera á la campaña de Selim, que mal puede justificarse, pues lo que hizo fué matarlos, el hecho de la venida de los gitanos á Europa tendría que ser posterior á 1517, y ya sabemos que un siglo antes existían tales huéspedes en las naciones occidentales y que muchísimos autores habían hablado de ellos. Así pues hubiera sido mucho mejor que olvidándose de los antiguos mamelucos, no recordando para nada las ferocidades de Selim y dejando en paz á los egipcios, buscara por otra parte el origen de gente, con respecto á la cual lo primero que hubiera debido probar es, por qué fenómeno enervante diez y siete años habían bastado para que se convirtieran en mansos y sumisos hombres tan animados por espíritu batallador y guerrero.

Aferrado á la misma idea, Grisellini (1) procuró probarla estableciendo comparaciones entre lo que había observado en el carácter, usos y costumbres de los gitanos, con lo que los autores clásicos dijeron de los antiguos egipcios. Las particularidades á que se refirió este escritor, son sin embargo de una índole tan general, que con ellas mismas pudo probar que descendían de distintos pueblos; la melancolía de los hombres de una raza desheredada y errante, sin patria, sin afecciones, casi siempre perseguida, cuando no por las leyes por las prevenciones sociales, y lo arrebatado de su carácter cuando la cólera les sofoca, condición que también les supuso, fué motivo para que los comparara con los súbditos faraónicos, que según Anmiano Marcelino (2) eran melancólicos é irascibles.

(1) GRISELINI, *Versuch einer politischen und naturlichen Geschichte des Temeswar Banats*.

(2) ANMIANO MARCELINO, *Rerum gestarum*, l. XXII.

Nos parece que Grisellini confundió aquí lo que es un estado pasajero por quebrantos del alma, que no podían faltar á los gitanos de su tiempo, con lo que fué la nota fundamental y dominante en el carácter de aquel pueblo que habitó las orillas del fecundante Nilo y que dejó de ello en sus monumentos y en sus construcciones indelebles pruebas que no han podido deshacer los destructores dientes del tiempo. Entendió que los egipcios, según Diodoro, aborrecían las habas, y esto, que no sabemos en qué pasaje del historiador griego consta, lo observó en no sabemos qué gitanos, sirviéndole de punto de comparación igualmente para querer probar tan gratuita afirmación. Aeliano (1) dijo que los egipcios sufrían de una manera admirable los tormentos y las penalidades, y sabiendo el autor italiano que durante las persecuciones que habían sufrido los gitanos en Austria algunos soportaron la tortura con calma y serenidad admirables, recogió también de la comunidad del hecho argumento en pró de su teoría, que con ninguno de ellos, como con ninguno de los restantes de que hacemos gracia á nuestros lectores, la opinión de que los gitanos eran egipcios no salía de la categoría á que pertenecen los engendros defectuosos que cada vez empeoran más, á medida que se le añaden materiales cogidos con más imaginación que acierto de una ú otra parte.

No es una novedad, bien lo sabemos y la Real Academia Española no debió dejar suponer que lo ignoraba, el que los gitanos proceden de uno de los pueblos de la antigua India, cuyas lenguas tuvieron y tienen grandísima conexión con el idioma sanscrito de que derivan. El acaso, la buena fortuna, entran por tanto en los descubrimientos científicos, que nada puede maravillar si una casualidad contribuyó á determinarlo así y que Grellman, tomándola de un artículo de la *Gaceta de Viena*, en que lo publicó primeramente el capitán Szekeli, refiere de este modo:—«El 6 de Noviembre de 1763, un impresor llamado Esteban Pap Szathmar Nemethi, vino á visitarme. Después de hablarme de varios asuntos, nuestra conversación vino á recaer en los gitanos, refiriéndome mi conocido

(1) AELIANO C. Ποικίλη ιστορία, l. VII.

»lo siguiente, que sabía por un pastor protestante llamado
 »Esteban Vali, de Almasch en el condado de Komora. Siendo
 »Vali estudiante en Leiden, conoció á varios jóvenes malaba-
 »res de los que siempre tres estudian en aquella Universidad,
 »hasta que terminan sus cursos y son reemplazados por otros
 »tres. Habiendo observado que la lengua que hablaban se
 »asemejaba mucho á la de los gitanos, aprovechó esta oca-
 »sión para escribir según se las dictaban más de mil palabras
 »con sus significados. Le aseguraron también que en su isla
 »había una provincia llamada Czigania, que no consta en el
 »mapa. Cuando Vali volvió á la Universidad se informó de
 »los Raberes gitanos de la significación de las palabras mala-
 »bares, que le explicaron sin ninguna dificultad.»

No nos detendremos á discutir el valor de esta referencia, que presenta todos los caracteres de haber sido hecha para cosa sabida de antemano. Que las palabras las indicaran los jóvenes malabares, estudiantes en Leiden, tal vez hijos de personajes cultos que más se expresarían en hindostane y después hiciera la comparación el pastor protestante Vali, es un hecho accesorio: lo principal, lo importante, lo que en fin, ha hecho conocer el origen de un pueblo que presentó tan particulares caracteres y que tanto ha hecho trabajar á los autores, es la comparación filológica de la lengua gitana con las de la India, hecho innegable que les da ascendencia precisa. Esta comparación perfectamente hecha, ha dado por resultado poder equiparar el romaní con varios dialectos del Hindostan, más con el guzarato (1) que con el khari-boli (2) ni con el moors (3), que con aquélla presentan mayores semejanzas,

(1) *Guzarato*, es un dialecto del hindostanes del que se aleja sumamente poco, pero en el que se han filtrado gran número de términos árabes. Los accidentes de este dialecto han sido perfectamente estudiados por BEAMES. *Comparative grammar of the modern Aryan languages of India. Hindi, Panjabi, Lindhi, Gujarati, Marathi, Oriya, and Bengali*, Londres 1872.

(2) El *Khari-boli* es la forma más pura del Hindostanes, la forma empleada por los bramanes para hablar dicha lengua.

(3) *El Moors* es la forma más corrompida del Hindostanes. Ver HADLEY G. *Compendious grammar of the current corrupt dialect of the jargon of Hindostan*. Londres, 1809.

sin que pueda negarse existen en la gitana algunas palabras malabares, como las hay también de los idiomas hablados por pueblos con que estuvieron en contacto.

Aclarado este punto importantísimo, conociéndose la vida íntima que los gitanos hacen con los del país, en algunas comarcas españolas á que llevaron sus cantos lánguidos, que tanto hieren el alma, sus bailes lúbricos, que recuerdan los movimientos lascivos de las bayaderas indianas y que tanto excitan los sentidos, llama la atención que la Real Academia Española no haya puesto más cuidado en catalogar un sinnúmero de voces que son del dominio público, empleadas por todas las clases sociales de nuestra España, donde como en ninguna nación se muestra empeño en tratar con caballistas y toreros, cuyas burdas gracias se ríen, cuyos tonos se imitan, voces generalmente usadas y de las que no pocas se emplearon hasta por los académicos, en obras á que no puede negarse valor literario. Cuando se conservan palabras rancias de autores que no se leen, porque ninguna falta hace leerlos, al menos desde el punto de vista literario; cuando se incluyen americanismos grotescos, cuando se dejan abundar provincialismos bárbaros y corrupciones estúpidas, que obligan en el Diccionario á remisiones que las hacen inútiles, no comprendemos por qué la Real Academia Española no incluyó *barbi*, *barbián*, *chamullar*, *curda*, *canguelo*, *chavó*, *chapescar*, *chori*, *ducas*, *juncal*, *jaba*, *lilí*, *lipendi*, *manguela*, *mistó*, *merar*, *mulé*, *paripé*, *perdis*, *pirrarse*, *timo* y otras muchas más, que si no de uso tan común, son frecuentes al menos y en presencia de las que los extranjeros quedarán ignorantes, aunque compren el Diccionario.

Pudiera creerse que exajeramos y no es así; esperamos que la Real Academia Española se convencerá de lo muy conveniente que es el estudio de esta parte, que podemos llamar de nuestro lenguaje; y sin ánimo de molestarla (nunca nos propondremos tal cosa), presentaremos ejemplos para probar que no sólo debe estudiarse, sino que ya debía haberse estudiado, pues habiendo admitido algunas palabras que sin duda posible son de procedencia gitana, ó no supo explicarlas ó dijo desatinos al quererlo hacer. Cualquier curioso

que desee saber cómo se hizo el Diccionario, encontrará en cada diez líneas pruebas de la precipitación y poco cuidado que se puso en las tareas así como también defectos resultantes de poco estudio y falta de elementales conocimientos, cuando se quiere hacer un Vocabulario etimológico: quedaron sin etimología *chaval*, *soba*, *lacha* y *parnés*, calificándose esta última palabra de *germania*, término que ya hemos visto á las grandes confusiones que se presta, por estar mal explicado; dijeron que LELO, sustantivo que definen *fatuo*, *simple*, como *pasmado*, derivaba del griego *λάλος*, que significa hablador, charlatán, esto es, todo lo contrario, porque precisamente cuando dejen *lelo* ciertas etimologías, no se podrá articular palabra; para explicar la andalucísima voz *jarambeles*, la remitieron á *harambeles* y éste á *arambeles*, á fin de poderle dar etimología del árabe *alhambal*, que significa tapiz: la infortunada palabra quedó siempre mal después de andar de Herodes á Pilatos; *aliquando bonus dormitat Homerus* y se abusó de la lengua de Mahoma; CHULO, según la Academia, se tomó del italiano *fanciullo* y bien podían haber considerado que los chulos no son niños, ni los niños todos llegan á chulos, ni las palabras pueden tomarse por donde más conviene, con objeto de explicarlas cómodamente; á LOCO fueron á buscarle origen en el latín *luscus*, que tradujeron *torcido de la vista*, cometiendo así más errores que palabras emplearon para decir una cosa que no es ni puede ser etimología, que únicamente podría pasar en mal libro de cuentos y bromas, pero en manera alguna en un Diccionario que tiene carácter oficial y que debía ser testimonio de que quienes lo hicieron son hombres que han llegado al alto puesto que ocupan por su saber y prudencia, que van allí á trabajar y no á decir tonterías, impropias de gente seria. Tontería, puede pasar en cuanto á lo de que el loco tuerza la vista y que por hacerlo así se le haya dado tal nombre, pero en el resto hay falsedad é impropiedad de lenguaje. En castellano al que tiene no la vista, sino los ojos torcidos se llama *bizco* y el latín *luscus* no significa esto, ni lo ha significado jamás, ni puede llegarlo á significar porque se le antoje á ciertos académicos que creen saber latín, para salir del paso. Cuando Cicerón, hablan-

do de los que tienen la manía de hacer frases, censuraba la de Appio que á su amigo Sextio «*Cenabo, inquit, apud te «huic lusco familiari meo, C. Sextio:» uni enim locum esse video*» el equívoco que deseó hacer, no revela que tuviera los ojos torcidos. Marcial, con la gracia que tantos epigramáticos modernos le han robado, cuando dice de Filene

*Oculo Philenis semper altero plorat
Quo fiat istud, quæritus, modo? lusca est*

no puede hacer entender que se trataba de una bizca, y lo mismo ocurre con Juvenal, que al decir

*ambos
Perdidit ille oculos, et luscis invidet*

hacía entender claramente á quién el ciego podía envidiar: al que según el adagio castellano puede hacer de rey entre ellos. Estos ejemplos no nos hemos fatigado buscándolos, para probar errores de la Real Academia Española, ó mejor aún, la falsedad en que incurrió; los hallamos en Forcellini, que define: LUSCUS—*altero oculo capto*, y que acaba el artículo que dedica á la palabra citando la frase de Varron «*Non dicitur luscior, LUSCISSIMUS, quia natura nemo lusco magis est Luscus*. Y en la Academia había dos ejemplares del *Totius latinitatis lexicon* de Forcellini. La etimología en que se aproximaron más y por lo que hubiera sido necesario gritarles, que te quemas! como suele hacerse en cierto juego, fué en la de BARÍ, del que pomposamente dijeron del sans. *VARYA principal, exelente*. Desgraciadamente se alejaron bien pronto é ignoramos si la definición que la Real Academia Española dió para *barí*, fué á fin de que sirviera á la etimología, ó si esta se hizo en vista de aquélla; sea como quiera, *barí* en lengua gitana no significa *exelente*; hombre *barí*, se dice de un valiente, de un fuerte, de un poderoso, y dado esto, no había para qué ir al sanscrito, de donde el castellano no podía haber tomado la palabra, ni emplear una forma que si fonéticamente una similiar se puede explicar en castellano, en sanscrito no ocurre lo mismo, pues la semivocal no se permuta nunca por la labial. BARÍ, lo diremos por anticipado, es el hindostane

BARÍ, fuerte, poderoso, derivado del sanscrito *Balin*, que tiene la misma significación; palabras que dan ejemplo de la fácil permutación entre *r* y *l*, que ha dado lugar, como es bien sabido, á que en todas las lenguas de Europa los derivados de la radical *ruc*, brillar, cambien la inicial, como vemos en *λευκος*, *luceo*, etc. (1).

Por regla general, las etimologías que se hallan en el Diccionario parecen destinadas á probar solamente la procedencia inmediata de la palabra, cosa justa y razonada dada la absoluta carencia en que nos hallamos de diccionarios históricos, pero en no pocas, haciendo alardes de erudición y conocimientos, se remontan del latín al griego, del árabe á otros idiomas, de lenguas modernas hasta el sanscrito, y es lástima que una vez que hacía esto, no siempre bien, haya dejado de aprovechar indicaciones sencillísimas que se hallan en los diccionarios consultados y no haya determinado el origen, remitiéndola á la lengua en que verdaderamente tienen significación.

Pasamos ahora á presentar ejemplos de cuanto hemos manifestado anteponiendo un salvo mejor opinión; nada puede ni debe extrañar que un aprendiz se equivoque, cuando treinta y seis maestros (es un decir) han errado.

EJEMPLOS DE PALABRAS DERIVADAS DE LENGUAS Á QUE NO PERTENECEN (2)

Abad (*del lat. Abbas, abbatis*). El mismo FORCELLINI declara, que no es voz latina y ningún lexicógrafo de esta lengua, la incluye. Es voz oriental, siriaco, *abba* padre. SINNER, *Ms. de la Bib. de Berna*, al presentar ejemplos del núm. 16 *Glossarium latinum exhibent litteras quinque ab A ad E*, no omite la observación en estos términos: *ABBA, Syrum nomem, significat in latino pater-Quot Paulus Romanis scribens exposuit dicens; In quo clamamus Abba, Pater etc. PAPIAS, tam-*

(1) Nuestro propósito no ha sido ni podía serlo en este lugar decir cuanto se puede acerca de los gitanos, sus usos y su lengua, tarea que reservamos para un trabajo especial que tenemos en preparación.

(2) A continuación de la palabra en estudio y con bastardilla daremos siempre la etimología de la Academia.

bién la dió como siriaca. *ABBA syrum nomem est et hebræum; latine el græce significat pater.*

Abalanzar (*del gr. βαλλω arrojar*). Es un verbo compuesto, en el que no se ve como elemento el griego señalado. Derivación del antiguo castellano *Ablentar* (HITA 1269; BERCEO sig. jui. 23), que tiene igual significación. Puede creerse que es de *ab* indicando plenitud de acción y *lanzar*.

Abrigar (*del lat. appricari, estar al sol*). *APPRICUS*, sin autoridad clásica, pues la más remota es del siglo V, *PAUL. DE NOLA*. ¿Será el ang. saj. *VRIHAN tegere, operire; sans. vr tegere?*

Amotinar (*de Motín y éste del lat. Motus*). La et. de ambas palabras es el ang. saj. *Mot*, concilium, de que se formó *Motian*, disputarse, empleado por *AELFRID. Homilia II, 382*.

Alauda (*del lat. Alauda, del céltico Aljueder*). No había para qué utilizar la forma latina. *PLINIO XI, 37 Gallico vocabulo... legioni nomem dederat Alauda. Suetonio Pul. Ces. XXIV; Vocabulo quoque gallico Alauda etiam appellabatur*; de modo que el céltico que se deja por calificar, es el galo *ALAW-ADAR* (cantor pájaro), forma que se corrompió en *Alc'honeder*. La forma céltica que da la Academia no se encuentra en ninguna lengua de la familia.

Azar (*del ar. Azahr, dado para jugar*) La verdadera significación de esta palabra es *acaso, casualidad, cosa imprevista*; las demás acepciones parece sean derivaciones de este concepto, á las que se ha prestado demasiada atención cuando se ha buscado la etimología. Raynouard dice con razón que las et. dadas para esta palabra dejan mucho que desear, lo que también ocurre con la de la Academia. En el dialecto suevogótico *As* significaba Dios, de que hay testimonio en la imprecación

So hielpi mier hin belgefás Freyer et Niord

Ita juvet me sanctus as Freyer et Niord.

El plural de *As* era *asar*—(*IHRE, Suev-goth., I, 112*). De modo que *Asar* significaba los dioses. ¿Será ésta la et. de *Azar*, lo que viene inesperadamente, por voluntad divina?

Banco (*del al. Bank y Pank*). ¿En qué quedamos? Una ú

otra. La forma utilizable para et. de esta palabra es el ahd. **BANCH**, *scannum*.

Barca (*del lat. Barca*). Dice FORCELLINI: *Barca in latina lingua vox est recentiores ævi*, y lo prueba con las autoridades que cita. Barca etimológicamente es el gaélico **BARCAIRC-A**; barca esquife, voz empleada por **OSSIAN III**, 488.

Chunnas *barca* breid gheal fo m'ros
Mar cheathach air osaig a chuaing.

Echegaray, siguiendo á Barcia, la da del bajo bretón *Bark*, probando así que ni uno ni otro se han tomado la molestia de ver el Diccionario de **LEGANIDEC**, donde esta forma tiene antepuesto un asterisco, para indicar que fué tomada del francés. En bajo bretón el equivalente propio es *Bagik*.

Bari (*del sans. varya principal*) Hemos dicho en la introducción la serie de errores cometidos por la Academia en el estudio de esta palabra.

Basalto (*del lat. basaltis*). Si bien la palabra existe en dicho idioma, su origen es más remoto; etiópico *Basal*, hierro; heb. *Barzel*. Plinio lo declaró así **XXXVI**, 7. *Invenit eadem Ægyptus in Ætiopia quem vocant basaltem, ferreis coloris atque duritiæ: unde et nomem dedit.*

Basto (*[tosco, grosero] del lat. Vastus*). En lat. **VASTUS** es *supramodum latus, amplius*, significación que dista mucho de ser la del castellano *basto*, que es ni más ni menos el Ahd. *Bister*, poco agradable.

Baul (*del lat. Bajulus, porteador?*). Esta conjetura de **DÍEZ** ha pasado á la Academia por **LITTRÉ**, que influyó sin duda, dada la forma en que la da, para que le pusieran el interrogante. El gran romanista no estuvo acertado y el lexicógrafo francés estudió poco. En bajo latín existe la forma *Bahudum* y **DUCANGE** dice de ella, á Germano **BAHUTEN**, *ser vare, conservare*. Esta forma ahd., orilla las dificultades de formación y responde á la idea que implica la palabra, de la cual se aleja tanto el *Baiulus* de Díez, malamente aceptado por la Academia.

Blanco (*ant. al. al. Blanch*). Esta forma la da **SCHADE** sin autoridad, remitiéndola al ang. saj. Efectivamente hallamos en este idioma *Blanc*, adj. formado del verbal **BLICAN**, *albere*,

splendere, tema *Blic*, derivado del sanscrito *Bhraj* (BENFEY 671) *to shine, to illuminate*.

Blasón (*del ang. Blaese, antorcha, resplandor; ó del al. Blasen, tocar la bocina*). Parece que para la Academia sea una misma cosa *antorcha* que *resplandor*, y que cualquiera de éstas sea comparable con *tocar la bocina*, por cuanto de una ú otra cosa (lo mismo le da) puede derivar el castellano *blasonar*. Fijándonos en los términos separadamente, hallamos que para la docta Corporación *antorcha* y *resplandor* son una misma cosa, lo cual dista mucho de ser verdad, así como también que ambos ó cualquiera de ellos sean equivalentes del ang. saj. **BLAESE**: éste significa puramente *llama temblorosa*, y es derivado de **BLAVAN**, *spirare, sibilare*; tema **BLIV**, sanscrito **BLESH** *ire, se movere, vacillare*. El castellano *Blasonar* es un derivado del gótico *blesan*, ahd. *blasán*, al. *blasen*, que no significa tocar la bocina, sino soplar con fuerza.

Borde (*de bordo y ésta del ant. al. al. Bort, costado de un buque*). Etimología muy á propósito para inducir á error, pues antes que *Bordo* está *Borde*, con las significaciones que le son propias. De ambas, que reasumiendo es la misma cosa, la et. propia es el isl. *Bordi*; ang. *bord*, ahd. *Porto, Bord*. En ang. al que todas están referidas, esta palabra significa *Clypeus*, de que da autoridad **GREIN**, *Exod* 253; *Tabula*, íd. *Ratzel*, est. 85, v. 15 y siguiente.

bordes on ende: nis nûn brôdh'or her
ac ic sceal brodhorleas bordes on ende
stadhos veardian, stondan fâstes

y por último *latera navis*, íd. *Elene* 238

bord oft onfeng
ofer earhgeblond ydha svengas.

Borracho (*del lat. Ebriacus*). Para justificar esto, habría que operar una serie de cambios y permutaciones, que dejarían muy atrás á los ridículos sistemas de *Menage* y *Covarruvias*. El castellano *Borracho*, dígalo ó no la Real Academia Española, implica algo más que ebrio; la idea es más material y en toda su extensión, lo mismo que en su forma fonética, la dan

mejor las lenguas célticas. Irlandés *Borra'ghach*, insolente, (Warlike); *Borrach*, un hombre atrevido, insolente (a haughty man, insolent) Gaélico *Borrach-aich*.

Borríco (*de Burro; éste del lat. Burrus gr. πύρρος*). El latín *Burrus* no tiene ninguna significación, que pueda aplicarse á este animal y lo mismo sucede con el gr. πυρρος, que significa solo, rojo, de color de fuego. En verdad que aun siendo tantos los borricos en este mundo, llamarían la atención extraordinariamente los que respondieran á la etimología de la Academia. En la baja latinidad existe ya *Burricum* registrado hasta por FORCELLINI. SAN ISIDORO, *Or.* XII, I, 55 dice *manus vero equus brevior est, quem vulgo buricum vocant*. HESICHIO en sus glosas βρικόν ὄνον Κυρεναῖοι, βαρβάρων, lo cual hace comprender que Borríco no es un derivado de burro, formado en castellano. Creemos que el *Buricum* registrado por San Isidoro, del que más tarde se formó el provenzal *Bourquier* descende del cornico *varogion* asno, ó gaélico *Burraidh*, stultus, hebes.

Botar (*del al. Bozen*). En alemán no se encuentra semejante forma. El hallarse este verbo en el *Libro de Alexandre* est. 1.988, y en el poema francés *Dolopathos*, p. 176, indica que la etimología debe ser más remota, por lo que señalamos el ahd. *Bôzan* isl. *Bauta*, angs. *Beatan*, verberare, tundere; tema *But* del sans. *puh* to hurt, to kill.

Boya (*del angs. Byan quedar permanecer*). La forma anglosajónica á que la Academia se refiere, no la hallamos en ningún lexico, ni creemos que exista. *Boya* es del gaélico BOYA, *Corium vel uter coriacius infbatus ad retia sustentando, index anchorarius*. Ni un pescador ni un marinero, por ilustrados que fueran, hubiera creído jamás que de la boya, dicen los señores académicos, que se llama así porque se queda ó permanece. El Sr. Echegaray (D. EDUARDO), siguiendo á BARCIA, en aquel monumento de que hablamos, donde cuando se deja de copiar á la Academia es para decir una atrocidad, dice que la etimología de *Boya* es el latín *Boia* que traduce *cadena*; en primer lugar la *Boya* no es una cadena; además el latín *Boia* no significa tal cosa, y si hubieran sabido latín halláran que son cosas muy distintas; testigo PLAUTO,

que en su *Asinaria* (v. 527, y sig. ac. III, esc. 3.^a), hace decir á Leonidas, que como esclavo valía mucho más, que como etimólogos algunos que lo pretenden.

Perfidiae laudes gratiasque habemus merito magnas,
 Quom nostris sicaphantiis, dolis astutiisque,
 Scapularum confidentia, virtute ulmorum freti
 Qui advorsum stimulos, laminas, crucesque compedesque
 Nervos, *catenas*, carceres, numellas, pedicas *boias*, etc.

De modo que *Boia* debe ser cosa diferente de *Cadena*, y lo es en efecto: BOIA es *Vincula ferrea, vel lignea, vel lorea, quibus noxiarum colla adstringitur*:—esto es dogal.

Brida (*del ant. al. al. Brittil, brilt*). Preferible á esta forma que con la significación de freno se halla en la trad. del Salmo XXXI, 9, hallamos la anglo-sajónica *Bridel*, que significa lo mismo, derivada del verb. *Brëtan*, stringere.

Brío (*del gr. βρῆω ser robusto*). Efectivamente, la forma poética gr. que da la Academia significa ser robusto, como derivado de βρῆω, que significa pesar mucho, estar lleno, cargado, etc.; nada de lo cual si bien se mira tiene que ver con espíritu, valor, resolución, garbo, desembarazo, gallardía, gentileza, que es lo que significa brío, según la misma Academia: la significación de la palabra helénica se refiere puramente á la materia, y la castellana al espíritu, que también lo pueden tener los que no sean gruesos: se puede ser robusto y pesar cuanto se quiera y no tener brío; y por el contrario, tener mucho brío y no pesar nada, ó al menos pesar muy poco. El origen de la palabra que estudiamos se halla en las lenguas célticas, gaélico *Brigh*, virtus, valor, pretium, empleado por OSSIAN, *Fingal* II, 74.

Hucirt triadh Eirinn bu mhòr brigh
 Salve jefe del Ireland de poderosa energía.

En irlandés *Brigh*, virtud, esencia, poder, eficacia.

Buche (*del lat. Bucca*.) ¿Qué tiene que ver la boca con el buche? ¿Cómo de Bucca se ha hecho Buche? Que á esta segunda pregunta no se hubieran detenido, pase; pero la primera debió contenerles: si para hacer etimologías les es neces-

rio destruir toda ley filológica, bueno; pero al menos que no alteren las partes del cuerpo. La palabra castellana es derivada del Ahd. *Buch*, venter, empleada por NOLK en la traducción de los Salmos.

In ubelero meliscon buche.

Bulto (*del lat. Vultus.*) En latin *Vultus* significa *habitus, sive status faciei qui pro animi affectibus alius atque ostenditur* y lo que de ello puede deducirse, como cabeza, forma de un animal, faz, aspecto, etc., que nada tiene que ver con el volumen, ni con la elevación que causa un tumor, ni con los fardos, por lo cual no es admisible la etimología.

La propia parece debe ser el isl. *Bulki*, ing. *Bulk* que debe ser el intermediario.

Burdo (*del ar. Bord, tela grosera*). La significación del sustantivo árabe, no puede satisfacer para el adjetivo castellano, que se aplica á todo en general, cuanto sea tosco, basto, grosero y que más que nada implica la idea de pesado, áspero. En este concepto nos atrevemos á proponer como más aceptable el Ahd. *Burdi, onus, sarcina, fascis*, ang. *Byrdhen*, burdo, pesado. El Sr. Echegaray (DON EDUARDO), en aquel monumento que ya sabemos, á más de dar la etimología de la Academia para esta palabra, sin duda pareciéndole poco, y para que los lectores tengan donde escoger, da una segunda añadiendo del lat. *Bardus*, griego $\beta\rho\alpha\delta\upsilon\varsigma$. Esto que no es etimología, presenta desde luego que en latín *Bardus* es sólo aplicable á persona, por significar *qui tardus est ingenio, hebes, stolidus, stupidus*, etc., y nada tiene que ver con *Burdo*. El griego $\beta\rho\alpha\delta\upsilon\varsigma$ de que la forma latina es una metatesis, tiene iguales significaciones, lento, tardo de espíritu; porque esta palabra no ha perdido la significación de su ascendiente sanscrito *mrid* molis de que se formó el comparativo *mridu* generador de la palabra griega.

Cable (*del lat. Capulus*). Si la curiosidad lleva á cualquiera á querer saber si esto es cierto, tiene reservada una gran sorpresa, pues en latín *Capulus* significa *Feretrum, in quo defunctorum cadavera eferuntur*. En latín, *Capulus*, significa también *plomada* que para nuestro caso es lo mismo. En SAN ISIDORO,

Orig. XX, 16, citado por Forcellini hallamos... *Aliam hujus vocis notionem, quod nempe significet funem, quo jumenta calligantur, et neutrius generis facit sed nec ipse nullo confirmat Latini scriptoris exemplo: et ea vox videtur esse eadem ac CABLE quo nunc utuntur Galli.* La mala lectura de San Isidoro llevó al error, y la buena seguramente les hubiera hecho comprender el verdadero camino, por cuanto fijándose en el NUNC GALLI UTUNTUR, y desconfiando un poco del resto, pues San Isidoro no puede ser autoridad etimológica en nuestro tiempo, habrían comprendido que se trataba de una palabra céltica que hallamos en el irlandés, *Cabla*, cordel, cadena, gaélico *Cablan* pl. de *Caball aill*, que significa lo mismo.

Cadera (*del lat. Cuaterna, cuarta parte*). Quisiéramos ante todo que nos dijeran, la Cadera, ¿de qué es cuarta parte? RAYNOUARD lo deriva de *Cathedra*, y está bien atendiendo á que, como dice Forcellini, *Per metonymiam molles cathedrae dicuntur mulieres delicatiores et luxuriosiores*, y aun JUVENAL (VI, 90) tomó *cathedra* por la mujer misma

fama contempsera olim

Cujus apud molles minima est jactura cathedra.

El Sr. Echegaray en aquel monumento que sabemos, á más de la etimología propuesta por la Academia, que es mala, dados que son mucho peores, suponemos que para que puedan escoger los amantes de lo inverosímil. Dice 1.º; del gr. κάθημαι equivalente á sentarse; 2.º, del latín, *cadere* caer. Del griego mencionado, ni aun pasándolo por cilindros no se podrá formar jamás cadera: por otra parte, dicho verbo no se puede traducir, porque así convenga, equivalente á sentarse; lo que significa es estar sentado, permanecer en su puesto. En cuanto al latín *Cadere* es una etimología tan de oído, que no vale la pena de que digamos una palabra de ella.

Caireles (*del gr. Καρπος hilo ó hilos en orden*). La traducción dada á la palabra griega es ya un error gramatical. Καρπος es un singular y significa puramente *hilo de la trama, puesta en el telar*; es derivado de Κεῖρω como Καρπών que significa *stamen conecto*. La palabra además está mal definida, pues *Caireles* no son flecos, son adornos del vestido femenino, y en

esta acepción es una palabra gitana, cuya etimología es el hindostanes *kairi* flor artificial.

En el sentido de trama de la peluca, puede ser el griego indicado por la Academia.

Calesa (del servio *Kolitsa* dim. de *Kola* carruaje pl. de *Kolorueda*). Según esta etimología, se da el caso de un sustantivo que en singular significa una cosa, y otra en plural, y como esto debió parecer sumamente extraño é increíble en las lenguas que se conocen, se lo achacaron al Servio aumentando así con una más el catálogo de las lenguas que han contribuido á la formación del castellano. Déjese el servio tranquilo y convengamos en que el español *Calesa* se habrá tomado ó del alemán *Kalesche*, ó del turco *Kalechga*, palabras que efectivamente son de origen eslavo; ruso *koljaska*; croato *kalesa*, polaco *kolasa*; todos derivados del antiguo eslavo *Kolo*, pl. *Kolese*, rueda, pues hasta en esto se equivocó la Academia dando un singular por un plural.

Carambano (del gr. κρύος *hielo* y φανος *transparente*?) No formada la palabra en griego, no puede admitirse lo propuesto por la Academia, que resultaría una atrocidad: κρύοφανος no hubiera dado nunca el español Carambano. Esta palabra, de mucho uso en Andalucía, nos parece gitana, y en este caso pondríamos el sanscrito *karambhaka*, un cuajarón, una torta.

Catecú (remitido á *Cato* y éste del malayo *cayu*, árbol). *Cato* en la 6.^a ed. decía, que era sustancia etc. que se obtenía por decocción de un árbol de las Indias Orientales, lo cual, abriendo la puerta al buen camino, cerraba la puerta al Malayo. Científicamente definido el *Cato* es un producto medicinal que se obtiene de la *Acacia catechu* (leguminosa mimosa) y de la *Areca catechu*, gran palmera de la India. Filológicamente de *Kayu* que efectivamente significa en Malayo tronco, árbol, no puede haberse formado *Catecu* ni aun con el intermedio de *Cato*. La et. de esta palabra nos parece debe ser el hindostanes *kat'tha*, sans. *catechu* definido por los lexicógrafos indios *An astringent vegetable extract which the natives eat with betel leaf; terra japonica. Yt is the produce of the Mimosa catechu.*

Caterva (del lat. *Caterva*). La palabra no es latina como

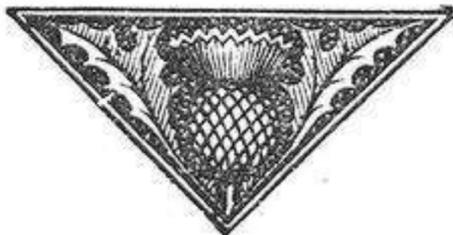
asegura la Academia, según declara el mismo VEGETIO *Mil q. q. Macedonis, Græci, Dardanis PHALANGES habuerunt et in una PHALANGE armatorum octo milia censuerunt: Galli atque Celtiberi pluresque barbaricae nationes CATERVIS utebantur in prælio, in quibus erant sena millia armatorum romanis LEGIONIS habent &*. TÁCITO siempre que emplea esta palabra la refiere á los germanos, y en vista de estas autoridades Forcellini en su diccionario dice: *Ex his apparet, hanc vocem externae originis esset &*, y con efecto *Caterva* es el cínrico *Katyrfa*, ejército, cien mil.

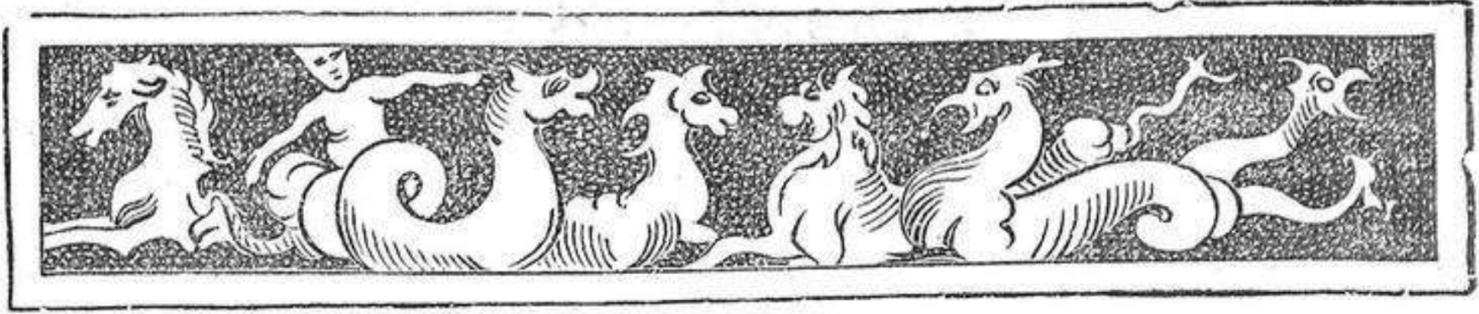
Coraje (*del lat. Cor, corazón, ánimo, esfuerzo*). La simple vista basta para hacer comprender que de *Cor* no se ha podido formar *Coraje*: aunque se dedujera la primera parte de la palabra, la segunda quedaría por explicar. *Coraje* es una palabra de origen céltico: en gaélico hallamos *Curaideachd*, astucia, agilidad y sus derivados *Curaidha*, un campeón: la forma se halla también en el irlandés *Curaideach*, caballeresco.

Choto (*del lat. Suctum supino de sugere, mamar*): Distantemente y traída de los cabellos porque al definirla dicen: Cabrito que mama. *Choto* propiamente hablando al becerro pequeño, atento á lo que nos atrevemos á proponer la etimología del hindostanes *chho'ta* animal pequeño, de poco tiempo.

A. FERNÁNDEZ MERINO.

(*Se continuará.*)





ARSÈNE HOUSSAYE



ARSÈNE Houssaye es un enamorado de lo imprevisto; nunca quiso metodizar su vida, ni dió á su talento un rumbo determinado y constante. Ha estudiado el siglo XVIII; primero, por fragmentos (Galerie de Portraits—5 series); luego en conjunto (Histoire du Dix-Huitieme Siecle—4 vol.); ha puesto en verso la poesía del bosque, y el amor y el sentimiento modernos; ha escrito novelas apasionadas, delicadísimas comedias, eruditos estudios antiguos, concienzudos trabajos críticos de pintura y arte dramático; y después de haber recorrido toda la escala, de lo ligero y trivial á lo difícil y grave, de lo nuevo á lo viejo, de lo alegre á lo triste, de lo antiguo á lo moderno, de la naturaleza al mundo social, de la risa al llanto, de la franqueza sensualista á la moral austera, escribió su historia y la de sus contemporáneos en un hermoso libro lleno de curiosidades, interés y verdad, bañado en todas sus páginas de luz y poesía. (Les Confessions—Souvenirs d'un Demi-Siecle—1830-1880—4 vol.) Houssaye es siempre original, y en sus variadas y múltiples inspiraciones, su personalidad no deja de ser determinada y bien definida. Genio independiente y audaz, ni ha seguido escuela alguna, ni ha formado escuela. Su pereza, que no le permitió invertir largas horas inciensando al dios Víctor

Hugo, no le ha dejado entretenerse reuniendo en torno suyo á los que le sucedieron y admiraron, imitándole y respetándole. Viajero eterno, alguna vez nos ha referido lances de sus jornadas, y al fin de su vida, cuenta su larga peregrinación desde que abandonó la casa paterna, niño de pocos años y muchas ilusiones, hasta encontrarse viejo, pero no achacoso ni abatido, sino gozando de gran tranquilidad y no escasa dicha, teniendo, como él dice, ágiles las piernas, sanos los ojos y enteros los dientes. En las batallas del mundo, Houssaye no fué nunca vencido, porque supo siempre retirarse á tiempo; no perdió nunca sus esperanzas, porque renunció á ellas cuando pudieron herirle, y la fortuna fué su amiga tal vez, porque la desgracia no tuvo fuerzas para desesperarle.

Cuando el padre de Arsene, noble y rico agricultor del departamento de Aisne, se apeaba de su veloz caballo árabe; colocando al niño sobre la silla y poniéndole las riendas en la mano, decía: ¡Yal y el caballo galopaba. «Aquel caballo, escribe Houssaye, era la imagen de mi destino fantástico, que me ha llevado siempre sin decirme á dónde. En él iba yo sin temor á los peligros, soltando la brida, lleno de confianza en la espuela invisible de Dios.»

Arsene hacía versos y era soñador; recorría los campos buscando sus amores y gobernaba un molino para no vivir en la ociosidad; como Ingres, tocaba el violín, arrancando de las cuerdas sentidas y dolientes notas. Un día se acercó á una fuente, al mismo tiempo que unos cómicos de la legua se acercaron á saciar su sed. Formaba parte de la cuadrilla una Mignon encantadora; la niña y el poeta se miraron, y el poeta sintió dos rayos de fuego sobre sus ojos y una ola de sangre que bullía violentamente en su corazón. Hemos bebido en el mismo vaso—dijo entonces.—¿A dónde vais?

—No lo sabemos,—contestó filosóficamente el jefe de la cuadrilla.

—En ese caso llevamos el mismo camino; podemos ir juntos. Y el artista soñador se unió con aquellas gentes.

Algún tiempo después, encontrándose metido en una diligencia que le llevaba á París, fué interrogado por un compañero de viaje.

—¿A qué vais á París?

—A escribir libros.

—¿Conoceréis á muchos literatos?

—A ninguno.

—Pues bendecid á la providencia que os puso á mi lado. Yo voy á serviros. Beranger es mi amigo, Casimir Delavigne, uno de mis más antiguos condiscípulos, y Víctor Hugo me recibe en su casa...

Era un tunante, enamorado de la maleta del incauto joven, que por una casualidad no fué despojado de cuanto llevaba.

En el Hotel de Malta, Paul Vandel Heyl se presentó á Arsene como un verdadero amigo y una verdadera Providencia. Juntos los dos hicieron sus primeras armas, y ganaron algunos escudos escribiendo *Chansons á la manière de M. de Beranger*.

Conoció Houssaye á Theófilo Gautier en los salones de *El Louvre*, donde el intrépido admirador de la forma pasaba días enteros contemplando una Susana en el baño. Por Theófilo llegó naturalmente á tratar con Gerard de Nerval, Ourliac, Roger de Beauvoir, Clesinger, Alf. Esquirós, Nauteuil, Camile Rogier, Marilhat, todos poetas, pintores y escultores, amigos de la belleza plástica y adoradores de la antigüedad pagana. Los artistas que componían aquella brillante pléyade, fraternizando en edad, gustos, doctrinas, y sobre todo en la carencia general y constante de dinero, determinaron vivir bajo un solo techo, hacer común su miseria, y andar en busca de la gloria en cerrada y compacta falange. Así comenzó la vida bohemia, la *dorada bohemia*, que sólo se sostuvo cuatro años y precedió á la *infernal bohemia* que Murger describe.

El más indolente de aquella juventud era Houssaye. Trabajaba poco, soñaba mucho; su alma, vislumbrando el porvenir, aún no comprendía el trabajo. Parecía decir á sus amigos: «Id avanzando delante de mí; yo sigo otro camino á través de los campos y ya saldré, si os empeñáis, pero sin prisa y sin ambición, al encuentro de *la Fantasía*.» Arsene no corría, pero tampoco quedaba atrás. Antes de cumplir veinte años publicó una novela, *Courone de Bleuets*; poco después *La Pecheresse* le hizo célebre.

En su primera obra, Housseye dá muestra de la predilección que ha tenido siempre por la poesía y la naturaleza; en la segunda pinta el duelo del cuerpo con el alma. Los discípulos de Saint-Simon acogieron *La Pecheresse* con entusiasmo. Muy pronto comenzaron á tomar forma los *Portraits du XVIII siecle*, «ese siglo—dice Janin—ese siglo de las magias de *Wateau*, tan desdeñado en nuestra juventud.»

Houssaye, con un tacto y una discreción nada comunes entre los principiantes, comprendió la necesidad de emociones dulces y sencillas, de esas escenas amorosas, atemperadas por el talento, que se hacían desear en la literatura, después de las convulsiones y pesadillas en que abundaban las fantásticas novelas de entonces, cuyos asuntos pertenecían generalmente á la Edad Media. *La Courone de Bleuts* sorprendió y gustó, acaso por su color suave y claro, que seduce sin fatigar la vista. (Gautier.)

Arsene siguió escribiendo, los editores le pagaban sus obras y el público las leía con placer. A *La Pecheresse* sucedieron: *Aventures galantes de Margot*, *Le Serpent sous l'herbe*, *La Belle au bois dormant*, *Millo et Marie*, *Les Revenants*, *Madame de Vandeuil*, *Les Trois Soeurs* y *Les Onze Maitresses delaissées*, colección de novelas—dice Mirecourt—donde los inventores de *La Vie Boheme* y *La Dame aux camelias* han podido encontrar inspiraciones.

Sin poseer la poderosa imaginación de Víctor Hugo, ni la originalidad, alguna vez extravagante, de Gautier, Houssaye merece un lugar entre los poetas contemporáneos; apenas ha salido de la *poesía de la naturaleza*, es decir, de una poesía dorada, fácil, melancólica y soñadora. No está dotado del acento resonante del ruiñeñor, pero tiene las suaves melodías del jilguero (Mirecourt). Es poeta, indefectible, inevitablemente; la poesía para él, más que un arte es un instinto; produce sus versos, como los árboles frutales su fruta, sin ningún esfuerzo, por un desarrollo lógico de sus facultades. Su poesía puede no seros agradable alguna vez, pero nunca deja de ser verdadera poesía (Banville).

Arsenio Houssaye tiene la pretensión de saberlo todo, sin haber estudiado nada, ó mejor dicho, la pretensión más pre-

tenciosa de no saber nada y acertar en todo. Para su uso particular, escribió esta máxima aterradora *Apprendre c'est perdre*. Ha estudiado casi siempre al aire libre, y el colegio parecióle una verdadera torre de Babel. Cuando tenía diez y seis años se hizo soldado para luchar en la toma de Anveres, pero no luchó más que con sus delirantes ensueños, porque ya era tarde.

La primera edición de sus poesías, fué publicada en 1852.

En 1857 apareció una colección completa distribuida en cuatro libros titulados *Amour-Art-Nature-Poesie Primitive*, y encabezada con un prólogo de Banville.

Mademoiselle Mariani-Histoire Parisienne, en 1859 dió principio á *La Comedie Parisien*, que siguió publicándose por este orden: *Mademoiselle Cleopatra*, *Le roman de la Duchesse*, *Les Grandes Dames* (4 vol.), *Les Parisiennes* (4 vol.), *Les Courtisanes du Monde* (4 vol.), *Les trois duchesses* (4 vol.), *Les trois filles du cabaret* (2 vol.). (*La robe de la mariée*, *Mademoiselle Rosa*).

Hemos apuntado la primera serie de las obras de Houssaye, donde se encuentran esparcidos todos los gérmenes de su talento, y acabamos de escribir los títulos de otra serie nueva, en la cual puede verse lo que llamaremos su *manera definitiva* en la novela. Mucho más ha producido y produce todavía la inagotable fecundidad de Arsene Houssaye, pero ni su autor ni los críticos de tales libros conceden á las *historias y cuentos*, que forman muchos volúmenes, la importancia y el interés á todas luces indudable de las primeras obras mencionadas, como estudio de un genio especialísimo y libre, y de *La Comedie Parisien*, como estudio de las gentes y costumbres de una sociedad en época determinada.

Para concluir esa ligera noticia de las obras novelescas de Houssaye, citaremos otro libro *Les femmes comme elles sont*, cuyo interés podrá apreciarse leyendo este fragmento del prólogo: «Un editor, que lee mis libros, ha recogido en un cuaderno todas las máximas paradojales esparcidas en mis novelas y no destinadas á vivir juntas. Yo las había ido dejando al azar de la pluma ó de la imaginación para pintar mejor un retrato ó exponer más fácilmente un sentimiento. Las conside-

raba más oportunas en el lugar que al formarse ocuparon, esmaltando la narración de una aventura novelesca, como las amapolas en un campo de trigo, que recogidas y agrupadas en apretado manojito. Cuando un viajero atraviesa el bosque, le agrada encontrar aquí y allá, rompiendo la monotonía del verde suelo, alguna flor silvestre. Así vivían mis pensamientos en mis novelas; recogiénolos y amontonándolos, ¿habrán perdido sus colores y su perfume?»

Pasaremos por alto con el recuerdo de la delicada *Comedie á la Fenetre, ecrite le matin pour etre jouée le soir* los títulos de las obras dramáticas reunidas en un volumen rotulado *La comedie au coin de foi*; nada más diremos de las poesías cuya edición completísima ha sido recientemente publicada por Charpantier (2 gr. vol.), y apuntaremos cuatro palabras de los trabajos de crítica histórica, artística y literaria que más contribuyeron á la fama de Houssaye.

Siendo Director del Teatro Francés publicó *Le roi Voltaire* y *Le 41^e fauteuil de la Academie*, cuya historia escribió con cuarenta plumas distintas. Al estudio apologético profundo é interesante que hizo de Voltaire, para conmemorar el 80.^o aniversario de su muerte (30 de Mayo de 1778) había precedido *Philosophes et Comediennes*, libro compuesto, dice Boyer, con el sentimiento delicado, vivo y profundo de un Cagliostro literario que ha danzado como Mad. de Pompadour, y ahora baila el vals con Mlle. Rachel. El autor sabe las narraciones de ayer y de antes de ayer, y las abrillanta con los reflejos de hoy, que tan bien conoce, y las auroras de mañana, que adivina.

Más tarde (1864) la memoria de J. J. Rousseau, encontró un altar y una corona en el precioso libro *Les Charmettes*, presentado al público en este sencillo y hermoso prefacio: «Amigo lector: me dirás sin duda que esto no es un libro y sé que no te falta razón. Habiendo ido á Les Charmettes en tiempo de nieves, encontré allí tan vivo todavía el recuerdo de Jean-Jacques y Mad. de Warens que, sin pararme á meditarlo, casi sin darme cuenta, escribí mi peregrinación. Pero George Sand me ha dicho que los retratos dibujados por mí tenían vida y hablaban al espíritu, y un editor ha creído encontrar un libro en

lo que yo juzgaba páginas perdidas... Tal vez ha sido flaqueza en mi escuchar *aquella voz de oro y esta voz de plata*.

»Sin embargo, reflexiono que acaso no esté de más hablar de Jean-Jacques y de Mad. de Warens, atravesar su juventud poética, sacudir con ellos el árbol de la ciencia y respirar por última vez el aroma de unas flores sobre la suelta y rubia cabellera de la enamorada. Quizá se diga que este libro es en parte no escasa obra del mismo Jean-Jacques, pues reimprimo las más hermosas páginas de sus *Confesiones*; se dirá también que es obra de Mad. de Warens, porque publico sus cartas y sus pensamientos... El historiador más inspirado ¿podría escribir algo más expresivo que las mismas palabras de sus personajes?

»Lo que yo quiero, amigo lector, es que, si vas alguna vez á Les Charmettes, y aunque no vayas, encuentres en este libro toda la novela, toda la historia, todo el poema de Jean-Jacques y Mad. de Warens. Les Charmettes, para tí, son el país, la montaña, el bosque donde has amado; porque todos conocemos un rincón del paraíso en la tierra, ¡y lo abandonamos torpementel Cuando el infierno de la vida nos atormenta, recordamos, entre sollozos, aquel paraíso perdido; pero la puerta nos está cerrada para siempre. Cuando las hemos atravesado una vez, ya no vuelven las alegrías de la juventud ni los encantos del amor.»

Tanta facilidad; tanta hermosura, tan exquisito gusto, tan delicado sentimiento, asombran, y halagando al espíritu entorpecen la mano y acobardan la razón. ¡Quién se atreve á escribir acabando de leer lo que Houssaye escribe!

Enumeraré sencillamente los títulos de algunas obras para poner de relieve las múltiples facultades de su autor; hélas aquí:

Salón de 1844.

Histoire de la peinture Flamande et Hollandaise.

La peinture française sous Louis XV, Louis XVI, la République et l'Empire.

Histoire de Leonard de Vinci.

Les dieux de la peinture.

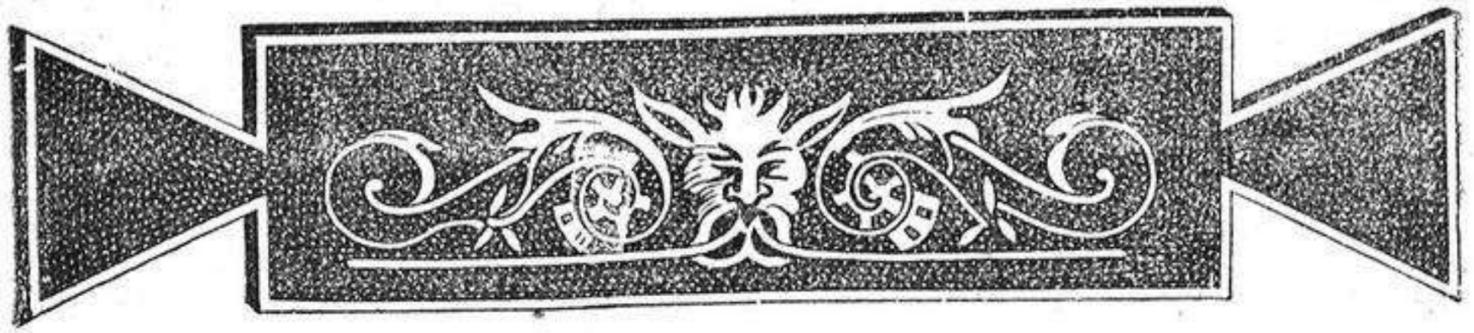
Por primera vez escribió sus *Memorias*, siendo aún muy jo-

ven; su libro se titulaba *Voyage á ma fenetre*; posteriormente les dió mayores dimensiones, distribuyéndolas en dos volúmenes que se llamaron *La Comedie que j'au vue*; y por fin hizo de ellas una edición definitiva y completa en cuatro volúmenes, poniéndoles por epígrafe *Les confessions*, 1830-1880. De este precioso libro hablaremos detenidamente, cuando analicemos una por una las principales obras de Arsene Houssaye, tarea larga, pero tan agradable, que pensamos llegar al fin sin haber sentido un momento de cansancio, oyendo encantados al que con tanto acierto llamó Saint-Beuve *poeta de la juventud y de las rosas*. ¡Feliz vida! ¡Hermoso camino! La eterna juventud le acompaña y las perfumadas flores le sirven de alfombra.

PALMERÍN DE OLIVA.

Madrid 14 de Abril del 88.





REVISTA DE TEATROS

HA sido costumbre generalmente seguida en los trabajos de esta índole, el reanudar las tareas de un año con el resumen de las anteriores, el que á la vez que de enlace sirva también como de prólogo, en el que se fijen las fases del asunto que se pretende desarrollar.

De buen grado no abandonaríamos nosotros tan laudable práctica, si razones que se caen de su propio peso, que son más bien para sentirlas que para expresarlas, no nos lo impidieran.

¿A qué recordar á nuestros lectores, siquiera sea brevemente, la triste impresión que ha quedado grabada en el ánimo de los verdaderos amantes del teatro la temporada teatral que terminó en los comienzos de Junio, y á qué agravar esta dolorosa impresión con los poco satisfactorios augurios que se desprenden de los indicios verdaderamente tristísimos que perfilan la que se ha de inaugurar en los albores del otoño?

En años no muy remotos complacía mucho á los cronistas y críticos teatrales entablar sabrosa y entretenida plática con los amantes del arte, recordando con verdadero entusiasmo los triunfos conseguidos por actores y autores, y uniéndolos con los que dibujaban en lontananza, seguros de que sus ilusiones no serían desvanecidas ni perdidas sus esperanzas.

Pero entonces eran otros tiempos; entonces el teatro tenía su puesto preeminente en la sociedad, el arte y la literatura; en aquella época la exposición de las listas de compañía constituía un acontecimiento en el que tomaban parte directa todas las clases sociales, que comentaban á su sabor y con verdadero y plausible afán el mérito literario y artístico de los actores y escritores que iban á compartir legítimos triunfos y legítimas glorias en la escena española. En aquellos días de eterna memoria para nuestro teatro, la simple noticia referente á la función inaugural ó al estreno de una obra, colmaba las aspiraciones del público, que ganosos de emociones y de saborear las bellezas literarias, hijas legítimas de las bien cortadas plumas de entonces, y de tributar una merecida y continúa ovación á los eminentes artistas que á la sazón poblaban los escenarios del Príncipe, la Cruz, el Circo, el Instituto y Variedades, acudían en tropel olvidando las tertulias muy en boga entonces y las reuniones del café de la Iberia, de Levante y Lorencini, que fueron la base de las que ahora vemos establecidas en los infinitos establecimientos de este género que se han desarrollado al calor y al amparo de la vulgar frase *hacer tiempo*, que caracteriza al pueblo español.

Las animadas discusiones acerca del valor literario de la obra estrenada, de la altura á que se elevó un actor, ó del mérito de la compañía, se mezclaban con las esperanzas de aplaudir pronto en la escena, á un digno émulo de Bretón, de Gil y Zárate, de Zorrilla, que bien pudiera llamarse Gorostiza, García Gutiérrez ó Hartzzenbusch, ó á un afortunado discípulo de La Torre, Romea ó Luna, Arjona, Guzmán ó Valero, que llegaron á la escena con el nombre de Mariano Fernández, Fernando Osorio, Antonio Zamora, Ricardo Morales, Francisco Lumbreras, Pedro Delgado, Manuel y Juan Catalina, José Calvo, Antonio Pizarroso, Emilio Mario, Rafael Calvo, José Mata y Antonio Vico, que lograron tanto por su mérito como por el unánime fallo del público, romper el hielo de un incomprendible egoísmo y de una irritante autocracia, que los impedía la entrada á los unos y á los otros en el libre palenque del arte y de la literatura dramática.

Rotos los diques que se oponían al desenvolvimiento de la

inteligencia en el terreno de la dramática española, merced á una de esas revoluciones que cambian rápidamente todo lo que se considera arraigado con más fuerza, no hubo quien no supusiese que daba principio una nueva era para el Teatro Español, sin comprender que, como dijo Calderón, la vida es sueño, y en sueño se convierten los más loables propósitos y las más preciadas esperanzas. Y así fué cuando esperábamos que el teatro volviera á su primitivo esplendor, vencidas las dificultades que encerraban al genio en un círculo de hierro y dentro de leyes y prácticas poco menos que inquisitoriales; nuestro asombro no tuvo límites al ver que, como vulgarmente se dice... había salido la contraria, y que en vez de producir un bien, había producido un mal, lo que todos habíamos pedido y deseado como remedio al grave mal que afligía á cuantos dedicaban las primicias de su talento al arte y la literatura dramática.

Desde aquella fecha se hizo patrimonio de todo el mundo, y como la profesión de escribir comedias y versos se ha creído siempre, por desgracia, campo abierto para todos, pues no hay bajo el azul crespón quien no se crea capaz de escribir versos, dramas, comedias y sainetes; por aquellas puertas tanto tiempo y tan injustamente cerradas, penetraron al verlas abiertas, no sólo los que oscurecidos y sin razón despreciados debían entrar, sino todo el que le plugo dedicarse á escribir para el teatro ó hacer comedias, convirtiéndole en un *maremagnum*, preludio del lamentable estado al que no le han traído aquellos que, hacinando los escombros de plagios, traducciones, procacidades, inmoralidad, descaro, cinismo; fabricaron un edificio tan poco sólido y con tan mala mano de obra y desacertada dirección, que desde su principio se declaró ruinoso, y viene bamboleándose sin haberse derrumbado todavía, gracias á la pintura, la música y su poquito de baile que le sostiene, transformándole en grotesco titirimundi, hasta que la fascinación del público se despeje y caiga impelido por la fuerza imperiosa de la sana razón, el recto juicio y el sentido común.

Con lo dicho basta para adivinar sin esfuerzo la suerte del Teatro en la temporada próxima á inaugurarse. Escribir una

obra dramática ó lírica á la usanza moderna, acabamos de ver que cuesta poco trabajo, y proporciona mayores rendimientos que el escribir la alta comedia ó el drama social, únicas producciones que, proscripto el drama histórico, están dentro de nuestras costumbres y de nuestros gustos, y para salir airoso de tan árdua empresa se necesita mucho trabajo, mucho estudio, digna emulación, no escaso talento y no poca resignación para soportar las más de las veces injustificadas exigencias de un público que, á medida que van transcurriendo los años, se olvida de lo que fué nuestro teatro, ó mejor dicho, no lo ha conocido; circunstancia muy digna de tenerse en cuenta, porque en ella estriba la entusiasta acogida que presta á las producciones y á los autores modernos, sin parar mientes en que no se necesita haber visto aquellas comedias ni aquellos actores, sino que especialmente la juventud moderna convertida en Aristarcos de salón y en Demóstenes de café, no debe olvidar que, el estudio detenido y concienzudo de la literatura que con mayor ó menor resultado se enseña en nuestras escuelas, se desprende naturalmente la diferencia esencial de lo que debe ser el arte y la literatura dramática y el actor, y lo que se pretende que sea en nuestros días con arreglo á lo que nuestros más eminentes literatos preceptúan se debe juzgar el teatro moderno, por más que del juicio así emitido no salga muy bien parado.

Ocioso es advertir, porque demasiado sabido es, que el Teatro es hijo de la sociedad y de sus costumbres, y por más que se pretenda demostrar lo contrario, siempre vendremos á parar en que desde la dramática griega hasta la contemporánea, aquéllas sirvieron de norma, ya sea porque se retratasen en los dramas ya porque en su esencia se reflejasen ellas; y esto, lejos de ser una paradoja, es una verdad innegable si se pára la atención en que esa multitud de piezas fantasmagóricas que hoy se usan, son aceptadas y celebradas porque están en armonía con nuestro modo de ser y se adaptan á nuestras costumbres, y porque la época moderna como las anteriores gusta de verse retratada en el espejo de la literatura y el arte, pero este espejo puede ser bueno ó malo, primero el que hemos indicado, el segundo ha de ser de luna tan diáfana y tersa, que la imagen

se presente tal y como es, efecto de la habilidad del artista que la prepare y la calidad de los materiales empleados.

Este dualismo desaparece en el momento mismo en que se considere el Teatro tal y como es en sí, porque se funden en una las dos fases que hemos expuesto, y tanto en lo que se refiere al primer extremo como al segundo, ó sea á la conformidad de nuestras costumbres ó á su reflejo, la comedia española es el vértice de entrambas líneas, y así como en la época del Romanticismo, en la forma y en el fondo de la producción dramática, así como en el género del espectáculo todo era romántico, del mismo modo hoy el género, la forma y el fondo constituyen la síntesis de nuestras costumbres formando la base para la reconstitución del Teatro.

Al emitir esta opinión y formar este juicio, no desconocemos que el carácter moral, político y sociológico que domina en nuestra época, no por sí sólo ofrece graves dificultades para los escritores dramáticos que quieran encerrar sus obras dentro de la verdadera esfera en la que se desenvuelve y debe desarrollarse la dramática española; pero al mismo tiempo que reconocemos esta verdad, es preciso conceder también que estas mismas dificultades ofrecen ancho campo al talento, que puede contar con los elementos de la crítica, de la culta sátira, del festivo ingenio y de la severidad filosófica para combatir la inmoralidad en las costumbres, la monomanía política, la deficiencia en la administración de justicia y administrativa, que son los puntos salientes que caracterizan la época moderna, contando además con modelos que poder imitar, entre ellos el *Gran Filón*, de Rubí, y *De Periodista á Ministro*, de Asquerino.

Otra de las dificultades que á primera vista parece que se opone á tan patriótico pensamiento, estriba en las pocas compañías formales que existen hoy en Madrid; pero en tanto que no desaparezcan ni cambien de organización las que se preparan á comenzar sus trabajos en La Comedia y en El Español, por más que ya debía figurar en el último de estos teatros, ha sufrido una terrible contrariedad de Rafael Calvo, al que vamos á dedicar breves frases, que serán la terminación de estas mal trazadas líneas.

Conocimos á Rafael Calvo á la edad de catorce ó quince años, cuando en compañía de sus hermanos Pepe y Ricardo cursaba los primeros años de filosofía en un colegio que don Isidro Frutos, eminente latino y último resto de los antiguos dómines, tenía establecido en la calle del Olivar, núm. 22, donde hoy existe un lapidario.

Allí empezó á dar muestras de su enriquecido talento, á la par que también irradiaban los primeros destellos del no menos reconocido é innegable que distingue á D. Francisco y don Luis Silvela, D. Rafael Yagüe, D. Vicente Asuero y D. Luis Hisern, que, como él en el teatro, han llegado á ocupar preeminentes puestos en la política, en el foro, en las ciencias y en la medicina.

Al ocupar hoy un lugar en la mansión de los ilustres muertos, y al empezar á vivir para la posteridad, arranca la existencia á las grandes creaciones de Lope, Tirso, Moreto y Calderón, y á todas las obras de época que con él mueren, llevándose en pos de sí el drama histórico, del que era notable intérprete.

Nuestro sincero sentimiento nos impide añadir una frase más en su elogio, y como prueba fehaciente de nuestro dolor, recordando nuestras ya olvidadas aficiones poéticas, le enviamos un entrañable recuerdo, cuyos muchos defectos perdonarán nuestros lectores en gracia del objeto que nos guía.

A RAFAEL CALVO

Sólo un recuerdo en la memoria queda
 Del que en el arte escénico domina
 Y con su grande inspiración fascina
 Sin que su gloria el mundo negar pueda;
 Y aun cuando fama eterna le conceda
 Entre aplausos y lágrimas camina
 Y ya entre la opulencia ó en la ruína
 Por los abismos de la suerte rueda.
 Si la fortuna caprichosa y varia
 Detiene el paso, y elevado asiento
 Le otorga no pecando de arbitraria;
 ¿Qué reserva la patria á su talento?
 Del olvido la tumba solitaria
 ó algún caritativo monumento.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Inercia fatal en el terreno económico.—Tres años perdidos para las verdaderas reformas.—Desilusiones de los pueblos y tristes remedios de la política

TOCA á su término el período de relativa tranquilidad política que esperaban los ministeriales para consagrarse con afán á moralizar la Administración, á procurar economías, á aliviar las cargas que pesan sobre la agricultura é impiden el desenvolvimiento de la industria. Nada se ha hecho; todos los grandes problemas que afectan más hondamente á la vida económica de la nación parecen insolubles; los clamores aumentan por todas partes; el desasosiego crece y los más tristes augurios adquieren caracteres de sucesos inevitables cuando se mira el horizonte preñado de incertidumbres y oscuridades.

El Gabinete que preside el Sr. Sagasta ha manifestado repetidamente su impotencia absoluta en todo lo que no sea sostener y multiplicar los males que el país á voz en grito deplora. Encastillado el Gobierno en sus rutinarios procedimientos, no escatima promesas ni programas; pero sus promesas no pasan de simples evasivas, ni sus programas de teorías sin crédito, en cuya eficacia nadie espera. Llega á confundir el sentimiento de la España agrícola con el regocijo

con que recibe San Sebastián el puñado de oro que dejan allí los bañistas; llega á identificar la miserable condición del proletariado con las iluminaciones y los fuegos de artificio de Barcelona, la ciudad de los supremos esfuerzos, que ha querido esconder con las lujosas instalaciones de una Exposición las quemadas puertas de sus desiertos talleres. El Gobierno conoce el engaño; pero quiere parapetarse en apariencias y las fomenta, simulando desconocer el malestar general, la lepra horrible que corroe y mata al pobre cuerpo social, agobiado más y más con el manto de oropeles destinado á encubrir sus terribles llagas.

Tres años de poder no han sido tiempo bastante para traducir en hechos ni siquiera aquellas famosas fórmulas de fusión convenidas entre los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos y aprobadas por el Sr. Sagasta. Y gran suerte ha sido que los ideales fusionistas hayan querido vivir tres años á la sombra de los conservadores; porque el país ha tenido ocasión de repeler y lamentar absolutamente todos los desvíos hijos de la iniciativa propia. ¿Quién puede creer ya en reformas administrativas de importancia alguna, cuando dos veranos han trascurrido, como ya sospechábamos, en la ociosidad y en la rutina? ¿Quién confiará en reformas económicas de alguna trascendencia en beneficio del país, cuando es ley del Estado un presupuesto ruinoso, en cuya discusión de última hora sólo predominó el espíritu de despilfarro y la intransigencia.

El proceso de la situación actual está ultimado, y nadie desconoce los resultados ni los considerandos de la justa sentencia. Voces elocuentísimas han sido intérpretes del juicio público en Galicia y en Andalucía, como otras autorizadísimas lo serán en breve en Barcelona. ¿Qué más falta?

Falta ver á qué extremos ha de llevarnos la tenacidad de una agrupación inquieta, mal formada y peor entendida; falta que el público acabe de enterarse de todos los cándidos recursos de astucia, intriga y maquiavelismo á que ha de apelar todavía el afán por sostener el goce de un mando sin crédito y moralmente caído.

*
* *

Los trabajos exclusivamente políticos interesan ya muy poco, y puede decirse que sólo algunas horas de vida alcanzaron las ruidosas cábalas con las que se pretendía primero un cambio de jefatura en el partido fusionista, y más tarde la sumisión al fusionismo del arrogante General que no cede ni transige en cuestiones de primacía. Lo único que no se olvida es que la situación precaria en que el país se encuentra, es debida á las obcecaciones de la escuela económica que, á última hora y temerosa de una creciente impopularidad, quiere llamarse *oportunist*a, calificación ya en descrédito en todos los terrenos y países. Así los antiguos amigos del Sr. Sagasta, que no quieren cerrar los ojos ante los conflictos que á la producción española han traído los Sres. Moret y Puigcerver, no ocultan ya sus resentimientos y hablan alto y cada vez con mayor energía.

«Ha sido táctica constantemente de los elementos librecambistas—dicen—el procurar mantener desunidos y alejados á los agricultores y á los industriales. De esta suerte han podido apoyarse en los agricultores para imponer al país tratados tan inútiles como el celebrado con Inglaterra y buscar el concurso de los industriales para resistir la reforma arancelaria en lo relativo á los cereales; y fomentando entre unos y otros recelos y desconfianzas, ya que no antagonismos, completamente injustificados, han logrado el predominio de sus ideales, llevando al país por el camino de la ruína.

Pero esta situación no podía prolongarse mucho. Tenía que llegar un momento en que industriales y agricultores comprendieran el juego de que están siendo víctimas, y viendo claramente que sus intereses, lejos de ser opuestos, son comunes, porque no es posible que los unos vivan y prosperen á costa de los otros, se dieran un estrecho abrazo, y confundidos en una misma aspiración, enarbolaran una misma bandera, aprestándose á luchar juntos y á salvar sagrados intereses del país.

Ese momento ya ha llegado. El *meeting* de las Borjas Blancas marcó una sensible aproximación entre industriales y agricultores, y en el banquete de San Juan de Espí ha quedado sellado el pacto de unos y otros. De hoy en adelante, agricultores é industriales procederán de común acuerdo, juntos

combatirán á sus enemigos, y juntos, identificados en deseos y aspiraciones, procurarán salvar la producción nacional; y la salvarán, seguramente, porque el librecambio sólo había logrado imperar, merced á nuestra apatía y á nuestra desunión, y hoy esa apatía ha desaparecido y á esa desunión ha reemplazado el más perfecto acuerdo.»

Inútil es, pues, que el Gobierno siga discurriendo fórmulas que satisfagan todos los gustos en materia tan delicada como la del sufragio universal. El derecho más sagrado que ante todo reclaman los pueblos es el derecho de vivir, el derecho de que su libertad de acción en la esfera del trabajo reciba la debida protección y el oportuno amparo.

A.





REVISTA EXTRANJERA

La prensa y los telegramas extranjeros.—Sueños y pesadillas.—Situación francesa.—Problemas y enigmas.—Un matrimonio en Grecia.—¡Pobre Holanda!



OCAS novedades nos comunica la prensa europea. Telegramas y correspondencias tratan con minuciosidad prolija de los pasos y hasta de los ademanes del Emperador de Alemania, presentándole en una actividad vertiginosa, ya en las revistas militares, ya en las tiendas de campaña y los simulacros, como en víspera de luchas sangrientas, pero sabido es que en todos estos detalles entra por mucho la fantasía francesa.

Comprendemos que no se sueñe en Francia más que con hulanos y con Alemania; pero nada vemos en la situación internacional capaz, hoy por hoy, de infundir serias alarmas. El llamado espíritu de *revancha* sigue inquieto, y esta es la única clave de muchas noticias de sensación que se propalan.

Las revistas á caballo, el estudio y las reformas de las armas, los ejemplos de energía y de fuerza, no son ciertamente augurios de una paz eterna, pero resultan hechos naturalísimos en un joven Soberano, lleno de alientos y capaz de comprender la responsabilidad de su alta posición y de sentir todo el peso de la púrpura imperial que cubre sus hombros. Sin una instigación muy directa y procaz, no creemos hoy en ac.

titudes amenazantes: parécenos que las provocaciones no han de partir de Alemania.

Tampoco pueden partir ahora de Francia, cuyos gobernantes, desesperanzados de poder averiguar el paradero del famoso Boulanger y hasta de ver convertida en hecho la suspirada concentración republicana, verdadera cuadratura del círculo político, vuelven con cariño los ojos á la gigantesca torre de Eiffel, símbolo de la Exposición Universal que activamente se prepara y cuyas inmensas redes de hierro no tienen más defecto, en nuestra opinión, que la carencia de sentido estético en la idea realizada.



Los viajes hechos y los que se dispone á hacer el Emperador Guillermo, la actitud de Rusia, los recelos de Austria y las benevolencias de Italia, suscitan otros tantos problemas cuya verdadera solución no es aún conocida.

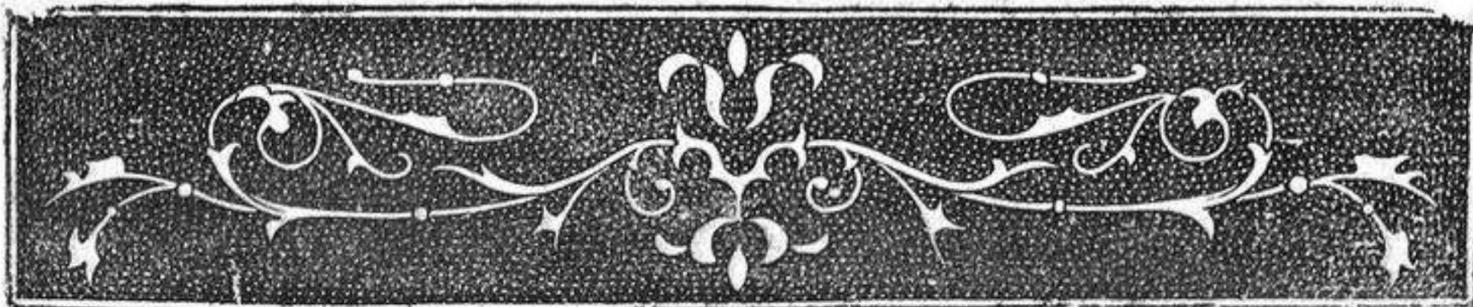
Dícese que el Príncipe de Bismarck está muy satisfecho en estos días en vista del casamiento próximo de la Princesa Sofía con el Príncipe heredero de Grecia. Se asegura que el Rey de Grecia está dispuesto á abdicar en su hijo después de realizado dicho enlace del futuro Rey de los helenos con la Princesa alemana, desapareciendo así la influencia francesa que hoy prepondera en Atenas.

Se ha hablado también mucho de los planes del Gran Canciller acerca de Holanda en el caso de la muerte del Rey, que se suponía inmediata. Pero la prensa holandesa se manifiesta muy optimista ahora, afirmando que no hay ningún peligro inmediato.

Mejor es así; porque los puertos de Holanda serán siempre tentadores para Alemania que, después de haber conseguido ser la primera nación militar del mundo, ha de aspirar naturalmente á que sus fuerzas navales correspondan en todo evento á las de tierra.

Algunas eventualidades políticas resultan necesariamente fatales, y los destinos de Holanda parecen señalados de una manera irrevocable en la futura historia de Europa.

S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

La Philosophie de la Mécanique, par E. PELLIS.—*Paris, Félix Alcan, 1888.—En 4.º, 185 páginas. Precio, 2,50 pesetas.*

Sábese, por el principio de la *conservación de la energía*, que nunca se aniquilan las velocidades á pesar de sus diversas transformaciones. Este principio, por no comprenderlo bien, da á veces origen á sensibles errores de aplicación. La conservación del movimiento y del calórico no entraña ni la conservación de las aceleraciones ni la de las diferencias de velocidad ó de las velocidades relativas, ni la de las incandescencias en el espacio indefinido: tal es la tesis del autor.

En los primeros capítulos de *La Philosophie de la Mécanique* se define la aceleración y su carácter precario en el universo. Recordando las definiciones y las fórmulas debidas á Bé-

langer y á Poncelet respecto á la impulsión y el trabajo, se demuestra en esta obra que si la aceleración debe medirse en el tiempo, hay otra cantidad que se mide en el espacio y permanece constante en un trayecto de longitud dada, aunque haya velocidades adicionales y extrañas.

M. Pellis da á esta cantidad el nombre de *influxo métrico* entre dos masas.

En la segunda parte del libro el autor persigue el mecanismo universal hasta en la producción de las sensaciones y voluntades humanas, sin que llegue, sin embargo, á la negación de toda libertad, puesto que logra conciliar, por el contrario, la libertad humana con la integridad de la cantidad de fuerzas en el universo.

*
*
*

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Le Phénomène, par J.-J. GOURD.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1888.—En 4.º, 447 páginas. Precio, 7,50 pesetas.*

Interesa saber cómo se llega á una síntesis de las diferentes doctrinas que tienen curso en la historia; cómo cada una de ellas expresa un elemento de la realidad, pero no toma en cuenta otro; cómo el fenómeno, al que de ordinario se le tiene por inactivo, determinado, inestable, finito, discontinuo, físico, etc., es también activo, libre, permanente, infinito, continuo, psíquico, etc.; cómo, por último, á pesar de la oscuridad que rodea á las cosas en cierto momento, bajo cierto aspecto y en ciertos hechos, puede aspirarse á una sistematización regular que se eleve hasta la unidad suprema.

Todos estos asuntos los trata en su libro con elegancia y sencillez M. Gourd, profesor de la Universidad de Ginebra. *Le Phénomène* es un estudio de filosofía general, lleno de pensamientos originales que ofrecen sumo interés.

La edición esmeradísima, como cuantas salen de las prensas de M. Félix Alcan.

* *

Instituto de Valencia.—*Memoria del curso de 1886 á 1887.—Valencia, 1888.—En 4.º, 90 páginas.*

Por esta interesante Memoria, escrita por el catedrático D. Emilio Ribera y Gómez, se ve el estado floreciente del Instituto provincial de Valencia. Ha habido en el curso á que se refiere un aumento importante en la matrícula, pues se inscribieron 666 alumnos en enseñanza oficial, 658 en la privada y 225 en la domés-

tica con 1.693, 1.600 y 225 inscripciones respectivamente. A este aumento hay que agregar el que tuvieron los estudios generales en enseñanza libre. Ganaron curso 1.298 inscripciones de enseñanza oficial, 1.361 de la privada y 135 de la doméstica. Al primer ejercicio del grado de Bachiller aspiraron 140 escolares y al segundo 136. En los estudios de aplicación hicieron 350 inscripciones. En los estudios libres hubo 194 alumnos y 391 inscripciones. Se han hecho algunas mejoras en los edificios, y la Biblioteca ha tenido un gran incremento.

Los dignos profesores del Instituto de Valencia ponen todo su empeño en que aprenda la juventud estudiosa, y, á decir verdad, el buen éxito corona sus afanes.

* *

Publicaciones de Cortezo.—*Barcelona.*

Ultimamente ha repartido esta importante casa editorial los cuadernos 186 y 187 de *España*; con aquél termina la excelente descripción de Valencia, debida á la pluma del insigne escritor D. Teodoro Llorente; con el segundo continúa la reseña que de Burgos hace D. Rodrigo Amador de los Ríos. Además se han publicado los cuadernos 81 á 83 de *Las Grandes Capitales*, referentes todos á Londres y Roma, que ilustran multitud de artísticos grabados.

* *

La vida militar en España.—*Cuadros y dibujos de CUSACHS. Texto de BARADO.—Barcelona, sucesores de N. Ramírez y C.ª, 1888.*

El octavo cuaderno de esta magnífica obra acaba de salir á luz. Son dignas de especial mención la lámina que representa á un oficial leyendo unos papeles, otro de Estado Mayor, un comisario de guerra, un veterinario, un sacerdote, y, sobre todo, el notable cuadro en que aparece un grupo del Estado Mayor general. Quien haya visto alguno de los cuadros al óleo de Cusachs no extrañará que sean tan admirables las fototipias de la *La Vida Militar*, reproducción exacta de aquéllos.

* * *

Olimpia. — Por A. DUMAS. — Barcelona, Luis Tasso, editor, 1888. — En 8.º, 260 páginas. Precio: una peseta.

La casa editorial del Sr. Tasso ha tiempo que está publicando las obras completas del célebre escritor Alejandro Dumas. *Olimpia* es el tomo noveno de la colección, y ya se anuncia el

décimo, *Amaury*. Difícil hubiera sido la empresa del editor á no contar con la ayuda de una persona de tanta ilustración como D. Luis Calvo, que hace versiones esmeradísimas al castellano, consiguiendo que no pierdan en la traducción los escritos de Dumas. Por este motivo, damos la enhorabuena al Sr. Calvo, quien con bastantes dotes para producir trabajos originales, tiene la modestia de dar á conocer en castellano las novelas del insigne autor de *Los Mosqueteros*.

* * *

Un poema de Ruphept. — Traducido del alemán por G. PUELMA TUPPER. — Buenos Aires, 1888. En 8.º, 121 páginas.

El Sr. Tupper ha tenido la fortuna de que las hermosas poesías de Ruphept conserven todo su sentimentalismo y todas sus bellezas al ser vertidas al castellano.

R. A.

